

El juego de la sombra

LOUISE ERDRICH

Nuevos Tiempos **Siruela**



LOUISE ERDRICH

El juego de la sombra



Ediciones Siruela

Louise Erdrich

El juego de la sombra

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

El juego de la sombra

Parte I

Parte II

Parte III

Parte IV

Parte V

Riel

Créditos

Notas

El juego de la sombra

Parte I

2 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

Ahora tengo dos diarios. El primero es una libreta de tapa dura y roja, como aquel en el que llevo escribiendo desde 1994 cuando tuvimos a Florian. Me regalaste el primer cuaderno para que plasmara mi primer año como madre. Fue un bonito gesto de tu parte. Desde entonces, he escrito en una agenda parecida. Guardo los diarios al fondo de un cajón en mi despacho, ocultos tras papel de regalo y lacitos. El último, el que te interesa ahora, está escondido al fondo de un archivador que guarda antiguos extractos bancarios y cheques sobrantes de cuentas ya cerradas, el tipo de papeles que ambos prometíamos destruir cada año pero que acabábamos archivando en carpetas. Después de una intensa búsqueda –sospecho–, has encontrado mi diario rojo. Lo has leído para averiguar si te estoy engañando.

El segundo diario, que podría llamarse mi diario verdadero, es el que estoy escribiendo ahora.

Hoy salí de casa y me dirigí a la sucursal del Wells Fargo Bank que está situada en el distrito residencial de Minneapolis, en los bajos de la Sons of Norway Hall. Dejé el coche en el aparcamiento para clientes, franqué la doble puerta acristalada y bajé la escalera de caracol hasta la recepción de las cajas de seguridad. Llamé a un pequeño timbre y apareció una mujer llamada Janice. Me ayudó a adquirir una caja de seguridad de tamaño mediano. Pagué en efectivo un año de alquiler y firmé la tarjeta de la caja de seguridad por triplicado para la comprobación de la firma. Cogí la llave que me tendió Janice. Juntó mi llave con otra y me condujo a la zona donde se encuentran las cajas. Después de sacar la mía de la pared, me hizo pasar a una de las tres pequeñas salas privadas; cada una contenía tan sólo una repisa a modo de escritorio y una silla. Cerré la puerta de mi cubículo y saqué este cuaderno azul de mi gran bolso de cuero negro que me regalaste por Navidad. Transcurrieron diez o quince minutos hasta que pude empezar. No sabría decir si lo que sentía era pánico, dolor o, posiblemente, alegría.

En cuanto el ruido del motor del coche de Irene se desvaneció hasta fundirse con el suave murmullo de la ciudad, Gil se incorporó. La toalla que utilizaba para cubrirse los ojos se deslizó de su rostro. Se tumbaba a menudo en el sofá de su estudio cuando necesitaba refrescarse los ojos, y a veces se quedaba traspuesto. Podía dormir incluso una hora, pero por regla general se despertaba sobresaltado al cabo de quince minutos, despejado y espabilado como si se hubiera dado un chapuzón en un gélido río subterráneo. Se sentó y buscó a tientas sus gafas, que a veces dejaba apoyadas de cualquier manera en el pecho. Efectivamente la montura metálica se había caído al suelo. La recogió y la ajustó detrás de las orejas. Su espesa mata de pelo le caía sobre la frente, se atusó el cabello hacia atrás, lo arregló y volvió a atarse su corta cola de caballo gris. Se levantó, se acercó al retrato de su mujer y lo observó. Tenía los ojos muy juntos, fríos, curiosos y oscuros. Apoyó un nudillo en la barbilla. Sus delgadas mejillas estaban salpicadas de pintura amarilla.

Estudió detenidamente el parecido con Irene, después frunció el ceño y

apartó la mirada, entrecerrando los ojos como alguien que no consiguiera distinguir una silueta a lo lejos. De pronto se inclinó hacia delante y añadió un par de tensas pinceladas. Retrocedió, envolvió el pincel en un trapo engrasado y lo guardó junto con la paleta en una bolsa de plástico con cierre de cremallera. Depositó la bolsa en un pequeño frigorífico. Abandonó el estudio y bajó las escaleras con premura hasta la cocina. Cogió del frigorífico la única lata de coca-cola que se permitía tomar al día. Mientras bebía el refresco a pequeños sorbos, siguió bajando hasta llegar al despacho que tenía su mujer en el sótano. Se dirigió directamente al archivador metálico de color arena y abrió un cajón donde podía leerse «Cuentas antiguas».

1 de noviembre de 2007

Diario rojo

Qué día más extraño, con la casa tan vacía y Gil en el piso de arriba rematando un cuadro indefinidamente. Sospecho que le cuesta pedirme que vuelva a posar para él. Flo y Stoney ya se han recuperado de la fiebre. Riel nunca se pone mala, pero lo está pasando mal este año en el colegio. Stoney está fabricando un juego de mesa para algún proyecto extraescolar relacionado con los hábitos de los osos negros. Muy típico de Minnesota. Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo.

Pensó sinceramente que podía sentir cómo le daba un vuelco el corazón al leer esas palabras. «Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo.» Apoyó la cabeza en el frío escritorio de roble de Irene, pero enseguida pensó, como siempre hacía cuando se topaba con alguna mención oculta al otro hombre: «¿Qué coño esperaba? Me he metido en esto yo solo. Me lo he buscado». Intentó controlar su reacción y se obligó a considerar otras explicaciones: es posible que se refiriera a su tesis de Historia. O a ese viejo ensayo sobre Louis Riel. Antes de tener a los niños, había publicado varios artículos que fueron considerados especialmente brillantes; era una estudiante muy prometedora. Su trabajo había incluido nuevos datos que arrojaban luz sobre el estado mental de Riel. Continuó trabajando después del nacimiento de Florian. Pero cuando volvió a quedarse embarazada, abandonó su investigación –aunque puso a su hija el nombre del depresivo patriota metis, un hombre con quien su propia familia tenía un lejano parentesco–. Riel tenía once años. Y ahora que Stoney estaba en primero de Primaria, Irene intentaba terminar su tesis doctoral para poder buscar un empleo. El tema de su tesis versaba sobre el pintor de retratos de indios norteamericanos del siglo diecinueve, George Catlin.

¿Tal vez sufría cierta frustración académica? Enloquecía con aquellos retratos torpes, repetitivos y sinceros de gente que poco después enfermaría y moriría. El mismo Gil no soportaba mirar los cuadros de Catlin. Su trágica ironía le escandalizaba. Y en cuanto a Irene, no dejaba de ser una mala excusa.

«Creo que voy enloquecer.» Pues mejor, eso demostraba que a Irene todavía le quedaba algo de conciencia. De algún modo merecía sufrir, en secreto, en su interior, más aún en público, por lo que les estaba haciendo a todos ellos. ¡Despreocupada, descuidada e imprudente! Se enfureció y golpeó la mesa con las manos. Unas gotas de coca-cola saltaron de la lata, pero ésta no se volcó. Apuró todo el refresco antes de dejar el diario exactamente de la misma manera en que lo había encontrado. Pensó en marcar el número del móvil de Irene, pero no creyó que fuera a contestar. Irene no paraba un momento por las tardes y hacía miles de gestiones antes de recoger a los niños. Siempre regresaba con alguna prueba palmaria de lo que había llevado a cabo: una bolsa de provisiones, un barreño de plástico o recibos del banco. O hacía ejercicio: era fuerte y tenía una insolente confianza en su cuerpo. Estaba convencida de que podía hacer cualquier cosa. Era una magnífica nadadora. Por supuesto no había nada malo en ello. Muchos deportistas eran emocionalmente inestables. Sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

Irene America era más de diez años menor que él y había sido la modelo de sus retratos a lo largo de todas sus encarnaciones: delgada y virginal, infantil, después femenina, embarazada, desnuda, en una pose recatada o francamente pornográfica. Había bautizado cada retrato con su nombre: *America 1*, *America 2*, *America 3*. *America 4* acababa de venderse por una cantidad de seis cifras. Ojalá se hubiese quedado con algunos de sus primeros y mejores retratos. Ahora se vendían a unos precios mucho más altos. Las series empezaban a adquirir fama, si no la tenían ya. Antes de Irene, había pintado paisajes, escenas de reservas indias que la gente comparaba con la obra de Hopper. Le habían llegado a llamar el Edward Hopper indio. Irritante. No había estudiado Bellas Artes, pero había leído mucho y pintado más; pintado y observado. Después, había vivido en Nueva York durante dos años, en los que había trabajado para galerías de arte y realizado instalaciones para otros artistas. Cada noche volvía a casa y se dedicaba a su propia obra. Durante un tiempo fue profesor en un pequeño instituto. Pero los estudiantes le habían parecido engreídos y prepotentes. No tuvo paciencia con ellos. Consiguió ahorrar un poco de dinero y empezó a pintar a tiempo completo. Sus cuadros se vendían. No miró hacia atrás. Tenía éxito, incluso cierta fama. Era un artista capaz de mantener a su familia con su trabajo: ya era algo. Pero ahora había perdido la confianza en sí mismo, y también el control. Sus cuadros le rehuían porque Irene ocultaba algo. Podía verlo en la opacidad de sus ojos, en la insolencia de su carne, en la

impaciente apatía de su cuerpo cuando bajaba la guardia. Había dejado de amarle. Su mirada era un vacío sin aire.

Gil todavía permanecía sentado delante del escritorio de Irene cuando los niños entraron dando un portazo en la planta de arriba, tirando los abrigos y quitándose las botas. Oyó sus mochilas que caían justo encima de su cabeza y, a continuación, pasos que se alejaban hacia la cocina. Se calmaron y abrieron el frigorífico, hablando en susurros mientras masticaban. Irene mantenía el cajón de la despensa y el frigorífico llenos de comida preparada, mientras que Gil compraba legumbres, arroz, carne congelada y pasta en grandes cantidades, y lo ponía todo a buen recaudo en los armarios y el congelador. Ahora podía oír a los niños husmeando por todas partes como ardillas, sus garras arañando el celofán de las bolsas de galletas y patatas fritas. Pensó en subir y detenerlos, pero antes siquiera de mover un músculo, los niños subieron las escaleras ruidosamente hasta sus cuartos y todo volvió a quedar en silencio.

Durante años, pensó, había estado llevando luto sin saber exactamente quién había fallecido ni cómo había sucedido. Primero había sentido el dolor cuando hacían el amor, pero se acostumbró a ello. Le proporcionaba placer, pero dejaron de buscar el rostro del otro y las palabras que empleaban para excitarse parecían mecánicas. Después, con el tiempo, hacer el amor se convirtió en algo más sombrío y doloroso.

Era como si Irene no estuviese allí y le observara desde debajo del agua. Tenía la certeza de que su mujer había emprendido una lucha con algún drama interior, cuya trama sólo descubriría una vez que ella lo hubiera resuelto. Temía que el desenlace no fuera a su favor. De modo que lo intentó. Pero sólo conseguía captar su atención por la fuerza, en la cama, y la rabia de los dos –se arañaban, se mordían e incluso se golpeaban– le resultaba a la vez tórrida e incómoda. Los días en que no tenía fuerzas para seducirla con regalos sorpresa, utilizaba a los niños para llegar hasta ella. Ante cualquier incidente, hacía una montaña de un grano de arena. Pero después, ella siempre volvía a escabullirse de entre sus manos.

Hubo un tiempo en que ella ansiaba posar para él. Mientras pintaba, se establecía entre ellos una suave corriente eléctrica, un campo de fuerza que cambiaba constantemente. Al principio Gil había dedicado toda su atención a su juventud, pero después pintó con devoción los efectos de la experiencia en la carne. La huella de su propia boca en la de Irene. Los años, el tiempo. La nieve que resbala de la rama de un árbol hasta estrellarse contra el blanco suelo. La

ternura cansada de Irene después de dar a luz. Sus pechos, calientes y febriles, mientras le subía la leche; hinchidos hasta alcanzar un tamaño precioso y tan sensibles que al menor roce le brotaba la leche. Había dado de mamar en el estudio, desnuda, sujetando al bebé en unos cojines; y él realizaba dos cuadros a la vez, uno por cada lado cada vez que cambiaba de postura. ¡Qué felices eran! Cuando los bebés empezaron a gatear y luego, cuando se convirtieron en niños pequeños, pintó su cuerpo mientras recuperaba su forma anterior y se iba endureciendo. Durante un tiempo la había obviado y pintado otras cosas. Pero le dio un enfoque mítico a los retratos; las representaciones de ella enseguida evocaban problemas de explotación, el cuerpo indígena, la insaciable voracidad de la Historia. Más aún, su técnica había progresado hasta culminar en un estilo que le concedía una autoridad casi ilimitada. El expresionismo abstracto había sido la tiranía del momento, pero él, de manera desafiante, se había mantenido fiel a la pintura figurativa y ahora su dominio de las técnicas de los viejos maestros resultaba casi aplastante.

El distanciamiento de Irene despertó en Gil un ansia devastadora. Sus secretos le habían conducido a un abatimiento maniaco depresivo durante el cual produjo las mejores obras de su vida. Fuese cual fuese su pecado, él creía verla con ojos puros. La gente decía de él que era un hipócrita encantador, pero en su arte su única obsesión era alcanzar la verdad. De modo que se preguntaba cómo podía echar la culpa a su cuerpo, y se pintaba a sí mismo en el cuadro, en el espejo como Velázquez, o acercándose sigilosamente a una prostituta mientras se está dando un baño como Degas. Aunque su pincel no fuera más que unas pestañas de gato y sólo tuviera un único lienzo con el que trabajar el resto de su vida, su obra sería siempre un retrato de Irene.

Ella le había amado intensamente. Le había admirado y había confiado en él. Había creído que era el hombre más extraordinario del mundo. En realidad, seguía manteniendo esto último. Sólo que ahora lo decía de un modo que le resultaba condescendiente.

Se levantó y echó la silla hacia atrás. Se estiró, recogió la lata, cerró la puerta con cuidado y subió las escaleras. Esa noche le tocaba cocinar. El hombre con el que Irene le engañaba no sabía cocinar. De eso estaba casi seguro. Ni siquiera sabía cómo era capaz de quedar con el hombre del que sospechaba, un hombre que había sido amigo de Gil. Germaine vivía a unos dos mil seiscientos cincuenta y ocho kilómetros de allí, en una colina de Seattle con su esposa Lissa, una mujer vulnerable dedicada a la ayuda humanitaria y cuyas buenas obras afortunadamente la llevaban por todo el mundo sin él. Germaine Okestaf-Becker tenía un nombre compuesto, unido por un guión; sonaba tan

políticamente correcto que daban ganas de vomitar. Además tenía más sangre india que Gil, tres cuartas partes frente a un cuarto, de modo que Germaine le ganaba por media cantidad, lo cual suponía una gran ventaja dado que las mujeres mestizas, por regla general, no pueden resistirse a los hombres más morenos, e Irene seguramente tampoco, aunque se cuidaba mucho de decirlo. Aun así, Gil estaba casi seguro de que su rendimiento sexual era más que correcto –por decirlo crudamente, bueno, no importa...-. Al fin y al cabo, ella le había elegido como padre de sus hijos. Las mujeres indígenas, sea cual sea su porcentaje de sangre india, se muestran muy selectivas a la hora de elegir a los hombres con quienes desean tener a sus hijos, no sólo por los genes, etc., sino también por cuestiones de inscripciones tribales y de derechos a percibir ayudas del Gobierno, que se extienden incluso a la preferencia para ingresar en la universidad. Tener hijos era lo más importante.

Irene debió de quererle mucho para tener sus hijos con él cuando sus raíces indias –una mezcla de klamath y cree y de chippewa de Montana sin tierras– no habían sido reconocidas. Por ello no cobraba, claro está, el subsidio per cápita procedente de los casinos indios y tenía que vivir de su talento artístico. Estaba bastante seguro de que ella se había casado con él por su arte y que sólo después descubrió, poco a poco, que no resultaba nada divertido convivir con su pintura. Su talento no era él; su talento le hacía aburrido como persona, y además, bebía demasiado por las noches porque la concentración exigida durante el día le dejaba extenuado. Pero ella también, y cada vez más, bebía demasiado y le agotaba a él.

Ahora se sentía exhausto y echaba de menos a Irene. Esa hora intercalada entre el día de ella y el suyo hacía que Gil se sintiera invisible. Se sirvió un vaso de vino y recorrió la cocina con la mirada hasta centrarse en algo. Sacó del frigorífico unos huevos, mantequilla, queso *cheddar* curado y leche. Unas pocas semanas atrás, Irene había comentado algo sobre un *soufflé* de queso. Le daría una sorpresa; le iba a encantar. Cogió su libro de cocina preferido, mantuvo la página abierta con un pesado marcapáginas transparente, especial para cocineros, y empezó a seguir las instrucciones con sumo cuidado. Le encantaba cocinar y también hacer la colada, porque algo llevado a cabo siguiendo unas instrucciones al pie de la letra ofrecía unos resultados inmediatos y positivos.

Gil comprobó la disposición de la mesa. Muy satisfactoria. Platos verdes, servilletas amarillas. El *soufflé* de queso. *Baguette* crujiente. Ensalada fresca de brotes tiernos de espinacas, nueces tostadas y pera. Una botella de vino blanco bien fría.

–Bueno, ¿qué ha hecho hoy todo el mundo? –preguntó Gil–. Stoney, tú primero.

Stoney era un tímido niño de seis años que tenía una manera desconcertante de mover su pelo enmarañado, que se rizaba detrás de las orejas. Sus ojos eran más claros que su tez, algo que algún día le haría notablemente atractivo. Por ahora, se sentía confuso y torpe, y le faltaba uno de sus incisivos inferiores. Gil ya veía en su hijo a otro artista. Se veía reflejado en la pasión que sentía Stoney por el dibujo y la pintura. Al mismo tiempo envidiaba las ventajas de su hijo e incluso codiciaba los preciosos materiales que Irene compraba para él. A veces Gil cogía algún grueso papel que Stoney había desechado tras garabatear apenas un par de rayajos con lápiz. Gil se llevaba esos retazos para utilizarlos en su propio estudio y recordaba cómo había llegado a dibujar con un miserable bolígrafo, el cabo de un lápiz o un marcador de cera robado en una tienda de ultramarinos. Sus primeros trabajos habían sido dibujos garabateados en trozos de cartón, en el interior de cajas de macarrones y cereales, o en el papel de envolver recuperado de la basura de una tienda.

–¿Qué has dicho? ¿Qué has hecho? –preguntó Gil a Stoney.

–He pintado.

–¿Qué has pintado?

–Como unos decorados. Para una obra de teatro.

–No se empiezan las frases por «como». ¿Podrías decirlo de nuevo?

Stoney miró de un lado a otro en busca de ayuda. Irene puso su mano en el brazo de Gil, dio unas palmadas en su muñeca hasta que él la miró.

–Decorados para una obra de teatro.

–¿La frase completa?

–Stoney ha pintado un decorado para una obra de teatro, Gil. Eso está genial para un niño de seis años –Irene se sirvió un poco de ensalada y luego añadió en un tono más conciliador–: Tu *soufflé* está buenísimo. ¡Eres un gran cocinero!

–¿Quién podría imaginarse que un artista de tal categoría también fuera capaz de ser tan brillante con un humilde huevo? –apostilló Florian. Poseía el rostro de un fauno, sutil y con cierta picardía. De todos ellos, era el que más se parecía a Gil.

Gil se dirigió de nuevo a Stoney.

–¿Qué tal avanza tu proyecto sobre el oso negro?

–No es sobre osos negros, papá.

–¿Ah, no? ¿De qué va?

–Lobos.

El tenedor de Irene se detuvo sobre una medialuna de pera Bosc. Dejó el cubierto al lado de su plato. Lobos. Osos negros. Había cometido el mismo

error en su diario, y lo había apuntado. Se quedó mirando el plato fijamente tanto tiempo que Gil lo percibió. Tenía la respiración entrecortada.

–¿Estás bien?

–No me encuentro bien –dijo Irene.

Los rostros de los niños se quedaron petrificados; parecían extremadamente asustados. Riel –la disoluta y sensiblera Riel– se levantó de su silla para tocar la manga de su madre.

–Mamá...

–Estoy bien, de verdad, sólo me duele un poco la cabeza. De repente. Tengo que irme...

Sus cabezas giraron tras ella mientras abandonaba la habitación.

–No os quedéis embobados –dijo Gil. Se sirvió el resto del vino–. Y no os bebáis toda la leche antes de terminar de comer. Florian, ¿tu ensalada?

–Sí, papá.

–Sólo una rebanada de pan, Riel, y no te pases con la mantequilla.

–¿Mamá está bien?

–En cierto modo, sí; en cierto modo, no. Y ahora, no hagáis más preguntas.

2 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

Te habías vuelto descuidado, y desde hacía ya algún tiempo tenía esas extrañas sensaciones. Como si pudieras leer mi mente o anticipar mis pensamientos. Te mostrabas muy meticuloso a la hora de guardar mi diario tal y como lo habías encontrado y sin tocar nada en mi despacho. Pero había algo más. No me lo podía imaginar. Fue una total falta de imaginación por mi parte. O al menos eso pensé al principio. Pero ahora, sentada en esta pequeña sala privada del banco, me doy cuenta de que no incluí muchas verdades en mi diario rojo. Y lo escondí. Debí de intuir entonces que no serías capaz de resistir la tentación de abrirlo, en busca del secreto.

Llevas pintándome casi quince años. Durante todo ese tiempo, he tenido secretos. Los he ido dejando reposar como libélulas en la superficie de mi cuerpo. Una vez, incluso me pintaste en el muslo una elaborada ala, transparente y venosa, y pensé: «¡Lo ve!».

Nuestros hijos nacieron en tus manos. ¿Qué más has de saber?

Me enseñaron a pensar que la vida surge ineluctablemente en el momento de la concepción y que cuesta mucho cambiar su curso. Lo mismo sucede con el amor, y hubo malos augurios desde el principio: la noche antes de la boda soñé que unos perros salvajes me atacaban violentamente hasta despedazarme. Apenas has conocido a tu padre, y tu madre padecía de una extraña debilidad en el lado izquierdo de su cuerpo que le hacía inclinarse hacia el otro lado de un modo siniestro. Eres, por desgracia, unos trece años mayor que yo. Pero lo más significativo de todo es que deseas poseerme. Y mi error ha sido amarte y dejarte creer que podrías hacerlo.

Cuando abandoné la agradable cena que habías preparado, bajé las escaleras hasta mi despacho y arrojé la silla. Osos negros. Lobos. Y el *soufflé*. Era evidente. Puse la mano sobre la fría madera de roble del escritorio, palpé el cerco donde habías dejado la lata y noté la marca pegajosa justo ahí donde no habías limpiado el refresco derramado.

Irene subió hasta la cocina y fregó los platos que los niños habían amontonado con cuidado en la encimera. Ahora se encontraban haciendo los deberes en sus habitaciones. Los llamaría de uno en uno y repararía con ellos las lecciones así como los ejercicios de piano. Gil estaba viendo la CNN al lado de la cocina, en el cuarto de estar. Había quitado el sonido y hablaba por teléfono. El día avanzaba inexorablemente hacia la hora de irse a la cama. Los perros dormían en el pasillo delante de la escalera principal.

Dondequiera que estuviesen los miembros de la familia, esos dos perros de seis años, ambos mezcla de pastor, tomaban sus posiciones en el punto central de las idas y venidas de la casa. Gil los llamaba «perros conserjes». Y era cierto, eran inquisitivos y serviciales. Pero no zalameros ni demasiado juguetones. Más bien observadores y pensativos. A Irene le parecía que tenían cierto halo de gravedad. Un comportamiento solemne. Los comparaba con diplomáticos. Se había fijado en que cuando Gil estaba a punto de perder los nervios, siempre aparecía uno de los perros y hacía algo para distraerle. A veces se comportaban como tontos, pero era una actuación brillante. En una ocasión en que Gil se puso furioso tras recibir una factura por retrasarse en la devolución de una cinta de vídeo que se había extraviado, uno de los perros se dirigió directamente a él y levantó la pata sobre su zapato. Gil le estaba gritando a Florian cuando le salpicó la orina, y ella percibió un repentino sentimiento de orgullo en el animal.

En cuanto los niños se durmieron, Irene se deslizó en el cuarto de baño, echó el pestillo a la puerta, llenó la bañera y se sumergió en el agua caliente. Era una bañera antigua, larga y honda, e Irene podía levantar un poco las caderas y estirar las piernas hasta el rebosadero. Si hubiese nacido india doscientos años antes, habría deseado ser lo suficientemente afortunada como para haber pertenecido a una tribu con un manantial de aguas termales. Habría luchado sin piedad contra el hombre blanco por un baño de agua caliente. Vivir sin agua caliente sería difícil de soportar. Se figuraba que eso la convertía en un ser vulnerable, demasiado acomodada y de alguna manera limitada. Pero no se trataba sólo del bendito calor del agua. Se trataba de su desnudez. Poder estar a solas con su desnudez. Y sin que existiera la menor exigencia por su desnudez, ni por parte de su marido, cuya reacción ante su cuerpo desnudo resultaba demasiado compleja, ni por parte de sus hijos, que pensaban cuando eran pequeños que su desnudez era una broma divertida; ni siquiera por parte del espejo, que le exigía que valorase su cuerpo como una mujer, a través de los ojos de los demás.

Cuando salía con Gil, cultivaba un aspecto un tanto desaliñado. Sabía que

aun así era una mujer llamativa. Llevaba el cabello enmarañado y se aplicaba a conciencia tonos de maquillaje que ya no estaban de moda. Sombra de ojos de un color verde chillón. Barra de labios de color heliotropo. Rojo. A veces se cubría el rostro con una gruesa capa de polvos blancos, como una geisha. Era alta y delgada, morena, y le costaba expresarse. Un marchante de arte la había comparado con una pantera y Gil, divertido, lo había repetido durante semanas, pero a Irene le habría gustado que su silencio le otorgara un aire seductor y no torpe y cohibido. Cualquiera que fuera su poder residía en su fingida indiferencia.

Tenía que despojarse del peso de la mirada de Gil. Pasar inadvertida. De ese modo podría calmar poco a poco el dolor de tener conciencia de sí misma. Por eso, los baños eran espirituales. No sólo aseaban, sino que además restauraban. Irene podía sumergir su conciencia en sensaciones meramente físicas: un alivio ingravido, la lánguida suspensión de sus manos, el leve sudor de su frente, el cuero cabelludo tan tieso como un gorro, el liviano ardor detrás de sus párpados cerrados, el latido del pánico en su garganta.

Las palabras permanecían aún en su garganta –«Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo»– cuando Gil llamó a la puerta del cuarto de baño.

–¿Puedo pasar?

–Está cerrado con llave. Estoy en la bañera.

–¿Qué haces?

–Me estoy dando un baño.

–¿Tardarás mucho?

–También estoy leyendo.

–¿Qué estás leyendo?

Irene se regó los pechos con agua y miró la puerta con el ceño fruncido.

–Un diario –terminó por decir.

Gil se calló, pero ella sabía que seguía allí.

–¡Ah! ¿De quién?

Irene pensó un momento.

–El diario de Cristóbal Colón, el que escribió durante su primer viaje.

–¿De veras? –Gil se apoyó contra el marco de la puerta. Se oían perfectamente.

–Cuenta su primer encuentro con un ser humano del Nuevo Mundo, una joven que sale nadando hasta el barco. ¿Lo recuerdas? Un momento emblemático. Gil, ¿sigues ahí?

–Sí.

–¿Te has preguntado alguna vez qué fue de la chica? ¿La convirtió en esclava

o murió a causa de una enfermedad del Viejo Mundo? Nadie de su tribu sobrevivió más de diez años. ¿Cómo la mataron? ¡Mujeres confiadas que nadan hasta los hombres! Somos curiosas como nutrias cuando deberíamos ser precavidas como serpientes.

Irene soltó una leve y extraña risa que retumbó, hueca, contra los azulejos. Gil se apartó de la puerta, furioso.

—¿Cómo puedes decir eso? —se alejó, demasiado sigiloso para que ella pudiera oírle—. ¡Tú eres la serpiente! ¡Envenenaste mi corazón!

En cuanto Gil pronunció las palabras «serpiente» y «envenenaste», se le ocurrió una idea. Subió las escaleras hasta su estudio y se quedó de pie delante de una tabla de madera que pensaba utilizar. Gil siempre pintaba varios cuadros a la vez. Le encantaba pintar sobre tabla, aunque no era fácil conseguir buenas maderas y prefería no utilizar el contrachapado Masonite. Recorría almacenes, chatarrerías y tiendas de segunda mano. A veces una vieja puerta de roble macizo llegaba a sus manos desde una mansión de Saint Paul. Roble blanco. La *Mona Lisa* fue pintada sobre una tabla de madera que anteriormente había sido una puerta; algo de la función original de la puerta flotaba en el cuadro. Se abría y se cerraba, al igual que lo había hecho la puerta. El aura de su condición de puerta con sus misteriosas posibilidades, el acto de dar paso a una nueva estancia, todo eso permanecía vagamente en el cuadro.

Gil ya había preparado la tabla, había aplicado una capa de cola de conejo, luego de gesso, a continuación la había lijado y después había repetido la operación capa a capa, hasta conseguir una superficie suave como la seda. Ahora se hallaba delante de la tabla blanca. Se quedó una hora sentado, observándola. Se marchaba y regresaba, hacía un par de marcas, se iba de nuevo y volvía. Estudiaba y descartaba posibles composiciones. Tenía que pasar por cientos de ellas, incluso miles a veces, antes de que consiguiera finalmente definir el decorado o colocar a Irene, o salir y realizar más bocetos, traerlos al estudio y probarlos. Reunir la imagen que tenía hasta que fuera definitiva y ocupara toda su mente. La serpiente, el veneno, el odio. Pensaba esas cosas. El odio de Gil era un combustible útil, le reafirmaba en su enfoque y le proporcionaba lucidez. ¿Dónde estaba la verdad? La tabla era un interrogante. Dio unos pasos al frente y esbozó unas ligeras líneas. El corazón le latía con fuerza. Volvió a sentarse. Giró la cabeza. Su semblante fisgón, artero y atractivo se quedó inmóvil.

De pronto a Gil le llegó el olor de su madre entrando en casa de vuelta de su trabajo en el salón parroquial. No estaba allí en realidad, por supuesto, pero le golpeó el aroma que solía desprender cuando volvía del trabajo. En la tienda de segunda mano de ese salón parroquial, organizaba los donativos para la misión

india: viejos discos de vinilo y sujetadores con manchas de sudor; zapatos desvencijados y vajilla desechada. Siempre había oído a cosas usadas, gajes de la pobreza. Pero solía ser más intenso cuando volvía del trabajo. Traía en sus brazos un montón de revistas para él, libros y cualquier cosa relacionada con el arte. Robaba hojas blancas del despacho del cura, y lápices. Gil se fabricaba sus propios carboncillos quemando ramitas de madera. Dibujaba sin cesar, en secreto. Sus dedos se movían constantemente mientras copiaba lo que veía en la piel de su antebrazo, el tejido de su pantalón o el barniz picado de la superficie de su escritorio.

A su madre le encantaban sus dibujos y los atesoraba en una caja que guardaba debajo de la cama. Cuando Gil alcanzó la edad de Riel, su madre sintió un escalofrío en un lado del cuerpo. Derivó en una parálisis. Su boca se torció, su ojo se desprendió; pronto le afectó a la cadera y al hombro. Cada vez se torcía más hasta que un día se cayó al suelo. Él la levantó como a una enorme muñeca de trapo y desde aquel día la mujer caminó tambaleándose como una marioneta, tropezando acá y allá.

Habían vivido en Havre. Habían vivido en Bismarck y en Rapid City. Habían vivido en Billings y habían vivido en ninguna parte, en una vieja casa en algún lugar en el campo donde habían quedado varados sin un coche y en la que habían comido todos los dientes de león que crecían en el jardín. En la granja, habían cazado palomas con un viejo visillo de nailon. Las habían aporreado hasta matarlas y las habían asado. En aquella casa habían encontrado un acordeón, mantas, ollas, un colchón manchado y un juego de pinturas. La primera vez que Gil sacó pintura de un tubo, pintura amarilla, le pareció enormemente sugerente y se le hizo la boca agua.

Ahora respiraba con rapidez y tenía la boca seca mientras esbozaba a la mujer tambaleante, a la mujer caída, a la mujer que levantaba y ayudaba a poner en pie, y a la mujer que volvía a caerse. Todo esto estaba reunido en la sola figura de Irene. El saber lo que quería, la tensión de verlo en su mente y la emoción de plasmarlo en algo tangible le entorpecía los dedos. Dejó el lápiz y movió la muñeca para relajar la mano.

Ya estaba dormida cuando se metió en la cama. Habían comprendido que sus cuerpos no eran accesibles si cualquiera de los dos esperaba hasta que la luz se apagaba. Nunca lo habían hablado, pero con el tiempo se habían moldeado el uno al otro de mil maneras. Llevaban haciéndolo desde 1992, el año de su improvisada boda. Gil se apoyó contra el muro curvo de su espalda, que ella apartaba en su sueño. La costumbre le apaciguó. Ya no importaba lo que le

había deparado el día, la presencia dormida de Irene le reconfortaba. El peso oscuro y mamífero de la mujer en la cama le adormecía. Le agradaba su inconsciencia y se dejó llevar por el vaivén de su respiración.

La mañana era pura rutina. Los perros esperaban pacientemente a que la familia bajara y los soltara en el jardín. Gil preparaba el café en una cafetera de émbolo. Puso una cucharadita de azúcar y un poco de leche en su taza y le sirvió a Irene un café solo. La mujer se lo llevó arriba mientras vertía cereales en unos tazones, ponía cucharas en la mesa y servía vasos de zumo de naranja. Una vez que todos estuvieron en la cocina, untó mantequilla en unas tostadas de pan integral y las dejó directamente en los platos de los niños mientras estaban todavía calientes y crujientes. Florian y Riel comieron deprisa. Stoney intentó seguirles el ritmo. Irene rebuscó las cosas que necesitaban y las guardó en sus mochilas: zapatillas deportivas para educación física, pantalones para la nieve, libros de la biblioteca. Buscó sus abrigos, sus manoplas y las botas que aguardaban en la puerta, y después se enfundó su abrigo de monstruo, un engendro blanco fabricado con plumón que parecía un saco de dormir con mangas. Con aspecto de yeti, sacó a los perros y llevó a los niños hasta la esquina, donde esperó a que el autocar escolar los recogiera. Mantenía una pequeña superstición: permanecía inmóvil hasta perder de vista el vehículo. Una creencia irracional le hacía pensar que su vigilancia los mantendría a salvo todo el día. Después, siguió paseando a los perros. Siempre tenía los bolsillos repletos de galletas para perros y bolsitas de plástico. Ese día los llevó de paseo hasta el lago y vuelta. Dio una larga caminata para evitar tomar el café, leer el periódico y organizar el día con Gil. Necesitaba hacer sus propios planes. Había tomado la decisión de no enfrentarse a él por leer su diario. En el pasado, lo habría hecho. Pero mientras caminaba, le sucedió algo. Sus pensamientos se alejaron del asunto y luego volvieron una y otra vez.

Si Gil no sabía que ella sabía que él leía su diario, podría escribir cosas para manipularle. Incluso hacerle daño. Decidió empezar por una prueba sencilla, un gancho irresistible.

Esa noche vieron una película todos juntos. Incluso Florian la vio, arrebujado en una silla detrás del resto de la familia. *Tú a Londres y yo a California* cuenta la historia de dos gemelas que ignoran la existencia la una de la otra porque fueron separadas al poco de nacer a causa del divorcio de sus padres y crecen en lugares distantes, cada una con un progenitor. Las gemelas se conocen por casualidad durante un campamento de verano, intercambian los

papeles y urden un plan para que sus padres se enamoren y vuelvan a casarse al final. A Irene la película le resultó dolorosa porque los padres se terminan reconciliando. A Gil le pareció conmovedora porque Lindsay Lohan interpretaba a las gemelas en su época adolescente con gran talento y simpatía. Le encantó el final y apretó la mano de Irene. Después de la película, a pesar de la hora tardía, Irene bajó al sótano. Había decidido escribir en su diario, para que Gil lo viera.

2 de noviembre de 2007

Diario rojo

Esta noche vimos una película y Gil preparó sus palomitas especiales con mantequilla y hierbas aromáticas. Los padres de la película no habían roto por motivos importantes y no les costó nada volver a enamorarse. Debe de resultarles muy difícil a Gil entender por qué no puedo retroceder emocionalmente así sin más y volver a enamorarme, tal y como hicieron esos padres. ¿Por qué no puedo recobrar los sentimientos que tuve al principio? El flechazo y la atracción repentina son en parte una fiebre de la epidermis, una falta de conocimiento. Enamorarse también implica conocerse. El amor duradero llega cuando amamos la mayor parte de lo que vamos conociendo del otro y conseguimos tolerar los defectos imposibles de cambiar. Dejé de amar a Gil de repente antes de que naciera Stoney. Ese día, hizo algo intolerable. Me pregunto si lo recuerda. Seguramente no se imagina que algo tan anodino, algo que hace todos los días, desvelase de pronto todo sobre él.

A la mañana siguiente, Gil recogió el correo y lo llevó a la cocina. Irene abrió un sobre acolchado marrón. Contenía un satinado catálogo de la galería de arte de Gil en Santa Fe: treinta retratos de Irene America, así como reproducciones más pequeñas en blanco y negro de retratos tempranos. Había una lista de sus obras mayores. Las puertas tan queridas de Gil. Irene había dejado que la pintara a cuatro patas, una vez con aspecto maltratado, otra gruñendo como un perro y sangrando, menstruando. En otros cuadros, aparecía como una diosa con los pechos pintados con fuego dorado. O una criatura del Edén de este continente, cubierta con musgo y hojas. Había realizado una serie de paisajes, unos lienzos enormes repletos de luz, réplicas de bañistas de Albert Bierstadt o de obras del movimiento Hudson River School, donde Irene aparecía violada, descuartizada, muriendo de viruela con minuciosos detalles patológicos. Había sido retratada bajo grandes haces de luz o emergiendo de la arcilla de agrestes barrancos.

Irene ya había recibido catálogos de otras exposiciones y siempre los hojeaba rápidamente y los dejaba a un lado. Era mejor no mirar mucho tiempo los cuadros, no examinarlos. Siempre había sabido que de hacerlo, sus retratos

quedarían impresos en su mente. Le costaría después posar con naturalidad para su marido; empezaría a imaginar e incluso temer el resultado. Deseaba anclarse siempre al presente cuando Gil la pintaba.

Pero ahora que sabía que leía su diario y que se habían roto todas las reglas, estudió el catálogo detenidamente. Las nuevas imágenes eran una mezcla. Algunas eran descarnadamente sexuales, tiernas hasta la conmoción. Otras eran retratos tan crueles que le escocían los ojos y le ardían las mejillas como si la hubiesen abofeteado. En algunas obras mostraba una belleza embriagadora, tenebrosa e insaciable. En otras aparecía como un ser astuto, codicioso o poseído por una dulce picardía que le resultaba detestable. Sintió náuseas. Cerró el catálogo. Temblorosa, se sentó y miró por la ventana, procurando recobrar el aliento y deshacerse de esa sensación de asco. Se levantó de golpe y se dirigió al cuarto de baño, abrió el armario, destapó una botella de jarabe contra la acidez y apuró el líquido lechoso.

La imagen no es la persona, pensó, ni siquiera la sombra de una persona. Entonces ¿cómo es posible que alguien resulte herido por la representación, incluso la apropiación, de algo tan intangible como su propia imagen?

La violencia visceral de su reacción la desconcertó. No comentó nada al respecto más tarde, cuando se disponía a posar para otro retrato, tal y como le había prometido a Gil. Pero se sintió desfallecer al acercarse a la puerta del estudio y volvió a bajar las escaleras para tomarse un trago, luego otro, y se llevó una copa con ella para poder empezar la sesión relajada y con un agradable subidón.

Raras veces hablaban cuando Irene posaba para sus retratos. En cambio, escuchaban música. Pero al cabo de un rato, el alcohol dejó de surtir efecto y a Irene le empezó a doler la cabeza. Joni Mitchell le resultó insoportable.

–Odio ese grado de soberbia. Lo que detesto es el rollo de viaje egocéntrico de la vida –dijo Irene.

–¿Pongo otra cosa?

–Apágalo. Quiero hablar.

–De acuerdo. Pero no muevas la cabeza.

–Píntame las piernas. Voy a mover la cabeza.

Gil dejó los pinceles.

–Vaya, por lo visto no tienes ganas de posar, no me sirve. ¿Para qué seguir trabajando? Puedo dejarlo. Ya he hecho bastante.

De todas las maravillosas cualidades de Irene como modelo, lo que más conmovía a Gil era su sincero estoicismo. Podía mantener una pose durante un tiempo asombroso y, tras un descanso, recuperarla como si su cuerpo hubiese

memorizado las coordenadas exactas. Jamás se quejaba de tener frío o hambre, de sentir dolor o aburrimiento. Tenía la paciencia y la avidez de una artista. Y él nunca había pintado a nadie que supiera transmitir emociones a través de la carne con tanta fisicidad como ella. Ahora, sin embargo, posaba con desgana.

Soltó un leve quejido.

–Está bien. Hablaré entre dientes.

Gil cogió un pincel; quería trabajar. Ella le estaba poniendo de mal humor. Se inclinó hacia delante y la miró fijamente sin prestar atención a lo que decía.

–Gil, ¿alguna vez te has parado a pensar sobre la privacidad de las personas? Me refiero al concepto, al grado de intimidad al que la gente tiene derecho. ¿A cuánto renuncian las personas cuando se juntan, digamos? ¿Cuánta intimidad es importante o adecuada? ¿Gil?

Seguía observándola fijamente, con unos rápidos y penetrantes movimientos de ojos.

–¿Gil?

–Claro que pienso en ello. Lo que nos ha pasado está mal y es alarmante.

Irene esperó. Tal vez ya había leído lo que había escrito.

Gil la señaló con el pincel.

–¿Puedes enarcar la ceja? Sí. Como la tenías antes. Gracias.

–¿Y bien? ¿La intimidad?

–Nuestro propio Gobierno nos espía y nos graba sin que el Congreso haga nada y la gente se muestra displicente, y a nadie parece importarles una mierda que estemos perdiendo un derecho civil tras otro en nombre de la seguridad nacional. Por favor. A ver... sí... me gusta cómo respiras.

–¿Aguanto la respiración, Gil? ¿Quieres que aguante la respiración?

–Sí, y pensamos que vivimos en nuestro país de siempre, pero hay otro país debajo de todo lo que hacemos, el reflejo de un país de guerras y rendiciones, e inquietantes secretos.

–¿Puedo soltar el aire? ¿Puedes dejar el rollo político? No me refería a la privacidad como derecho civil, sino en un sentido emocional, entre seres humanos.

–Ya. Emocional. A la mierda todo el mundo ajeno a la tragedia de Irene.

–No me estás escuchando –Irene parecía dolida.

–Sí que te escucho. Lo siento. Yo sólo...

–He sido transparente para ti toda mi vida.

Gil estaba ensimismado, con la mirada yendo y viniendo de Irene al lienzo.

Irene levantó la vista hacia las vigas del techo. Observó una minúscula araña clara que bajaba por su seda.

–Creo que ocurre lo mismo en cierto sentido con las personas. Cuando le quitas su intimidad a una persona, puedes controlarla.

Gil no dijo nada. Los pensamientos de Irene comenzaron a divagar.

–Sabes, Gil, es posible que tengamos unos hijos increíbles. Quiero decir que ya sé que son maravillosos. Stoney es un angelito, ¿verdad? Y con una imaginación tan desbordante. Riel saca sobresaliente en todo. Florian es un genio, sin duda. Ojalá mi madre pudiera ver en lo que se están convirtiendo. La echo de menos.

–Lo sé, cariño.

–La gente piensa que después de un año, de dos... Pero la echo de menos, Gil, en este preciso instante. Ojalá pudiera hablar con mi madre.

–Lo sé, lo siento, no ha pasado tanto tiempo.

Gil dejó el pincel y se acercó al pequeño frigorífico. Cogió una copa y llenó el vaso con una botella de vino. Sujetaba la copa por el pie con cuidado y se inclinó hacia Irene. Dejó la botella medio llena junto a ella.

Irene cogió la copa. Se quedó callada durante un rato. Después, espetó:

–Ella no permitiría que me jodieras de esta manera. Winnie Jane. Le caías mal.

–No, vamos, Irene.

Gil siguió pintando.

Durante un tiempo ninguno de los dos habló.

–Creo que deberías ver otra vez a un loquero, Gil.

–Tú sí que necesitas un loquero.

–Tienes toda la razón. ¡Un loquero me ayudaría a averiguar por qué sigo contigo!

Gil se rió, pero ahora se le aceleraba el pulso y le ardía la garganta.

–Porque estás loca, Irene.

–¿Por eso sigo contigo? ¿Eso crees de verdad?

–O porque eres lista. A ver. Yo os quiero, a ti y a los niños. Os mantengo. Vivimos cómodamente. Nuestra vida marcha bien... Quiero decir, mira de dónde venimos. Tendrías que llamar a nuestra vida, a nuestra familia, un puto milagro.

–A mí me gustó mi infancia.

–Te pasaron por todos los acontecimientos del Movimiento Indio Americano. Tu madre tuvo cientos de novios.

–Diez.

–Tu padre era...

–Oye, eran los tiempos que corrían. Al menos yo tuve un padre.

–El mío era un...

–Por favor, no me vengas con que era un héroe de guerra porque vete tú a saber a cuántos ancianos, niños y mujeres vietnamitas se cargó. No tienes ni puta idea, Gil.

–¿De verdad que estamos otra vez con lo mismo?

Irene se cubrió la cara con la mano.

–Gil, hablo en serio. Necesitamos algún tipo de ayuda.

–A mí no me lo parece. Creo que somos felices. Yo soy feliz, Irene.

Gil estaba sudando, temía que su mujer le fuera a confesar lo del otro hombre pero al mismo tiempo deseaba que lo hiciera. La cabeza empezó a darle vueltas. Se sentó y se puso a limpiar los pinceles.

–Creo que he acabado. Supongo que ya hemos trabajado bastante –dijo al fin.

Irene se había dormido.

Gil la sacudió. La ayudó a levantarse, e Irene le siguió escaleras abajo.

Le habían advertido que no pintara a su esposa. Afectaría a su matrimonio. Pero él había empezado antes de que se casaran. ¿No habría sido peor dejarlo? ¿Un rechazo? Y además, incluso cuando discutían, se sentía en paz mientras pintaba a Irene. Ella se hallaba delante de él, y él no tenía que preguntarse qué estaría haciendo. Además, Hopper había pintado a Jo, Rembrandt había retratado a Saskia, y después a Hendrickje. Wyeth había pintado a Betsy y por supuesto a Helga; Bonnard había retratado a Marthe; no digamos el depredador e insaciable Picasso; de Kooning y Kitaj y John Currin habían pintado a sus esposas. Era una forma de llegar a la esencia del otro, la esencia desconocida, y la pintura también era un acto de amor enajenante. Si bien, era cierto, no siempre se había mostrado amable a la hora de representar a Irene, pensaba que había utilizado su sometimiento como una sublimación –«como el icono del sufrimiento de un pueblo», había escrito un crítico–. No se había atrevido a enseñarle el artículo a Irene; la frase parecía asfixiantemente reduccionista.

No pintes a indios. El tema ganará la partida. Se lo había dicho un pintor indio. Nunca serás un artista. Serás un artista indio. Tu carrera tendrá un techo. Sólo llegarás hasta cierto límite. Crearás expectativas. Sólo atraerás a un tipo de coleccionistas. Fíjate en Rauschenberg. Era cherokee. ¿Acaso pintó a indios? No. Y George Morrison, el único artista indio que Gil veneraba. No retrató a indios. Pintó su conciencia. Los negros pueden ser posraciales. Pero los indios se han quedado anclados en 1892. De nuevo Gil no tuvo elección. Pintaba a indios cuando retrataba a su mujer porque no podía evitarlo –la ferocidad entre ellos, la necesidad–. La sangre de sus antepasados emergía en la obra de Gil a medida que avanzaba. Ejecutaba sus obras con un perfeccionismo obsesivo, estudiando detenidamente las de los grandes maestros e incluso las de los falsificadores de los grandes maestros, que a menudo conocían trucos, recetas de cocina, mezclas secretas y atajos. Había desentrañado los secretos de los óleos desengrasados, los óleos negros, los preparados artesanales y los pigmentos

molidos a mano. A veces disfrutaba aplicando una capa tras otra de barniz transparente para lograr un *sfumato* ligeramente borroso que hacía tambalear el sentido de la realidad de los niños. Cuando eran pequeños, cada uno de sus hijos había llamado a la madre retratada en sus lienzos, y todos habían llorado cuando no había respondido. Su maestría técnica había llevado sus obras más allá del Oeste y del Suroeste, hasta Los Ángeles y Chicago, Filadelfia, Washington y, después, al fin, hasta Nueva York, pero no había dado el gran salto. Seguía siendo considerado un artista indio o artista tribal o artista cree o artista mestizo o artista metis o chippewa o, a veces, como un artista del Oeste americano, aunque viviera en Minneapolis.

Se anunciaba un invierno muy crudo y llegó por sorpresa con un fin de semana seco, sin nieve y bajo cero. El lago se heló tan rápidamente y en un día tan ventoso que el hielo mostraba el dibujo de cada diminuta placa al fundirse una con otra. Irene y Riel sacaron los patines y salieron, pero no llegaron a ponérselos porque acabaron a cuatro patas sobre el hielo. El lago estaba cubierto con una escritura indescifrable.

«Creo que deberíamos ser capaces de leer esto», pensó Riel mientras se ponía en cuclillas.

–Aunque el lago hubiera escrito la historia de toda su vida, nunca la conoceríamos –aseguró Irene.

Observaron detenidamente los signos cuneiformes y, después, avanzaron hasta una zona donde la escritura se había detenido, donde el hielo se mostraba transparente y oscuro hasta el fondo, como una ventana abierta a otro mundo. Se tumbaron boca abajo y miraron hacia el fondo, más allá de las placas fusionadas y las burbujas de aire atrapadas.

–Ojalá viéramos un pez o una tortuga o algo ahí abajo –dijo Riel.

Y parecía, en efecto, como si en cualquier momento fuera a aparecer una criatura buceando bajo el hielo. Pero sólo se veía una hoja ámbar, un corazón desgastado y suspendido al final de una grieta vertical y blanca que bajaba tan hondo que parecía desvanecerse.

El explorador Américo Vespucio había trazado el primer mapa de la costa oriental y, con ello, había dado su nombre por azar a dos continentes y, mucho más tarde, a un antepasado de Irene. América. Se trataba de Americano. Caballo Americano, un célebre jefe indio, según había afirmado su padre. A ella no se lo parecía. Opinaba que había robado ese nombre. Winnie Jane había investigado el linaje de Caballo Americano y además había copiado imágenes de varios

libros. El propio apellido de la familia ojibwe de Winnie Jane era Sourcier, cortesía de algún viajero francés, pero ella había roto con su familia. Ni siquiera utilizaba el apellido, aunque se mantenía unida a su clan, el clan de la grulla, *ajijak*. De todas maneras, los sacerdotes y los misioneros protestantes habían malinterpretado el idioma o la idea de los nombres y habían transcrito burdas aproximaciones en las partidas de bautismo o de matrimonio. Los comerciantes habían escrito nombres indios en notas donde indicaban cuántas pieles de búfalo o castor debían entregar a cambio de determinadas cantidades de ron y municiones. Fusiles, alcohol, dios y gobierno: la fuente de los apellidos de los indios norteamericanos que un día fueron tan intensamente personales. Irene America. Su nombre era ahora una clave ligada a una apariencia. Y los retratos estaban por todas partes. Al permanecer inmóvil para su marido, en cualquier postura, había entregado al mundo una doble. Ahora resultaba imposible anular ese reflejo de sí misma. Era propiedad de Gil. Había pisado su sombra.

Winnie Jane había mostrado a Irene en una ocasión la fotografía de unos niños que intentaban eliminar una sombra cubriéndola con guijarros. Le habló de un hechicero que curaba a los enfermos con su sombra: un malvado guerrero windigo cuya fuerza se hallaba en su sombra y que una niña, sin embargo, logró matar a las doce en punto del mediodía. Era posible atrapar el alma a través de la sombra. Estaba escrito en la lengua ojibwe: *waabaamoojichaagwaan*. La palabra que significa «espejo» también sirve para referirse a la sombra y el alma: nuestra alma es visible y puede verse. Gil había pisado la sombra de Irene cuando la había pintado. Y aunque intentara escapar, le resultaba imposible arrancar esa madeja de oscuridad de debajo de su talón.

—¿Y mi nombre? —preguntó Riel—. Cuéntame otra vez lo de mi nombre.

—Llevas el nombre de un poeta —explicó Irene—, un poeta cuyas visiones de una nación india murieron en la nieve ensangrentada en un lugar llamado Batoche, en Canadá. Por eso has de ser fuerte.

Hablaba con voz muy seria. Olía mucho a alcohol, a perfume oscuro y a turbia calidez. Tenía el cabello enmarañado y estropeado. Las dos estaban acurrucadas en el sofá, tapadas con las colas de los perros, aunque tenían prohibido subirse al sofá. Gil entró en la habitación y los animales bajaron de un salto. Le rodearon con cuidado, analizando de qué humor estaba. Pero Gil venía distraído y cruzó la habitación rápidamente. Stoney se había quedado dormido en el extremo del sofá mientras sujetaba con fuerza su desgastado león de peluche. Los perros volvieron al sofá y hundieron sus patas entre Riel y Stoney. Irene atrajo a Riel hacia sí.

—Louis Riel luchaba para que los indios y los metis pudieran recuperar sus

tierras –prosiguió Irene–. Habían trabajado sus tierras durante años. El Gobierno no quería concederles el título de propiedad. Es la misma historia de siempre. Stoney lleva el nombre del gran jefe Stone Child, que algunos llamaban Rocky Boy. A mí me pusieron el nombre de Irene por la canción «Buenas noches, Irene», que mi padre, por lo visto, había oído en un bar la noche en que nació. No creo que escuchara toda la letra –añadió Irene para sí.

–¿Qué letra? –preguntó Riel.

–La parte de «tirarse al río y morir». La canción es realmente bastante macabra, pero tu abuelo solía cantármela y nos reíamos.

–¿Qué significa «macabra»?

–Mortal.

–Me alegro de que quieras tanto a papá –dijo Riel–. Me alegro de que seáis felices. Aunque os peleáis, sois felices, ¿verdad? Quiero decir que la gente no puede estar siempre de acuerdo en todo, ¿a que no? Así que es normal que os enfadéis.

Riel siguió hablando cada vez más rápido.

–Sé que le quieres porque le das besos y sé que él te quiere porque te pinta mucho y además nos dice continuamente lo mucho que te quiere y que haría lo que fuese por ti, mamá.

–Duérmete, cielo –dijo Irene–. Estaré contigo en mis sueños.

Empezó a acariciar a Riel en la frente y la niña cerró los ojos. Irene canturreó «Buenas noches, Irene», incluida la parte macabra.

–Amo a Irene. Dios sabe cuánto la amo. La amaré hasta que el mar se seque. Pero Irene no me quiere a mí. Tomaré morfina y moriré.

Oyó a Gil que se echaba a reír.

–¿Quién está repartiendo morfina?

Gil entró en la habitación. Los perros bajaron del sofá de un salto. Gil se agachó, cogió a Stoney en brazos y lo llevó cariñosamente escaleras arriba.

Irene era una lectora indisciplinada y acumulaba una desordenada pila de libros a medio leer junto a su cama, así como en las mesas auxiliares y en los cuartos de baño. Muy pocas veces tenía la paciencia suficiente como para leer un solo libro hasta el final, aunque sí tomaba notas en pequeñas fichas que se amontonaban por todas partes, desestabilizando las ya de por sí inestables pilas de libros junto a la cama. Gil era un lector más cuidadoso. Si empezaba un libro, lo terminaba. La devoción que sentía por los libros había nacido con las maravillas desechadas que su madre le había llevado a casa. El olor a moho de las hojas. El lomo roto, desgarrado, que dejaba al descubierto el cartón. Lo único que importaba era que los libros fueran rescatados como si se tratase de

seres humanos. Gil nunca dejaba un libro en el suelo. Siempre colocaba debajo una revista, una hoja de papel, incluso un paño de cocina, para no arañar la cubierta. Por eso, le escandalizaba la torre de libros en el lado de la cama de Irene. Era una lectora estridente, irreverente e incluso irrespetuosa. A Gil jamás se le pasaría por la cabeza utilizar un pañuelo de papel como marcapáginas. Miraba los libros de bolsillo abiertos bocabajo con angustia, y siempre buscaba una tira de papel para ponerla entre las hojas y poder cerrar el libro con cuidado. Parecía pensar que necesitaba tener un marcapáginas siempre a mano cuando cerraba un libro, al igual que un médico tiene preparada la venda para contener la herida en cuanto levante la presión. Era como si las palabras pudieran huir en cuanto Gil apartara la mirada. Ésta era una de las pequeñas manías de Gil que a Irene le parecían simpáticas.

Irene entraba y salía de varios libros a la vez, y nunca leía las obras científicas desde el principio hasta el final, sino que hojeaba primero las páginas más interesantes: las batallas, las bodas o las muertes. Cuando se disponía a leer una biografía, abría el volumen por la separata de las fotografías y estudiaba los rostros antes de volver al inicio. No era de extrañar que no consiguiera sacar adelante y concluir su doctorado, pensaba Gil. ¿Cómo iba a ser una reconocida experta? Gil se sorprendía ante su falta de voluntad. Creía que era mejor dejar que el retrato de una persona se fuera sedimentando mediante las palabras y emplear las fotografías como referencia más adelante. La forma en que Irene leía le exasperaba a menudo, pero por otro lado también la envidiaba, y a sus ojos era otra prueba más de su complicidad con los libros. Los trataba como a sirvientes; él era su sirviente.

A menudo Irene le contaba a Gil anécdotas de los libros que estaba leyendo. A veces fingía no saber de dónde procedía la historia o que había olvidado la fuente. A Gil le gustaba investigar el origen de sus reseñas, apretándole las tuercas, decía. Con frecuencia descubría que Irene había ampliado un capítulo para hacer hincapié en una intención. En realidad, ella no quería que él volviese al texto original y averiguara que había manipulado la historia.

Aunque eso le sacaba de quicio, al mismo tiempo le fascinaba, porque estaba convencido de que Irene trataba de comunicarse con él mediante metáforas. La noche después de que Irene posara para Gil, ella le contó que había estado leyendo las cartas y las notas del pintor George Catlin.

Catlin había nacido en Wilkes-Barre, Pennsylvania, en 1796; el quinto de catorce hermanos. Estudió Derecho y trabajó como abogado durante dos años antes de colgar la toga en 1823 y convertirse en retratista. En 1831, empezó una serie de visitas a distintas tribus, principalmente en las praderas. Pasó un año entre los indios, estudiando sus costumbres, aprendiendo su lengua y pintándolos.

La historia que Irene contó a Gil se refería al día en que George Catlin fue detenido en un barco en el río por el pueblo mandan, una tribu que acababa de abandonar. Le habían seguido con el fin de recuperar el retrato de una hermosa joven. Le explicaron que la muchacha, que se llamaba Visón, se estaba muriendo. Creían que el retrato que Catlin había realizado de ella tenía un parecido demasiado real. Catlin había reflejado en el cuadro la personalidad de la joven hasta tal punto que, cuando se llevó la pintura del poblado, se llevó consigo parte de su vida también. La muchacha había empezado a sangrar por la boca. Vomitaba sangre. Su familia dijo a Catlin que, al llevarse su retrato, había arrancado los hilos de su corazón y que éstos pronto se romperían. Le pidieron que devolviese el cuadro.

–Pero Catlin se negó a devolverlo –dijo Irene–. Dijo que también se había plasmado a sí mismo en el retrato volcando su propia alma al ejecutarlo. Si devolvía la obra, caería enfermo.

Los nativos se ofrecieron a llevarse la pintura y quemarla. Decían que algo capaz de debilitar a dos personas no debería existir, que era peligroso. Catlin les dijo que lo quemaría él mismo. Los indios se marcharon sin creerle, desesperados. Para cuando regresaron al poblado, Visón había muerto. Catlin expuso su retrato en la Galería India de Catlin en Albany, Nueva York, en 1838.

Al día siguiente, Gil encontró la historia que Irene había mencionado en el segundo volumen de *Cartas y Notas sobre los usos, costumbres y condiciones de vida de los indios de Norteamérica*. Carta número 54. Se trataba de una historia intercalada dentro de otra más larga, una especie de historia previa, o un aparte. Si bien la primera mitad de la versión de Irene sobre Visón era cierta, la segunda era falsa. En realidad, Catlin devolvió el retrato. De hecho, lo enrolló y lo entregó a los familiares de la muchacha inmediatamente, aunque no deseaba separarse de él. No había forma de saber por el libro si el retrato había sobrevivido o si había podido realizar alguna copia y exponerla. Gil pensó que tal vez Irene estaba intentando decirle algo evocando y tergiversando esa historia. ¿Acaso él le estaba robando algo al retratarla? ¿Estaba realizando algún tipo de copia de ella que residía en otra dimensión fuera de los cuadros? ¿Había llegado a plasmar tanto de ella en algún retrato hasta el punto de debilitar y disminuir de algún modo a la «verdadera» Irene? ¿Estaba tirando de los hilos de su corazón y pronto se partirían? ¿O acaso se habían roto ya?

6 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

Cuando salí de casa esta tarde, me preguntaste si iba a la tienda de ultramarinos y te respondí que no. Pero no te di otra explicación. Simplemente sonreí y salí por la puerta. ¿Por qué debería decirte adónde voy? Eso es lo que hace la gente en una relación civilizada. La nuestra no lo es: has roto las reglas. Por supuesto, en cuanto digo eso, me acuerdo. Yo he roto unas reglas y tú has roto otras. Hemos intentado resolver nuestras diferencias sobre esas infracciones, sobre la mayoría de ellas. Lo peor de nuestro comportamiento atañe a las cosas que conciernen a los niños. Por eso intentamos modificar nuestra conducta y corregir nuestros errores: por ellos. Pero esto es distinto.

Cuando te imagino bajando las escaleras hasta mi despacho y sacando mi diario de detrás de las viejas carpetas de antiguas cuentas, me invaden sentimientos insoportables. Sé que se trata de un abuso menor que otra gente quizá llegue a superar.

Pero yo...

En este punto Irene se detuvo y se retorció las manos secas y frías. Estaba helada hasta la médula y empezó a tiritar. Volvió a ponerse el abrigo y siguió escribiendo.

...considero esto como una cuestión de vida o muerte.

Habrás leído lo que escribí sobre el momento en que de pronto lo desvelaste todo, el momento en que dejé de amarte, el momento en que comprendí quién eras de verdad. Pero no hubo tal momento. Deberías saberlo.

¿Cuántas veces te he dicho lo difícil que es resistir el señuelo del momento histórico, de la única acción, de la verdad repentina que lo cambia todo? ¿Cuántas veces he descrito mi propia lucha a la hora de contar historias para relacionar acontecimientos históricos y buscar una cronología de los sucesos que siga un diseño que podamos reconocer como una historia? Siempre hay muchos momentos, nunca uno solo. Hay muchos puntos de claridad y muchas causas para un solo efecto. No obstante, después de que muchísimos de estos puntos, de estos momentos, hayan sucedido, he de decirte que hay un momento final. Una escena final.

Con cada persona a la que he dejado, ha habido siempre un momento final en el que me he dado cuenta de que ya no estoy. Con mis amantes siempre ocurría en el instante posterior al orgasmo. En ese aturdimiento de placidez, tengo la certeza de haber tocado fondo, de que hemos llegado lo más lejos posible en esta vida. Que se acabó el sexo entre nosotros. Esos momentos finales siempre se han producido después de la más frenética y desenfrenada, a menudo, desesperada o furiosa, relación sexual. Entonces toco un moratón o la marca de un mordisco y pienso: «Habrás desaparecido antes de que esto se haya borrado». No tengo la menor duda sobre esta verdad.

Es posible captar ese momento en una película, en el rostro de un actor. O en un cuadro. Creo que lo has capturado en mis retratos sin saber en realidad lo que has atrapado. En una obra de ficción, esta verdad en concreto me resultaría banal. Pero en la vida real, es un momento que me parece cargado de peso y gracia, aunque muy triste, como una muerte natural. Sin embargo, no es realmente un instante por el que uno vaya a actuar cuando hay hijos de por medio. Uno debe seguir intentándolo. De modo que, a pesar de haber experimentado numerosos momentos, después de hacer el amor contigo, en los que me di cuenta de que «no estaba, lo nuestro se había acabado, el final estaba claro», siempre me sentí obligada a reprimir una conciencia absoluta del fin. No puedo llevarlo a buen puerto. En otras palabras, continúo haciendo el amor contigo después del final. Hemos vivido ya tantas muertes naturales que me pregunto cómo puedes hacerme el amor. Soy una mujer muerta a la que sólo se le pueden activar los reflejos. Y sin embargo, con el tiempo, esta involuntaria resurrección ha llegado a poseer su propia excitación malsana. Al igual que ocurría con aquellas noches en las que llegaba al final con los demás, ha dejado de importarme lo que muestro de mi avidez. Incluso crueldad. Y a ti también. En consecuencia, nuestras relaciones sexuales reflejan un desprecio cada vez más hondo. Con la misma vergüenza que siento cuando te imagino leyendo mi diario, admito que a veces eso mismo me resulta excitante.

En cuanto entró por la puerta trasera, Irene oyó a Gil que subía a toda velocidad las escaleras desde el sótano. «Ha estado en mi despacho», pensó. «Ha estado leyendo mi diario rojo.» Se quitó el abrigo y la bufanda. De una sacudida, se quitó las botas que fueron a impactar contra la pared. Se dejó caer en el sofá, en el rincón más cálido del salón. Los perros se abalanzaron sobre ella. Estaban nerviosos y querían salir a pasear. Colocaron los hocicos en su regazo con la mirada alzada y vehemente. Se apartaron el uno al otro celosamente y torcieron el belfo de gusto cuando ella los acarició. De pronto, agarró al perro más viejo y lo levantó hasta su vientre como si fuera un cachorro. El perro se retorció de placer como un niño. A pesar de la corpulencia del animal, lo abrazó con más fuerza, susurrándole al oído hasta que se quedó relajado junto a ella, repantigado y tranquilo. Al cabo de un rato, Irene se dio cuenta de que había soliviantado a su perro y dejó que se diera la vuelta hasta que soltó un gruñido de placer. Hundió los dedos entre la mata sedosa detrás de sus orejas y el perro cerró los ojos. El otro animal colocó el hocico en sus rodillas y levantó la vista hacia ella. Eran sabios emocionales. Lo sabían todo.

–¿Qué va a pasar? –susurró Irene.

Gil no dedicó mucho tiempo a pensar qué había hecho para que Irene se desenamorara de él al poco tiempo de nacer Stoney, porque lo sabía perfectamente. Stoney había nacido el once de septiembre en una sala de partos del hospital de Riverside-Forest en Minneapolis. Las paredes del paritorio estaban revestidas con papel pintado verde claro con un estampado floral y salmones saltando en una cenefa.

–Desovan río arriba –dijo Irene–, y luego mueren. ¿Te parece adecuado para una sala de partos? A mí no.

Apartó las sábanas de las piernas de una patada. Había un enorme televisor colgado en la pared así como una butaca La-Z-Boy cubierta con una funda de plástico E-Z Wipe. Irene había intentado dormir un poco la víspera, pero a las cinco de la mañana sus contracciones ya no la dejaban pegar ojo y a las siete estaba ingresando en la habitación. Cuando Irene vio el televisor, exclamó que quién demonio sería capaz de ver la tele mientras daba a luz. Gil acababa de pensar que tal vez él, cuando una enfermera entró corriendo en la habitación y les dijo:

–Tenéis que ver esto.

Encendió la televisión. Vieron cómo se desplomaban las Torres Gemelas y el parto de Irene se detuvo durante aproximadamente una hora.

–Tienes que apagar la tele –le dijo a Gil–, si quieres que tenga a este niño.

–Pero... –refunfuñó Gil.

Irene le dirigió una mirada furiosa y llena de odio. Era exactamente como si se hubiera quitado una máscara. La fiereza de su mirada le sacudió, y después de eso, intentó respirar con ella y medir sus contracciones. Pero a la vez no podía evitar hacer numerosas pausas y salir a la sala de espera para ver lo que estaba pasando. Cada vez que intentaba salir de nuevo, Irene suspiraba y le rogaba: «Por favor, no te vayas». Pero él salía, una y otra vez, incluso después de que la enfermera le dijera con voz entrecortada: «Le necesita». Tuvieron que ir a arrancarlo de los fascinantes comentarios para la fase de expulsión. Gil pensaba que Irene había dejado de quererle a raíz de su comportamiento, más pendiente de la televisión que del nacimiento de su hijo, por lo cual se había disculpado y rebajado sin lograr ser perdonado nunca.

Por la noche, Gil se volvió hacia Irene y le dijo:

–¿Sabes? Nunca me perdonaré por haberme distraído tanto cuando nació Stoney.

Irene ni le miró.

–Ya te has disculpado bastante por ello –respondió–. ¿Te sigue remordiendo la conciencia? Yo lo he olvidado.

Stoney se sentó a un extremo de la mesa con una resma de folios y una caja de rotuladores de colores. Era capaz de dibujar cualquier cosa. Nada le intimidaba. ¿Queréis una ciudad? Stoney dibujaba páginas de rascacielos recortados con diminutas ventanas en hileras vacilantes y decididas. ¿Queréis una manada de elefantes? ¿De búfalos? ¿De rinocerontes? ¿Una bandada de pájaros? ¿Queréis pájaros? Stoney podía dibujar cualquier tipo de ave. ¿Queréis pájaros montando en bici? ¿Queréis edificios sobre patas? ¿Queréis edificios con cabezas humanas? ¿Queréis nubes con esto, o con un cielo azul, o con un sol? Hacía dibujos a la carta, y también los hacía del natural. Dibujó a su padre dormido en el sofá. Dibujó a los perros observándole mientras dormía. Dibujó a Riel estudiando o jugando a *World of Warcraft*, algo que tenía prohibido. Riel le pidió que escondiera el dibujo y Stoney lo ocultó. Dibujó a Florian con un pañuelo verde en la cabeza, un retrato que le gustaba. Florian enseñó a su hermano pequeño su tatuaje secreto: una serpiente tragándose la cola. Stoney la dibujó, le regaló el dibujo y no le contó nada a nadie. Retrataba a su madre casi a diario, con vestidos preciosos. Vestía a su madre con rayas y lunares, y si la dibujaba con algún traje florido, añadía una flor a juego en su pelo. En cada

dibujo, Stoney dibujaba al final de la mano de su madre un palito con una medialuna en el extremo.

Antes de cenar, Irene estaba sentada con Riel y Florian. Stoney se hallaba en plena exposición. Les estaba enseñando su colección de dibujos.

–Mira –comentó Irene al hojear sus retratos y admirar los conjuntos tan bien dibujados–. Tengo esa cosa en la mano, como otra extremidad más; siempre está ahí. En todos los dibujos. ¿Qué es, Stoney?

–La copa de vino.

Irene se quedó callada.

–Cree que forma parte de ti –dijo Florian.

Algunas mañanas, Gil salía para sentarse junto al *Lucrecia*. Se encontraba a unos cinco minutos de su casa en coche. Durante una hora o más después de que abrieran las puertas, el Minneapolis Institute of Arts permanecía casi vacío. Gil decía que era como tener su propio Rembrandt, sin el coste de los seguros ni el estrés de su mantenimiento. Conocía a los conservadores del museo; *America 6, 18 y 70* formaban parte de la colección permanente. Pero los vigilantes, escasos de todos modos, sólo conocían a Gil como el hombre al que le encantaba Rembrandt. Solía sentarse en el banco de madera frente a la pintura, permanecía sentado junto a ella durante media hora, o más si nadie venía a interponerse entre ellos.

La historia de Lucrecia fue narrada por el historiador romano Tito Livio en *Ab Urbe Condita*. Era una esposa fiel y virtuosa. Mientras su esposo se hallaba ausente, el cruel y lascivo Sexto Tarquino intentó seducirla. Cuando la mujer se negó, él amenazó con matarla a ella y a su esclavo y con dejar sus cuerpos juntos en el lecho conyugal para que los encontrara su esposo al regresar. Entonces la mujer cedió. Cuando su marido y su hijo volvieron, les refirió el ultraje sufrido y, a continuación, se hundió un puñal en el pecho ante sus ojos. Rembrandt pintó a Lucrecia en tres ocasiones. Uno de sus cuadros se perdió. Otro representa a Lucrecia justo antes de que el puñal se hundiera en su corazón. La Lucrecia de Minneapolis ya ha cometido la agresión contra sí misma y aún sujeta el puñal ensangrentado. Su túnica aparece cubierta de sangre, el fino tejido se pega a su piel de forma inquietante, su alma disuelve sus rasgos en un débil resplandor, violentamente viva incluso mientras la vida se desvanece.

Gil observaba los ojos de Lucrecia que rebosaban una conmoción trascendental. Sus ojos se habían estado llenando de lágrimas desde 1666; había una inmensa ternura en su mirada. Una tristeza que conmovía a Gil. Algunas mañanas, se sentaba en el banco y sus ojos se humedecían también y su visión

se nublaba. A menudo se preguntaba qué aspecto tendría el *Lucrecia* desaparecido. Una vez, pintó a Irene como Lucrecia. En el retrato, Irene también mostraba una mirada de una insondable tristeza. El gesto de una mujer avergonzada hasta lo más hondo y tan enamorada que no soporta vivir con la mancha de la afrenta entre ella y su marido. En el cuadro, Irene aparecía vestida como Lucrecia, con sangre y óxido. También su mano derecha se aferraba a un cordón tan fino como la exigua vida que le quedaba. Pero en lugar de pintar un puñal en la otra mano de Irene, Gil había perfilado una botella.

Gil quería a su familia con una devoción casi desesperada, pues sabía que en el fondo se estaban alejando de él. Sus sonrisas zalameras, sus cumplidos, sus risas artificiales. A veces pensaba que eran sinceros. Otras veces sabía que le tenían miedo. Les había hecho daño a todos, pero no les había lastimado de un modo duradero. Los había golpeado a todos, pero nunca les había dejado una marca física. Eso era importante. Era taciturno, depresivo, sarcástico y encantador. Sonreía cuando Irene pensaba que iba a gritar, se volvía cariñoso de buenas a primeras y no siempre había estado tan enfadado. La verdad es que necesitaba toda la atención de Irene. La había tenido antes de que nacieran los niños. Ellos se la habían robado y había sentido celos desde el principio.

Era consciente de los celos que sentía. Sabía que quería a Irene sólo para él. Ambos habían sido criados por madres solteras y desde el principio comprendieron muy bien el vínculo afectivo que les unía: serían padres el uno para el otro, además de amantes. Había funcionado hasta que se convirtieron en padres de verdad. Para Irene, el amor por sus hijos surgió como una revelación. Lo mismo le ocurrió a Gil, pero a la vez se sentía destrozado porque se daba cuenta de que Irene ahora quería en primer lugar a sus hijos, y que siempre los iba a querer más a ellos. Con cada embarazo se tocaban cada vez menos, aunque la pintaba compulsivamente. Gil notaba cómo la marea se alejaba despacio, un poquito más cada día, hasta permanecer ahora de pie, solo, en la playa árida.

Por lo tanto, cuando los lastimaba, compensaba el daño de maneras muy sofisticadas. Lo intentaba. A veces hacerlo le encogía el corazón, a veces le decepcionaba el resultado: planes humillantes para una cena perfecta en la que todos acababan abatidos, o regalos que recibían con una efervescente gratitud y que terminaban escondidos en un armario.

De todos ellos, Riel era la más difícil de contentar. No parecía querer nada. Siempre había sido así. Cuando un año antes le había preguntado qué quería para Navidad, ella le pidió papel. «Te regalaré papel, está bien», había

respondido él. Eso fue lo único que recibió de él esa Navidad, y lo peor era que no sabría decir si la muchacha estaba contenta de verdad cuando abrió la caja de papel o si estaba siendo irónica, como lo habría sido él –sólo que él también cuando era niño había deseado tener papel, infinitas cantidades de papel para dibujar, tal y como se recordaba a sí mismo.

Riel se subió encima de su caja de folios para coger su alijo de caramelos en la balda superior de su armario. Riel utilizaba sus folios para todo tipo de cosas. Los empleaba para dibujar un sinfín de viñetas. Elaboraba animales con papel, pegamento y tapones de botellas. Pegaba hojas de árboles en los folios con cinta adhesiva. Cuando dijo lo del papel, no había ironía en su petición. Tener un buen remanente de papel a mano era una buena cosa, y ella siempre se alegraba de ello cuando se le ocurría algún nuevo proyecto.

Mientras comía un dulce de Halloween –ahora había llegado a las pegajosas galletas de crema de cacahuete–, Riel pensó en su disfraz de vampiro y entonces cayó en la cuenta de que no recordaba de qué se había disfrazado el año anterior. Después, se percató de que los acontecimientos de la víspera, o incluso de esa misma mañana, no eran tan vívidos como las cosas que había hecho hacía una hora, o hacía un momento, o incluso que las que estaba haciendo ahora mismo. Cuando intentó recordar lo que había hecho una semana antes, tal día como hoy, todo resultaba confuso. Los detalles aparecían borrosos. Incluso la gente. Cerró los ojos para recordar el rostro de su profesora, la señora Strom, y de sus amigas, una por una. Las visualizó brevemente, pero como rostros llevados por la corriente, de modo que resultaba imposible fijar su imagen. Se desvanecían. Incluso la de su madre, su padre y Stoney. Pero cuando evocó el rostro de su hermano mayor, se quedó asombrada de la nitidez con la que emergía Florian. Florian le sonreía fijamente o la miraba con el ceño fruncido. No desaparecía, sino que, al contrario, se multiplicaba, de modo que podía recorrer sus estados de ánimo y sus gestos como si se tratara de una baraja de cartas con el semblante de Florian.

Florian trabajando, estudiando o apretando los labios. Su lápiz sobrevolaba la página mientras resolvía arcanos problemas de matemáticas. A Florian le habían puesto ese nombre por su padre, Gilbert Florian, y su abuelo, Florian LaRose. Riel podía recordar a su hermano sacudiendo el cabello mojado, delgado, de pie, con sus vaqueros rotos y sus camisetas de grupos de rock –tenía docenas de ellas–. Los vaqueros y las camisetas negras componían una especie de uniforme de Florian. The Smiths. The Kinks. Alice in Chains. The Cold War Kids. Le veía con absoluta claridad, mientras que le costaba un esfuerzo desconcertante enfocar en su mente a todos los demás. Compartía esa

extraña disonancia con los perros. Conseguía visualizarlos cuando quería, sin ningún problema. Aun así, el resto le preocupaba.

Riel decidió elaborar un mapa de los recuerdos, para no olvidar las cosas que habían sucedido. Llenó un viejo archivador de hojas sueltas con su papel especial. Escribiría un recuerdo en cada página. Cuando evocara ese recuerdo de manera deliberada o cuando le surgiera por casualidad, apuntaría una fecha. Reconstruiría los fragmentos. Se sentía orgullosa de haber pensado en el archivador, porque se dio cuenta de que seguramente sería imposible repasar los recuerdos por orden cronológico. Tendría que estar muy atenta y anotarlos en cuanto surgieran.

Durante los días siguientes, al rellenar el mapa de los recuerdos, tomó conciencia de su condición de india, de india norteamericana, de persona indígena. Numerosos acontecimientos que recordaba eran *powwows*¹, visitas a su abuela, velatorios, momentos de distintas ceremonias, ocasiones en las que colocaba tabaco en el suelo y rezaba junto a su madre. Algunas de estas cosas no se habían vuelto a reproducir desde hacía muchos años. No obstante, seguía siendo india. Su tez era clara, sus ojos de un color avellana turbio, pero seguía siendo india, ¿no? También había estudiado la vida de los indios en la escuela. Había aprendido que eran capaces de sobrevivir en la naturaleza, que se alimentaban de búfalos, cazaban con arcos y flechas, no lloraban nunca salvo cuando constataban el estado ruinoso en que el hombre blanco había dejado sus tierras. Los indios llevaban trajes tradicionales con un penacho todo el tiempo y sabían hablar con los animales. Riel se preguntaba cómo es que ella no sabía hacer ninguna de estas cosas. Quizá debería entrenar. Ser india podría resultar muy útil después de todo.

Riel recordaba el nacimiento de Stoney, el mismo día del atentado contra las Torres Gemelas. Lo había seguido todo por televisión con una niñera anonadada. Después de ese día, supo que cualquier cosa podía suceder. Tenía que estar preparada. Debía planear cómo sobrevivir a un atentado terrorista utilizando las habilidades de sus antepasados. Examinó los libros que apilaba su madre junto a la cama en busca de información, y cogió los volúmenes marcados con papelitos verde y rosa, libros antiguos de tapa verde. Riel se llevó los tomos a su habitación y comenzó a leerlos en cuanto tuvo oportunidad.

Leyó acerca del entierro del jefe Mirlo con su caballo, en lo alto de un promontorio sobre el Misisipi. Habían pintado de bermellón las manos del fallecido jefe y las habían apoyado en los ijares de su caballo favorito para que sus huellas lo poseyeran para siempre.

Llevando en el lomo el cuerpo del jefe Mirlo, vestido con sus mejores galas y sujetando sus armas y tabaco, el caballo permaneció de pie, impasible, mientras amontonaban la tierra alrededor de sus patas y a lo largo de su cuerpo, inmovilizándolo, de modo que, en cuanto la tierra le llegó al cuello, no resultó difícil enterrar vivo al animal.

Leyó cómo George Catlin había profanado la tumba cubierta de flores silvestres años más tarde y había robado los cráneos del caballo y del jefe para exponerlos en el este del país.

Leyó cómo los mandanes depositaban los cráneos de sus antepasados en círculo, les hablaban con amor y pasaban tardes enteras en comunión con sus espíritus, y cómo, en el círculo más antiguo, los cráneos se habían convertido en tiza y se habían desintegrado en polvo de modo que sólo quedaban los dientes sobre la hierba. Círculos de pulidos dientes.

Leyó acerca del jefe Mahtotohpa, un padre y marido atento, cuya sangrienta y valiente vida fue narrada en una piel de búfalo. El hermano de Mahtotohpa había muerto a manos del guerrero Wongatap, y su cuerpo había sido abandonado con una lanza atravesándole el pecho. Mahtotohpa sacó la lanza y la guardó durante cuatro años, con la sangre reseca de su hermano todavía visible. De pronto, al cabo de esos cuatro años, Mahtotohpa brincó blandiendo la lanza y gritó: «¡La hoja de la lanza beberá la sangre del corazón de Wongatap, o Mahtotohpa unirá su sombra a la de su hermano!».

Mahtotohpa recorrió trescientos kilómetros hasta el poblado de su enemigo. En el momento en que la gente se disponía a dormir, entró en la choza de su enemigo y comió un poco de carne que cocía en un puchero sobre el fuego y, a continuación, descubriéndose el rostro, clavó la lanza en Wongatap y consiguió escapar de algún modo al consiguiente alboroto y persecución.

Leyó sobre la visión de las hogueras en las praderas durante la noche, cómo las llamas avanzaban por las cimas de los promontorios como collares de fuego líquido. Leyó cómo el pueblo mandan atrapaba los caballos a lazo y sabía asfixiarlos primero y resucitarlos después insuflándoles su propio aliento, y domarlos en apenas unas horas. Leyó sobre el interesante aspecto de los miembros de la tribu mandan que, según Catlin, irradiaban una particular distinción y elegancia, y cuyos ojos eran de color avellana, gris y azul, con el cabello de todos los colores que incluía, desde la infancia a la edad adulta, un brillante tono gris plateado o incluso un blanco resplandeciente.

Leyó acerca del entrenamiento de los guerreros mandanes; cómo montaban a caballo sin cesar, cazaban, ayunaban y pasaban sed, cómo eran ahorcados o atravesados por lanzas. Cómo morían en manos del Gran Espíritu y renacían una y otra vez durante varios días de suplicio ritual, que soportaban con estoica sonrisa.

Cuando leyó esa historia, decidió que no sería sólo una muchacha indígena, una india norteamericana, una ojibwe o una dakota o una cree, sino una persona modélica. Se convertiría en una muchacha profunda, fuerte, inteligente y sincera. Estaba segura de que, si observaba a su padre con la suficiente atención, descubriría con el tiempo cómo obtener lo mejor de él. Tomó una decisión crucial: le arrebatara su poder.

El día después de que Riel empezara a trabajar en sus habilidades ancestrales indias, su padre esperaba en el vestíbulo cuando la muchacha llegó del colegio. Riel se limpió la nieve de las botas en el felpudo.

–No hagas un charco –dijo su padre–. Sal fuera y sacude la nieve de las botas antes de entrar en casa.

Sólo era una fina capa de nieve, pero tenía una textura húmeda y pegajosa. Tenía nieve en el pelo. Cuando volvió a entrar, Gil alargó la mano para limpiarle la nieve del cabello y ella se estremeció.

Se había jurado a sí misma que no volvería a estremecerse o a acobardarse, igual que había visto arredrarse a Florian, llevarse las manos a la cabeza y encogerse. Pero se había estremecido porque la mano de su padre había surgido de la nada en el soleado vestíbulo. Su estremecimiento, descubrió más tarde, lo enfureció porque era evidente por su gesto que él ya la había golpeado con anterioridad. Y la volvió a pegar. Se llevó la mano a la cara y le dijo en voz alta:

–¿Por qué has hecho eso?

Aquello formaba parte de su estrategia para quitarle el poder: llamar siempre la atención sobre lo que hacía.

Pero su padre se había marchado antes de que pudiera poner en práctica la siguiente fase de su plan y tuvo miedo de correr tras él con las botas todavía húmedas y mojar el pulido suelo de madera.

Lo cual era absurdo considerando la importancia de lo que pretendía hacer.

Algo indio, pensó. Pero sólo se desalentó por un momento. Al fin y al cabo, acababa de empezar.

Y quizá ya había logrado algo.

«¿Por qué has hecho eso?» persiguió a Gil hasta la cocina y, mientras se servía una copa de vino, sintió remordimiento. No un verdadero remordimiento, sino el tipo de remordimiento que se alivia al transformarse en motivo para un regalo. Mientras se sentaba con su vaso de vino, se le ocurrió una idea irresistible.

Decidió que averiguaría lo que más deseaban Irene y cada uno de sus hijos,

incluida Riel, lo que más anhelaban, lo que pensaban que jamás tendrían. Había vendido un cuadro de forma imprevista, tan sólo un pequeño retrato que aportaría algo de dinero adicional, y les conseguiría esas cosas a cada uno de ellos –por muy extravagantes o difíciles que fuesen–. Le puso un nombre secreto a esta empresa: el proyecto de los deseos del corazón. Quería colmar sus sueños para darles una sorpresa.

–Si pudieras tener lo que fuese –les preguntó a todos de uno en uno–, cualquier cosa en el mundo, el cielo o tu imaginación es el límite, ¿qué sería?

Stoney frunció el ceño y dijo:

–Una nube.

Riel aún sentía vergüenza por haberse estremecido. Pero con su vergüenza y todo, quiso que su padre tuviese buena opinión de su elección. Así que dijo, porque sabía que los antiguos indios, por encima de todo, habían querido el mejor futuro para siete generaciones:

–La paz mundial.

Florian mintió y dijo que quería jugar al hockey. Gil le pidió que se lo repitiera. Florian dijo lo mismo otra vez.

–¿Tú qué quieres, Irene? –preguntó Gil esa noche.

–Quiero que te marches –respondió Irene.

Gil enmudeció por un momento, y después se echó a reír y dijo:

–No puedo. ¿Quién llevaría a Florian a los entrenamientos de hockey? Son todos los días a las cinco de la mañana.

Gil consiguió para Riel una enorme pancarta que rezaba «NO A LA GUERRA DE IRAK» y la colocaron juntos en el jardín. Mientras su padre la abrazaba y le decía que irían juntos a reuniones para promover la paz, se sentía feliz consigo misma, y orgullosa, y también deseaba fervientemente que no tuviese que comportarse como sus antepasados y pudiera en cambio pedir zapatos de tacón, un monopatín de descenso, o tal vez un monopatín de verdad, y un casco que no tuviese flores hawaianas rosas pintadas, sino un casco negro con una calavera en un círculo de llamas.

Florian dejó que Gil le comprase un equipo de hockey por valor de cientos de dólares, pero a la tercera mañana de entrenamiento, para alivio de ambos, le dijo a su padre que odiaba ese deporte.

Gil contrató a una antigua compañera de sus días de artista en Saint Paul para que pintara un cielo con nubes en el techo de la habitación de Stoney. Su amiga

se llamaba Louise y hacía trabajos importantes de artes gráficas, pero le había entusiasmado la idea de Gil de cumplir el sueño de su hijo pequeño. Acudió enseguida.

Louise también tenía un parentesco con Irene que Gil desconocía y, de hecho, que Irene misma ignoraba. Louise tampoco estaba del todo segura de esa relación familiar y decidió no sacar el tema a no ser que se presentara un momento propicio de intimidad. Esperaba poder hablar con Irene, a quien no conocía.

Mientras Louise pintaba, Irene le trajo una taza de té.

–¿Tú qué has pedido? –preguntó Louise.

–Algo que Gil no me puede dar –respondió Irene.

Dos días más tarde, Louise concluía la pintura de las nubes. Recogió sus pinturas, trapos, pinceles y lona en dos grandes bolsas de plástico y bajó las escaleras. Irene se disponía a salir. Louise había llegado allí en autobús e Irene se ofreció a llevarla a casa. Louise se subió al coche y le explicó que se dirigía a casa de su novia Bobbi en el sur de Minneapolis.

–No queda muy lejos de donde me crié –comentó Irene.

Cuando pasaron por delante de la cafetería Xenon, Louise le preguntó a Irene si recordaba cuando era una ferretería.

–La mejor –respondió Irene–. Solía recorrer los pasillos mirando los pequeños botes de tornillos y pernos.

–Tenían siete tipos de desatascadores –dijo Louise–. Uno minúsculo para el lavabo del cuarto de baño.

–Y medias esferas de tiza azul.

–Muestrarios de colores gratis y, cada primavera, estanterías de semillas para el jardín.

–En otoño, comprábamos allí el material escolar.

–Reglas Big Sioux.

–Cuadernos Big Chief.

–Deberíamos dar la vuelta y tomarnos un café allí, por los viejos tiempos –sugirió Louise.

–¿En serio? ¿Te apetece? –respondió Irene.

La cafetería Xenon era un agradable y variopinto lugar, algo retro con mesas de formica, sillas con patas puntiagudas, apliques con rombos de colores y, a cada lado de una banqueta de plástico azul llena de parches, lámparas cuyos pies estaban formados por unas panteras agachadas de cerámica negra. Louise e Irene pidieron dos cafés con leche en tazas blancas y altas, y se sentaron a una mesa en

un rincón junto a un ventanal con un ancho alféizar. Fuera, los primeros copos de nieve seca caían como arena fina, de un color blanco resplandeciente, en un patio vallado. El viento levantaba las ramas secas de las enredaderas muertas y las golpeaba contra los cristales.

–En realidad, no sé de qué conoces a Gil –dijo Irene–. Sólo sé que él dice que desde hace mucho tiempo.

–Cuando él tenía el taller en el edificio Roberts, yo vivía en su misma planta. Después te conoció y se hizo famoso, *aaaay*.

Louise pronunció ese *aaaay* como suelen hacerlo las chicas de la reserva, con la diferencia de que Louise se mostraba un tanto cohibida, lo que hizo sentirse más cómoda a Irene porque era evidente que Louise se había criado sobre todo en la ciudad. Pero no tenía un acento de la reserva postizo, del tipo que empleaban a veces la gente blanca y los indios muy educados, casi siempre en vano, para resaltar su pertenencia.

–¿Tienes hijos? –preguntó Irene.

–Tuve a mi hijo a los dieciséis años. Antes de saber que era una lesbiana feliz y sin complejos.

–O sea que vino al mundo por los pelos.

Louise se echó a reír.

–Y además tiene suerte, porque mi madre lo crió también. ¿Vas a los bailes de las *powwows* o algo así? ¿Y tus hijos? Tienes unos hijos adorables.

–No, no mucho. ¿Cómo es que Gil nunca me ha hablado de ti? No será el padre de tu hijo, ¿verdad?

–No, carajo.

Volvieron a reír. Louise se limpió un poco de espuma del labio superior con el borde de la palma de su mano, curvando los dedos sobre su rostro como un abanico. Tenía ademanes muy femeninos que le daban un aire vulnerable, de niña pequeña. Su voz era suave y susurrante. Sin embargo, llevaba unos pantalones Carhartt con manchas de pintura y una cazadora vaquera con un forro de lana gris. Tenía el mismo corte de pelo que Patti Smith y llevaba un único pendiente de plata con un ave acuática. Mucho lápiz de ojos. Un pintalabios rojo. Tenía la tez clara pero el pelo castaño oscuro, como sus ojos.

–Tus ojos y tu pelo van totalmente a juego –comentó Irene.

–Los tuyos también –dijo Louise–. ¿Mides un metro ochenta?

–Casi. Medimos lo mismo, eh.

Se observaron un momento. Irene preguntó:

–Bueno, ¿y cómo es tu novia?

–Bobbi también tiene hijos. Tres. Está bien, da estabilidad, ¿sabes? Estamos enamoradas, nos llevamos bien. Por fin.

–¿Por fin?

–Sí, me había dado por... ya sabes.

Louise no precisó más y miró por la ventana. Irene esperó. Louise la miró de nuevo y respiró hondo. Louise no le preguntó si había estado alguna vez con una mujer, o si le gustaban las mujeres, ni nada por el estilo. Pero daba la impresión de que quería decir algo, y en el incómodo silencio, Irene soltó que había tenido una novia una vez.

–Ah –dijo Louise–. Érase una vez. Eres una lesbiana venida a menos –Louise la miró fijamente y frunció el ceño de tal modo que Irene se vio forzada a hablar.

–Había demasiada –empezó Irene– identificación, demasiada conexión psíquica y todo eso. Me sentía avasallada.

–Así que te buscaste a un tío que se quedara a distancia retratándote desnuda.

Irene no dijo nada, esperó a que Louise se disculpara, pero Louise no parecía sentir el menor arrepentimiento. Al cabo de un rato, Irene se encogió de hombros.

–No sólo desnuda. He dejado que Gil me pintara con la bandera americana metida en el culo. En aquel momento, me pareció gracioso.

–Dios mío –dijo Louise–. Ese cuadro no lo he visto yo. ¿Crees que se trataba de algún tipo de declaración?

–Me pareció una metáfora brillante, para que veas.

–Debías de estar borracha.

–Por supuesto que lo estaba –respondió Irene–. ¿De verdad eres amiga de Gil?

–Me llamó –hizo una pausa–. Por primera vez en diez años.

–No lo entiendo –dijo Irene–. Hablaba de ti. Señalaba tu nombre cuando exponías. Pero yo creía que no íbamos porque habías sido su novia. ¿Nunca te has liado con él?

–Una vez –contestó Louise.

–¡Lo sabía!

–Creo que me llamó porque, primero, sabía que pintaba nubes. Había pintado nubes en el techo de mi estudio, con querubines rococós y motivos de bóvedas celestes. Acababa de estar en Salzburgo. Y, segundo, creo que me llamó porque tal vez sentía cierto remordimiento por no haberme echado ningún cable cuando se hizo rico y famoso.

–Esto no es un cable muy grande que digamos.

–No lo sé –dijo Louise–. Puede que lo sea. Estamos sentadas aquí, ya sabes, y, verás, creo que tengo que preguntarte una cosa. Tengo que preguntarte el nombre de tu padre.

Irene se lo dijo.

Louise declaró con voz nerviosa y tímida:

–También es mi padre.

Irene se tapó la boca con la mano y frunció el ceño. No pudo pronunciar palabra durante un tiempo. Al final preguntó:

–¿De qué familia eres tú?

–Nunca me reconoció –explicó Louise–, y mi madre se casó mientras estaba embarazada de mí. Así que la cosa salió bien. Tuve un buen padrastro. Llevo el apellido de mi madre.

Irene notó cómo una serie de expresiones diferentes cruzaban por su cara. Parecía como si su semblante fuera incapaz de detenerse en una sola reacción. Se llevó las manos a las mejillas y apretó como si quisiera modelar su rostro.

–Estoy bien –dijo–. Nunca se puede saber. Yo me crié prácticamente sola con mi madre, con excepción de sus novios. No tengo hermanos.

–Estás de broma.

Irene levantó la cabeza.

–¡Ya lo sé! Una india sin parientes. Es triste. Tengo un montón de primos, pero no nos vemos nunca. Mi madre se distanció de ellos. Las cosas no le iban bien allí. Así que sólo hay restos de parientes, hermanastros y hermanastras. No los conozco. Me cuesta asumirlo: eres mi media hermana.

–Oye, seré tu hermana completa. Son las costumbres indias. Sólo es la sangre.

–Estoy como conmocionada. Estoy conmocionada. ¿Estás conmocionada?

–No, verás, yo había oído hablar de ti antes. Sólo que no estaba segura.

–¿Cuándo? ¿Así que lo sabías?

Louise asintió.

–Pero, vamos a ver, ¿qué podía decir?

–Ya.

Irene agitó las manos, abrumada. De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas.

–¿Lo sabe Gil?

–Lo dudo.

–Entonces no se lo digas. Por favor, no se lo digas.

13 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

De pronto tengo a otra persona. Una hermana. Alguien que quizás existe sólo para mí, como mi madre había existido sólo para mí. Alguien cuyos vínculos conmigo Gil desconoce y sobre quien tengo cierto ascendiente. Sé que me he aislado yo sola con los niños, y con Gil. Antes tenía amigos, pero me fui distanciando. No había lugar para ellos cuando conocí a Gil. Los perros son suficiente compañía durante el día. Perros y libros, y luego los niños cuando llegan a casa. Pero pensar que tengo a Louise, para llamarla y para hablar, es algo extraño. Es casi como mi otro yo, una hermana gemela. Me pregunto si la gente pensará que nos parecemos. Yo creo que sí.

Tenemos el pelo del mismo color, y los ojos también. Castaño oscuro. La tez clara tirando a canela. La misma piel. Labios gruesos. La misma talla y el mismo peso. Las dos somos altas. Pómulos y nariz prominentes, ojos rasgados, aunque me han parecido siempre demasiado pequeños. Pero los suyos son bonitos. El lápiz de ojos es un buen toque.

Stoney corrió hacia Irene y se abrazó a su cintura. Envolvió los puños en la camiseta suelta de Irene y empezó a sollozar con todas sus fuerzas. Tenía los ojos apretados y la boca muy abierta. El hueco que le dejaba un diente de abajo que se le había caído aumentaba la intensidad de su congoja. A Irene se le encogió el corazón. Le dolía el pecho. Se inclinó y abrazó a su hijo. Rodeándole con los brazos, retrocedió hasta el sofá del salón y ambos se dejaron caer sobre los almohadones. Stoney estrechó más fuerte a Irene, sin dejar de sollozar y con tanta fuerza que no podía pronunciar palabra. Lo único que se podía hacer era acariciarle el pelo dorado por el sol. Pronto Irene notó que sus cálidas lágrimas le empapaban la camisa.

–¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

El llanto empezó de nuevo con la misma y desventurada intensidad. Después, Stoney se calmó.

–No quiero ser una persona –anunció, con voz vehemente–. Quiero ser una serpiente. Quiero ser una rata o una araña o un lobo. Tal vez un guepardo.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–Es demasiado difícil ser un hombre. Ojalá hubiese nacido vaca o mapache. Podría ser un caballo. No quiero ser un hombre nunca más.

Después de considerar varios animales más, Stoney contó a su madre lo que había sucedido. Esa misma tarde en el colegio, Stoney se había burlado de otro niño. La maestra primero le había reprendido duramente, luego le había explicado que ese niño era minusválido, algo que Stoney no entendió.

–Te equivocaste –dijo Irene–. No pasa nada. No fue tu intención hacerlo. ¿Pediste perdón?

–Sí, sí –respondió Stoney, llorando de nuevo. Su cara sonrosada se había puesto muy colorada. Sus pestañas mojadas se apelmazaban en varios puntos. La piel alrededor de sus ojos estaba hinchada y mostraba un leve tono morado. Su tristeza invadió a Irene; el niño aflojó su abrazo. Le escocían los ojos. Irene intentó sujetarle, pero Stoney se apartó y dijo:– No te culpo si no me quieres. Deberían echarme de aquí.

Irene estiró de nuevo los brazos y, esta vez, Stoney se abalanzó sobre su pecho. Mientras le abrazaba, la cabeza de Irene daba mil vueltas; le llevó mucho tiempo y mucha paciencia cambiar el estado de ánimo de Stoney. Más tarde, recordó que cada uno de sus hijos, a los seis años de edad, había sido taciturno, había dicho cosas sorprendentes y había sentido vergüenza. A veces, la

humillación ocurría en público, otras en casa. Pero la primera vez que sucedía, la vergüenza siempre abría una profunda brecha. El sentimiento era desconocido, novedoso y terrible. Te daban ganas de escapar de tu propia piel. Irene casi había olvidado lo que era sentir aquello.

Era por la mañana. Los niños estaban en el colegio. En su despacho, Irene sacó la servilleta de papel reciclado áspera y marrón de la cafetería Xenon y la desplegó. La alisó. Louise había escrito con una caligrafía nítida y simétrica, como si hubiera seguido un curso de dibujo técnico. Había utilizado un rotulador negro de punta fina. El conjunto de letras y números revelaba un carácter estable y responsable. No a una persona impulsiva, sino reflexiva. La letra de Irene era indisciplinada, torpe y cambiante. Estudió la precisa concisión de la dirección, el número de teléfono y el correo electrónico de Louise.

Si Louise había abordado la cuestión de los lazos de sangre, debía de desear que Irene fuese su hermana. Al menos debía de desear conocerla. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Irene había intentado entablar amistad con alguien que ya no sabía lo que debía hacer. ¿Sería conveniente llamarla tan pronto o se sentiría presionada? Desde luego ahora Louise comprendía que Irene no era la modelo –tanto la heroica como la depravada– que su marido retrataba. Aun así, Louise podría sentirse decepcionada cuando descubriera que Irene era una persona normal y corriente.

«Tal vez lo mejor fuera ser normal y corriente desde el principio», pensó Irene. «Tu nueva hermana», pensó en decirle, «no es nadie especial», o «tu nueva hermana es un puto desastre». Irene la llamaría a una hora en que sería poco probable que Louise fuese a contestar. De ese modo, dejaría un mensaje en el contestador y quedaría en manos de Louise la decisión de devolverle la llamada, si es que quería llamarla, si es que quería hablar con ella.

O enviarle un correo electrónico. Así Louise podía fingir que el mensaje había ido a parar a la bandeja de correo no deseado. En el caso de que no quisiera leerlo. Pero a diferencia del resto de la gente, Irene no se comunicaba por correo electrónico. Había dejado de hacerlo porque sentía siempre la desesperante necesidad de escribir demasiado, como en las antiguas cartas. En cuanto empezaba a teclear, tenía que contar, extenderse, confesar.

Irene se había percatado de esto cuando empezó a escribirse con los profesores de sus hijos. Párrafos interminables. Embarazosos. Borró sus mensajes y los cambió por reuniones presenciales. Los encuentros con los maestros eran, de hecho, la única vida social segura de Irene. Los disfrutaba porque podía sentarse y escuchar mientras los profesores repasaban la lista de objetivos y contaban anécdotas sobre Stoney, Riel y Florian. Gil había acudido

durante un tiempo, pero le pareció que los profesores se sentían amenazados por Florian y que eran demasiado convencionales para «pillar» a Riel. «Dios sabe lo que harán con el talento natural de Stoney», se inquietaba. Irene tenía a los maestros para ella sola.

Pero ¡una hermana! Se imaginó hablando con los profesores de «mi hermana Louise» o incluso de «la tía Louise de Florian». «La tía de Stoney.» «Riel tiene una tía que vive en Saint Paul. Se llama Louise.»

Había transcurrido ya la mitad del día cuando Irene marcó el número de teléfono de Louise. Sonó su voz: «Hola, deja tu mensaje...» –simple y directo, ninguna floritura–. Pero cuando oyó la señal, Irene colgó. Volvió al trabajo, y estaba apuntando con esmero algunas anotaciones en sus pequeñas fichas cuando Louise telefoneó y le preguntó si le apetecía salir a tomar lo que llamó entre risas «un almuerzo de damas» en el hotel donde estaba realizando algunos trabajos en las paredes de una impresionante sala de reunión.

–¿Más nubes?

–Y cielo. Sin querubines, gracias a Dios.

–Me gusta ese lugar. Te sirven el pan con pinzas de plata.

–Y la mantequilla sobre hielo picado.

–Es bonito, y caro. ¿Puedo invitarte?

Irene se sonrojó, avergonzada. Pensó que quizá había ofendido a Louise al mencionar el dinero, y por consiguiente, la diferencia de sus situaciones financieras. Pero Louise no pareció molestarse.

–Me pagan, no te preocupes. Oye, va a haber una *powwow* en el colegio de los niños. Podrías venir antes de quedar para comer.

Irene aceptó. Cuando colgaron, se reclinó en su asiento, conmovida por el cariño que había percibido en la voz de Louise, y la ansiedad. ¿Le seguiría gustando a Louise después de conocerse más a fondo o preferiría a Gil? Todo el mundo terminaba por preferir a Gil al final. Les atraía su éxito. Tenía una cierta prestancia en su manera de dirigir un contundente foco de atención hacia una sola persona. La gente quería ser el objeto de su deseo, como Irene. Tenía carisma con la gente; los hacía sentirse importantes con su sola presencia y con el hecho de que disfrutara con ellos. Era consciente de ello. Decía que el talento hechiza a la gente. Fuesen a donde fuesen, siempre sucedía lo mismo. Irene había dejado de viajar con Gil porque pasaba el tiempo sola, o en el mejor de los casos, en algún rincón con otra tímida admiradora de Gil. Mujeres. Sabía exactamente en qué fijarse de ellas. Había aprendido a complacer a su madre, una tarea casi imposible. Las demás mujeres, decía, eran coser y cantar. Facilísimo. Irene estaba de acuerdo con él en que se le daba muy bien complacer a las mujeres. Le costaba entender por qué, cuando él tenía tantas amigas, cuando había tantas mujeres dispuestas a adorarle, él la seguía prefiriendo a ella.

No lo comprendía porque no pedía ser complacida. De hecho, odiaba que la complacieran, lo temía, y al final se negaba a ser complacida. Gil no podía hacer nada al respecto. Sin embargo, se sentía obligado a llevarle flores, comprarle ropa, cocinarle panecillos, comprarle cuadernos y lacre, imanes para el frigorífico, pequeños jarrones para las flores y el último y exótico perfume publicitado por alguna estrella famosa. Había aprendido a complacer a las mujeres desde su más tierna infancia, por lo que se sentía obligado a seguir intentándolo con Irene, aunque las posibilidades de éxito, con el paso de los años, no sólo se habían vuelto en su contra o eran imposibles, sino que empeoraban las cosas.

–Quiero que dejes de hacerme regalos –le exhortó Irene–. Es desconcertante. Te pedí que te marcharas y tú, en lugar de eso, me haces regalos.

–Quizá te quedes conmigo si abres éste –dijo Gil. Le dedicó una encantadora sonrisa–. No implica nada. Lo he encontrado por ahí. Te alegrarás de haberlo abierto. En serio, es sólo un detalle.

Dentro del envoltorio apareció un delicado arco de oro, una insignia.

–No me gusta el oro –dijo Irene, devolviéndole el broche–. No más regalos.

–¿Lo prefieres de plata?

–En serio –insistió Irene–. Nada de regalos.

Le sorprendió lo mucho que su insistencia había entristecido a Gil.

Anduvo de un lado para otro con el elegante estuche en la mano, abriéndolo y cerrándolo. Tomó su respuesta como un rechazo a ese regalo en particular y tal vez a todo lo que él representaba y a todo lo que él podía hacer.

–Si no querías regalos, ¡no haber abierto la caja!

Gil le arrojó la caja a la cara. La esquina le golpeó la mejilla e Irene se sobresaltó y agarró una pesada lámpara de cerámica marrón, arrancando el cable de la pared con un sonoro chasquido. Había aprendido que el primer gesto agresivo de Gil debía contrarrestarse a lo grande; tenía que asustarle o si no él se crecería y le haría mucho daño. Blandió con fuerza la lámpara hacia su cuello, como si fuese un palo de golf, y la sujetó en alto por encima de su hombro. La pantalla de la lámpara traqueteó sobre la mesa de centro y luego resbaló en silencio por la alfombra. Los ojos de Gil parpadearon, y bajó la mirada ante ella.

Stoney estaba de pie en el marco de la puerta de la habitación de Florian, observando a su hermano ante el ordenador. Sujetaba en una mano el cuento de *El conejito andarín* y apretaba su león de peluche bajo el brazo.

–¿Qué pasa, Quark Encantado? –preguntó Florian, sin quitar los ojos de la pantalla.

Stoney se subió a la cama deshecha de Florian y se acomodó entre las almohadas. Había aprendido que si se quedaba tranquilo, leía su libro y sujetaba su león, Florian le permitiría quedarse en su cama. Ni siquiera le importaría que Stoney se quedara dormido.

Stoney despertó en la oscuridad junto a Florian. Por un momento se sintió tan feliz que intentó permanecer despierto para recrearse en su propia felicidad. La respiración regular de Florian y su cuerpo caliente ofrecían una protección contra la oscuridad informe y cambiante que flotaba sobre ellos. Stoney se adormiló, pero entonces oyó de nuevo el ruido que le había despertado. Su madre y su padre se estaban peleando. No era demasiado tremendo, sólo gritaban. No se oían golpes, ni objetos rotos, ni chillidos. Aunque éstos se producían a menudo. Cerró los ojos con fuerza. Riel cruzó el pasillo, cerró la puerta contra los ruidos y se metió en la cama con ellos. Stoney alargó la mano y Riel la apretó. Entonces Stoney volvió a sentirse bien. Florian se acurrucó al otro lado de la cama tapándose los oídos con la almohada.

Stoney se despertó justo antes del amanecer, regresó a su habitación sin hacer ruido y se metió en sus frías sábanas. Se quedó dormido, sin tener pesadillas. Un poco más tarde, su madre le despertó y le preparó la ropa. Se vistió, todavía adormilado, y siguió a Florian escaleras abajo. Riel fue la última en aparecer y apenas desayunó nada. El autocar escolar llegó y los llevó al colegio.

A la luz del día, los niños nunca mencionaban que dormían en la cama de Florian, o cogidos de la mano.

Gil se encontraba en estado de gracia con su pintura y estaba especialmente inspirado con los colores y la emoción, y eso le hacía sentirse feliz. Cuando pintaba, no se sentía solo. Incluso aunque las demás cosas no marcharan bien, podía pintar. Ni siquiera importaba que Irene estuviera enfadada. En realidad, era mejor. Cuando eran felices, cuando podía contar con su devoción cotidiana, los retratos parecían tornarse insulsos. Tenía que luchar contra la autocomplacencia. A medida que ella se fue alejando de él emocionalmente, sus óleos se volvieron más feroces. Cobraron vida y se anegaron de deseo. Plasmaba en las obras su propio dolor, su fugacidad, su codicioso yugo, el rechazo de ella, su propia y amarga esperanza y su áspera rabia. Se había dado cuenta de que cuanto peor estaban las cosas entre ellos, mejor resultaba su pintura. Todavía no había llegado a pensar en si las sospechas que sentía acerca de Irene también eran un método para alejarla de él, para percibir su ausencia y, a cambio, sentir un lacerante deseo con el que poder colmar su arte.

Blanco de plomo, blanco de Cremnitz, cerusa, carbonato de plomo –éste era el mejor blanco, el único que Gil empleaba y el más antiguo de los colores–. Plinio había escrito acerca del blanco de plomo, utilizado para pintar barcos. Los romanos lo fabricaban cubriendo láminas de plomo con estiércol u orina y rascando las escamas blancas que se desprendían del plomo para depositarlas en frascos. Los maestros holandeses inventaron el proceso de apilamiento: espirales de plomo colocadas en tarros de barro sobre pilas de boñigas de caballo en un pequeño cobertizo cerrado. Gil temía que el blanco de plomo empezara a ser difícil de conseguir porque tenía propiedades tóxicas. Por ello compraba cantidades adicionales de blanco de plomo en cuanto se lo podía permitir y atesoraba importantes existencias en el armario de su estudio. Poco a poco, iba añadiendo a su alijo los colores más importantes, el glosario de Velázquez: ocre amarillo y amarillo de plomo y estaño, bermellón, tierra roja, laca roja, azurita, ultramarino (el de verdad, elaborado con lapislázuli molido), azul de esmalte (vidrio pulverizado de un color azul oscuro) y pardo oscuro. Cuando se ensimismaba en un cuadro, a veces elaboraba sus propios pigmentos, pinturas largas que fluían en la dirección de sus pinceladas. Por ello acumulaba también en su armario tarros de pigmentos molidos y de aceite de linaza. También almacenaba pinceles adicionales: de pelo de marta, de tejón, de hurón y de ardilla. Guardaba botellas de plástico de aceite corporal para bebé y jabones Dr. Bronner para lavarse las manos, así como unas cuantas botellas de vodka por si acaso se agotaban en la planta de abajo.

Su armario mostraba un aspecto extremadamente ordenado, obsesivamente organizado. Su estudio era un exuberante caos.

Algunos de los mejores recuerdos de infancia de Gil pertenecían al funeral de su padre. El padre de Gil no se había casado con la madre de Gil, que era blanca, ni tuvo la oportunidad de escribir su apellido en el certificado de nacimiento de Gil; éste no pudo inscribirse en su tribu, que padecía en todo caso la política de asimilación india y de reintegración, enmarañando sin remedio los registros militares. Muy poca gente había tomado conciencia de que Estados Unidos estaba enviando tropas a Vietnam cuando el cuerpo del padre de Gil fue repatriado para ser enterrado. Un coche con gente morena apareció de repente en el aparcamiento del bloque de apartamentos donde vivía Gil con su madre en Billings, en Montana. Acompañaron a esas personas en un largo recorrido. Al final, un camino de gravilla se adentraba en unas suaves colinas. Gil se había bajado del coche bajo una fresca ventisca y había entrado en una iglesia de tablillas de madera con campanario blanco. Había gente sentada, repartida entre los bancos. Había un ataúd cerrado en la parte delantera de la

nave. Una bandera de Estados Unidos cubría el féretro y varios soldados montaban guardia a ambos lados.

Cuando Gil se aproximó al ataúd y apoyó su mano en la bandera, se oyeron murmullos en la iglesia. La gente mostraba interés, compasión y emoción. Se acercaron a él, le tocaron el pelo y le hablaron con voz suave. Algunos tenían lágrimas en los ojos y se miraban entre ellos, asintiendo antes de volver a mirar a Gil. Los mayores hablaban de él en su propia lengua, y Gil tuvo la sensación de que lo que decían era algo bueno. Más tarde, en un pequeño cuarto trasero, le dieron de comer un caldo de carne con patatas, y una anciana le apretó la mano. No sabía dónde había ido su madre. No le importaba. Quería quedarse donde estaba.

Pasaron la noche en sacos de dormir sobre el suelo de la casa de algún vecino. Era noviembre y, al día siguiente, cuando sepultaron a su padre, el viento, que había soplado con fuerza toda la mañana, amainó y salió el sol tras unos nubarrones de nieve de color azul pizarra. Desde una colina cercana, la voz de un hombre se elevó en un canto estremecedor y el cura enmudeció. La anciana que había apretado la mano de Gil se inclinó hacia delante y sacó un penacho de guerra de plumas de águila de una desgastada maleta de cartón. Dirigió unas palabras a Gil y le colocó el penacho de guerra en la cabeza. El canto sonó de nuevo. Hasta esa ocasión, los únicos indios que Gil había conocido eran mujeres silenciosas en las tiendas de ultramarinos, que aparecían y desaparecían por los pasillos, algún que otro borracho ocasional vagando por las calles, compañeros de clase con quien no se relacionaba, o algún indio en televisión.

Tuvo la sensación de estar flotando en un sueño y de que su vida hasta ese momento no había sido más que una farsa. Sin embargo, en cuanto regresó a casa, guardó el penacho de guerra en una maleta debajo de la cama y se olvidó de todo lo que había sucedido en la colina. No volvió a pensar en ello hasta que empezó la universidad en Chicago con una beca. Al saber que era de Montana, un muchacho le había preguntado si conocía a algún indio, y para su propia sorpresa, Gil había respondido: «Mi padre».

Irene había explicado a Gil que él no conseguía conectar con Florian porque no había conocido realmente a su padre, Gilbert Florian. Gilbert Florian LaRose. «Es evidente que no tienes madera de padre», había dicho Irene. «Tu madre te echó a perder para ser un buen padre.» Gil creía que tenía suficiente madera de padre: imperfecto, inconstante, pero cariñoso. Desde luego quería a su hijo. Sin embargo a Florian nunca le había gustado su padre, ni siquiera al principio. Nunca le había abrazado espontáneamente, y siempre huía de él, y siempre en busca de Irene.

Ahora, a la edad de trece años, Florian era alto y delgado, con una espesa melena castaña color nutria que crecía en todas direcciones, como la piel de un animal. Su rostro se había afilado y mostraba una barbilla elegante y ligeramente prominente. Su boca bien delineada presentaba dos hoyuelos en la comisura, lo que le daba el aspecto de estar conteniendo constantemente una mueca burlona. Tenía la nariz aguileña y perfecta de Gil. Sus mejillas todavía eran finas e infantiles. Llamaba la atención que un muchacho tan guapo tuviese a la vez un aire un tanto bobalicón y distraído, con las gafas torcidas o caídas. Uno de los gestos más habituales del chico consistía en subir con determinación la estrecha montura negra de sus gafas por el puente de la nariz y sujetarla mientras se inclinaba hacia delante con la mirada casi bizca, entrecerrando los ojos en plena concentración.

A veces, cuando las gafas se resbalaban, Gil se las ponía en su sitio con un doloroso movimiento del dedo.

–Voy a grapártelas en la cabeza –dijo Gil a Florian en una ocasión.

Irene estaba sentada junto a Gil. Oyó lo que le dijo. Florian la miró. Tenía la mirada perdida con un vaso de vino en la mano. Florian recordaría siempre ese momento. La primera vez que se dio cuenta de que su madre estaba borracha.

Florian había estado tan apegado a Irene que había llorado todos los días durante un mes cuando salían de casa para ir a la escuela infantil. Había llorado hasta que apareció su segundo amor: los fractales. Irene lo había encontrado examinando el dibujo de un copo de nieve en la cubierta de un libro. Se llevaba el libro a la cama. Lo sorprendía observando fijamente manchas, helechos, borrones o remolinos de polvo. Con la mirada clavada y con un ensimismamiento ciego en algo que ella no podía ver. En su tienda de música favorita, ella había elegido un cedé con un dibujo hermoso y complejo en la carátula, y cuando Florian lo vio en el coche, se puso muy nervioso y le suplicó hasta que ella le puso la caja del cedé en las manos. Los créditos de la carátula ponían «conjunto de Mandelbrot» y, en cuanto buscó su significado, comprendió que la fascinación de Florian tenía un nombre. Pero también estaba algo asustada. Florian había estado buscando en todo lo que le rodeaba una autosimilitud fractal.

Irene comenzó a buscar formas cuyas partes fueran copias reducidas del todo. Gil era quien podía verlos de verdad. Según él, los cuadros de Jackson Pollock incluían a veces zonas que semejabán fractales, y cogió una rama de coral falso en una pescadería y le enseñó por qué era un fractal. Pero la fascinación de Florian era sólo un preludio a la conmoción que sintió cuando aprendió a contar. Nadie le había enseñado a sumar. Sus labios empezaron a moverse. Engullía los números. Gil le compró una caja de regletas de Cuisenaire. Florian se llevaba la caja a la cama con él y se levantaba temprano para sentarse en sus

sábanas revueltas combinando una y otra vez los diferentes colores y longitudes y realizando cálculos matemáticos.

De modo que Florian era un enamorado de las matemáticas. En quinto de primaria, ya se sabía todas las matemáticas de secundaria y ahora acudía a la Universidad de Minnesota todas las tardes. Pasaba las mañanas en el mismo colegio donde estudiaban Riel y Stoney, una escuela privada a la que enviaban a sus hijos los presidentes de las empresas de cereales, los directivos de Target y los famosillos –conocidos atletas de la ciudad, directores de orquesta, médicos y abogados–. Irene quería que Florian tuviese una sólida formación en humanidades, pero se coló en una clase de física teórica, y fue durante ese curso de física de bachillerato, que impartía una serena, seria y alta joven afroamericana, cuando Florian volvió a enamorarse: de su profesora, la señora Francine Blithe, y de la física.

Cada vez que Gil presentaba a Florian a alguien, decía: «Éste es mi hijo, un genio de las matemáticas. Pregúntale lo que quieras». Florian se sonrojaba, agachaba la cabeza y escondía las manos en los bolsillos, escabulléndose del plomizo abrazo de su padre. Pero le gustaba el orgullo que percibía en su voz. En una ocasión, Gil se giró, miró a Florian a los ojos y le dijo, con una conmovedora sinceridad:

–¿Sabes lo especial que eres? –Gil zarandeó a su hijo, casi con violencia–. En serio, ¿sabes lo especial que eres? ¿Lo sabes? ¿Lo sabes?

Nada de todo esto habría sucedido si Gil no le hubiese salvado la vida a Florian. Cuando el niño tenía cuatro años, estaba sentado en su sillita de seguridad en el asiento trasero del coche y lanzó una pelota peluda Koosh a la cabeza de su padre. Gil acababa de gritarle a Florian que dejara de lloriquear e Irene se había dado la vuelta para devolver el juguete a Florian, una pelotita blanda que parecía un erizo de mar fluorescente con púas de goma. Los tres se dirigían al sur por la calle ³⁵ oeste hacia la transversal ⁶², cuando Florian arrojó la pelota, que tal vez no causara el accidente, pero que Florian recuerda haber lanzado justo antes de que Gil embistiera violentamente la parte trasera de un camión de reparto. El coche hizo un trompo en el arcén derecho y las puertas se abrieron de golpe. El *airbag* de Irene se mantuvo inflado pero el de Gil se desinfló enseguida. Gil se giró para comprobar si Florian estaba bien y vio que había escapado de la silla del coche, saltado por la puerta abierta y que corría ahora en medio de cinco carriles de intenso tráfico. Gil se lanzó tras él. No lo pensó, no lo dudó. Tenía los ojos clavados en su hijo. Agarró a Florian en el

cuarto carril y esquivó los coches, echó a correr y se tiró en picado a través del último carril. Medio aturdida, Irene logró deslizarse por debajo del *airbag* y se detuvo ante el interminable tránsito de coches y camiones en el que su hijo y su marido habían desaparecido. Los dos ya estaban en el otro lado, en la mediana cubierta de basura. Gil empezó a temblar. Durante las dos semanas siguientes, de vez en cuando se sorprendía a sí mismo temblando de forma descontrolada. Experimentó un pavor retroactivo que también le había convulsionado cuando aquello ocurrió. No dejaba de pensar en el último instante, el momento «Lord Jim». Con una sola acción, una persona se realiza o se quiebra. No tenía recuerdo alguno del momento antes de que se precipitara en medio del tráfico. Si se hubiese parado a pensar... se habría acobardado. Pero no lo había hecho. Se lanzó de cabeza. En cuestión de segundos, padre e hijo se encontraron sanos y salvos al otro lado. E Irene lo había visto. Estaba junto al coche, apenas capaz de mantenerse en pie. Se tapaba la boca con las manos. Lloraba a lágrima viva. Cuando todo hubo pasado y se hallaron los tres sanos y salvos acostados en su casa, y también Riel, que gracias a Dios había estado con la canguro, Irene tuvo un pensamiento: «Una vida por una vida». Fuese lo que fuese lo que había hecho Gil, había salvado la vida de su hijo, y por ello sus vidas estaban selladas en un vínculo primitivo que, sin embargo, tardaría muy poco tiempo en erosionarse.

«Una vida entera de redención no sería suficiente», pensaba a veces, «entonces, ¿por qué no lo soporto?».

La noche después de que Irene planeara quedar con Louise, se celebraba la fiesta de inauguración de una exposición –algún artista famoso en el Walker Art Center–. Gil persuadió a Irene para que fuese. Se aplicó un poco de sombra de ojos de un tono perlado en los párpados, se pintó los labios con un pintalabios brillante, puso un poco de colorete con purpurina en los pómulos y se enfundó un ceñido vestido de color marfil, con medias marfil y unas botas de cuero de un tono verde claro con tacones negros y curvos.

Gil le había regalado esas botas y, cuando bajó las escaleras, él aguardaba abajo con la mano tendida de forma teatral. Exclamó:

–¡Voy a estar con la mujer más guapa de toda la fiesta!

Florian y Riel estaban en el vestíbulo y se dieron un pequeño codazo cuando su padre dijo aquello. Gil repetía lo mismo cada vez que llevaba a Irene a alguna fiesta. Al principio, sus hijos se habían tomado a broma esas palabras. Todavía ponían los ojos en blanco, fingiendo que les costaba un enorme esfuerzo contener la risa. Pero esas palabras habían cobrado cierto dramatismo. Florian y

Riel se habían deslizado hasta el vestíbulo sin querer admitir que estaban esperando oír la frase. Les habría trastornado no oírla.

Debido a los retratos *America*, Irene tenía la sensación de que su presencia incomodaba a los demás indios, en especial a los mayores. No obstante, entre la gente no india del mundo del arte, su matrimonio con Gil se conocía ahora como un matrimonio icónico. Un matrimonio sexy. Esa noche escuchó similares comentarios. «¡Sois dos iconos!» Desde que había visto el catálogo de la exposición de Gil, no podía evitar recordar que el hombre que había dicho aquello la había visto completamente desnuda, a través de los ojos de Gil.

–Es evidente que estáis hechos el uno para el otro –dijo una rubia que abusaba de las dietas.

–Te adora –dijo otra–. ¡Eres muy afortunada de tener un marido con tanto talento y que esté obsesionado contigo! Sois muy parecidos, ¿verdad?

–No –respondió Irene al fin–. Yo sólo soy comida.

–¿Qué clase de comida? –los ojos de la mujer se abrieron de par en par en un gesto de fingida buena voluntad.

–Comida rápida –respondió Irene.

Ambas mujeres soltaron una pequeña risotada, como si Irene acabase de decir algo extremadamente ingenioso, y enseguida la mujer dio media vuelta y se alejó con premura.

Gil se había criado con las versiones reducidas de novelas del *Reader's Digest* y con novelas policiacas de bolsillo. Le seguían gustando mucho las comedias de situación. Irene se había criado con Shakespeare. Le parecía un tanto esnob por su parte darle importancia. Pero lo hacía a veces, cuando la gente decía que eran muy parecidos. «No, no somos parecidos», respondía, «tenemos una sensibilidad totalmente diferente». «Claro que sí.» Y la persona le sonreía, como si quisiera animar a Irene con la fantasía de que algo la separaba de su marido. Pero así era. También ella era hija única, pero una de clase media educada con esmero. Su madre se ganaba la vida dando clases de inglés por toda la ciudad. Winnie Jane educaba a su hija en casa, era una activista del Movimiento Indio Americano, oficiaba ceremonias indias, escribía diarios y era una mujer profundamente introspectiva. Winnie Jane había criado a su hija como ojibwe tras separarse de Calvin Caballo Americano. Irene no había visto a su padre en muchos años. Viajaba constantemente, impartiendo conferencias y celebrando ceremonias. Era en parte dakota y había pasado algún tiempo en la cárcel después de Wounded Knee. Había abandonado a Winnie Jane al cabo de unos meses, se había casado dos veces y tenido más hijos, incluida Louise, por supuesto. Vivía la mayor parte del tiempo entre California y Hawai, con su

esposa actual, una mujer blanca, muy rígida con sus creencias paganas y a quien no le gustaban los retratos de Irene.

Winnie Jane había vivido para criar a su hija y conocer a sus nietos: ya era algo. No era suficiente, pero al menos era algo. Irene había crecido en el centro de Minneapolis sin televisión. Su madre la había arrastrado a cualquier cosa que sonase a ojibwe. Aprendió las historias de las reservas antes que el himno a la bandera. A Winnie Jane también le gustaban las grabaciones de las obras históricas de Shakespeare, y *Hamlet*, *Macbeth* y *El rey Lear*. Ninguna comedia, por supuesto. Eran indios.

Gil había crecido frente al televisor que su madre había recuperado del salón parroquial. Era capaz de recitar diálogos enteros de *La tribu de los Brady*, *El noviazgo del padre de Eddie*, *El show de Mary Tyler Moore*, *All in the Family* y reposiciones de *I love Lucy*. Cada capítulo estaba lleno de mordaces réplicas, risas enlatadas y un final en «¡Oh!». Los finales de ella eran, por supuesto, dramáticos baños de sangre. Su perspectiva era más bien sentimental mientras que la de Irene era trágica. La unión de lo trágico y lo sentimental es *kitsch*. Irene tenía la sensación de que, cada vez que abría la boca para valorar su matrimonio en público, expresaba lo *kitsch*.

Estaban cocinando juntos: Irene mezclaba la vinagreta y Gil machacaba albahaca fresca con aceite de oliva y ajo.

–Ya no puedo ir a más fiestas –anunció Irene. Su voz era firme y displicente–. Tengo la impresión de que me comen viva.

–Qué comentario más *kitsch* –respondió Gil–. Comerte viva.

–Necesito un diente de ajo. ¿Puedes picarme uno? Tener que hablar de nuestro matrimonio –dijo Irene–. Ya no puedo hacerlo.

–No queda mucho ajo. Toma –Gil echó un poco de ajo en el tarro que Irene utilizaba para la vinagreta–. ¿Por qué no puedes hablar de nuestro matrimonio?

–Porque nuestro matrimonio es *kitsch*.

–Todo es *kitsch* –sostuvo Gil. Siempre remojaba las placas de pasta para lasaña en agua caliente para ablandarlas, algo innecesario según Irene.

Volvieron a una de sus interminables discusiones, primero sobre la pasta y luego sobre lo *kitsch*. No era una pelea, sino el tipo de enfrentamiento que podía durar años, donde cada uno encontraba pequeños argumentos para defender su punto de vista que además blandía en el siguiente combate, uno, dos o tres meses más tarde. Estaban de nuevo en terreno conocido. A veces discutían por pura inercia.

–Todas las imágenes ya pertenecen a alguien –respondió Gil. Dejó caer la pasta de modo desafiante en el agua que hervía con sal y aceite.

–Necesito más ajo que eso –dijo Irene. Solícito, Gil se puso a pelar el último

diente.

–Ése es el problema con la pintura; todo son referencias –dijo mientras introducía el diente pelado en la prensa de ajos–. Es casi imposible no hacer algo *kitsch*, Irene, pero si amas la pintura, pintas de todas formas. ¡Yo me arriesgo! El desnudo femenino es *kitsch*. ¡Tú eres *kitsch*! –miró a Irene con los ojos como platos mientras levantaba el brazo y aplastaba el diente de ajo con una sola mano.

Gil sujetaba de nuevo la prensa de ajo sobre la vinagreta, y esta vez Irene raspó los trozos de ajo.

–Los indios sí que son *kitsch* –dijo Irene–, como imágenes. No hay vuelta de hoja. Nunca recuperaremos nuestros derechos –colocó la mano sobre la boca del tarro y agitó la vinagreta.

–Está bien –dijo Gil–, digamos entonces que estoy compensando la falta de *kitsch* de nuestra cultura original.

–¿Quién dijo que no era *kitsch*?

Gil vertía un bote de salsa de tomate sobre la primera capa de pasta. Hizo esta operación con un meticuloso esmero, cuidándose de cubrir cada milímetro de pasta.

–Lo *kitsch* –suspiró– sólo se da en una cultura consumista y una religión icónica, una religión figurativa. Irene, deberías saberlo. Sólo hay sentimiento cuando toda una cultura comparte la misma mentira.

Irene vertió una mezcla de hojas de lechuga en una fuente de madera de zebrano, que había comprado en una tienda de utensilios de cocina y de la que se sentía muy orgullosa. Le irritó el tono de superioridad de Gil, que adoptaba siempre que teorizaba sobre arte. Le dijo que no tenía ni una pizca de humildad, ni de falsa humildad, algo que quedaba patente cuando le entrevistaban.

–Había algo *kitsch* en la cultura maya –prosiguió Irene–, inca y azteca. ¡Esos portentosos penachos! Las matanzas. Arrancaban vivo el corazón de la gente. Desde luego que esas culturas eran *kitsch*; si no Mel Gibson no habría hecho una película.

Gil arrugó la cara y se colocó las gafas en el puente de la nariz.

–Lo *kitsch* sólo sucede cuando una cultura alcanza cierto grado de odio hacia sí misma. La cultura ha de ser autorreferente. Necesita tener espejos.

–Gilipolces. Espejos. Lo único que sé es que lo tuyo conmigo es *kitsch*.

–No, Irene. Yo pinto la muerte.

Irene enarcó las cejas y se calló.

Pero más tarde, cuando volvieron para terminar la ensalada y sacar la lasaña del horno:

–¡Ja! Gil, la muerte también es *kitsch*.

–La muerte no puede ser *kitsch*.

–La muerte es una réplica mordaz, un final contundente. Y tiene banda sonora.

–¿Lo ves?, lo que yo digo, todo es *kitsch*.

–Pero yo no quiero que nuestro matrimonio sea *kitsch*. Quiero que sea auténtico. Real.

Llevaban la comida a la mesa. Los niños conversaban en la planta de arriba, listos para bajar a cenar.

–La realidad es hortera –dijo Gil–. ¿Quieres picatostes?

–Los de maíz. Esos me encantan. *Kitsch* es más que hortera, Gil, es hipocresía. Y ahora hablo en serio. Representa una entidad fuerte, bonita y unida, cuando en realidad es algo fracturado, dañino y enfermizo. Como nosotros.

Gil casi había salido de la habitación, pero dio media vuelta.

–Como nosotros –repitió Irene.

–A mí me parece que somos hermosos –dijo Gil con la mano en el marco de la puerta. Su voz sonaba triste pero digna–. Creo que somos imperfectos, pero maravillosos. No sabes lo que tienes, en muchos aspectos.

Gil había completado el proyecto de los deseos del corazón, salvo el de Irene. No quería creer que hablara en serio, aunque sabía que se acercaba el momento en que ella le pediría que se marchara. Ni soñarlo. Su arte estaba marcado por la tragedia, pero no así su vida; no permitiría que así fuese. No tendría un final dramático. Irene no sería de ningún otro hombre. En lugar de marcharse, prepararía una magnífica sorpresa. ¿A Irene ya no le gustaban las fiestas? Le haría cambiar de opinión. Sin duda si organizaba una fiesta fabulosa, superlativa y fastuosa para Irene, se daría cuenta, en algún momento de la feliz vorágine, que nadie más podría ofrecer una fiesta sólo para ella. Nadie la amaba de esa manera. Nadie la colocaba en un pedestal. Ese momento llegaría. La luz se encendería sobre la cabeza de Irene. «¡Amo a Gil!» Su creencia ciega en estos momentos que le cambian la vida a uno era otra de las cuestiones por las que discutían. Pero él sabía que tenía razón. Esos momentos ocurrían. Estaba seguro de que existían. Gil se aferraba a una obtusa inocencia.

Hay quien llama a eso «negación». La gente bromea acerca de negar la realidad, o incluso desprecia a quienes se aferran con terquedad a una idea imposible, sobre todo cuando ésta implica una relación sentimental. Sin embargo, la negación puede ser muy noble en algunas personas. Puede considerarse una forma de sagrada locura. ¿Son tus dedos lo bastante sensibles como para sentir un pelo a través de una hoja de papel? ¿Y a través de una

docena de hojas? ¿Dos docenas? Hay personas tan sensibles que pueden percibir un cabello debajo de tres docenas de hojas. Gil poseía ese tipo de sensibilidad. El cabello debajo del grosor del papel era algo terrible que no quería percibir: vergüenza, quizá; vergüenza, sin duda. Daba igual la cantidad de papel que amontonara: seguía sintiendo ese cabello. Tenía que esforzarse constantemente con su negación de la realidad, tenía que mantener las hojas en una escrupulosa pila.

Programó la fiesta para la noche en que, según le había dicho a Irene, viajaría a Washington para recoger un premio y hacer un discurso. Esa noche, había invitado en realidad a mucha gente que apreciaba en Minneapolis y Saint Paul a una cena con champán para celebrar el cumpleaños de Irene. La fiesta sería elegante, alegre y a la luz de las velas.

Pensó en telefonar a Germaine; en llamarle para invitarle a la fiesta. Y tal vez, antes que eso, para pillarlos a los dos juntos.

Cada vez que Gil recordaba que Irene le había pedido que se marchara, sus pensamientos heridos se centraban en la fiesta. Se imaginaba la estampa: gente sonriente por toda la casa. Sus retratos de Irene en las paredes, incluidos algunos de los últimos. Invitaría a sus coleccionistas de la zona, por supuesto. Serviría también como inauguración privada. Quizá salieran de allí un par de ventas. ¿Qué había de malo en ello? Pero no dejaría entrar a la gente en su estudio, decidió. Por una parte, el caos era mayor que nunca. Por otra, se sentía celoso de su territorio. Quería ocultar el cuadro en el que estaba trabajando. La obra era inquietante. La energía creada por su desazón se había vuelto negativa. Daba igual lo que intentara o cómo la transformara, Irene parecía una naturaleza muerta.

Por supuesto eso también hacía que el cuadro fuese fascinante.

Esta fiesta sorpresa les levantaría el ánimo. Tuvo mucho cuidado en no decirles nada a los niños. Habrían sido capaces de irse de la lengua sin querer. Había contratado a un servicio de *catering*, aunque habría preferido cocinar él mismo para todo el mundo. Telefoneó a Louise y le pidió que invitara a Irene a almorzar y, después, que la siguiera a donde quiera que fuese, se inventara una excusa para toparse con ella y acompañarla a casa. Más tarde, preguntaría a Louise adónde había ido Irene. Para cuando empezara la fiesta, lo sabría.

Por la tarde, mientras Louise entretenía a Irene, Gil y el personal de la empresa de *catering* entrarían en casa y se apresurarían a prepararlo todo. Durante todo ese tiempo, Irene pensaría que Gil estaba en el aeropuerto o de camino a Washington. No dejaba de imaginarse la cara que pondría al entrar por la puerta con Louise. Esa tarde, habría estado con su amante. Louise le diría dónde. Irene se preguntaría si lo sabía. ¿Se sentiría satisfecha? ¿Encantada? ¿Horrorizada de que la hubiese descubierto?

16 de noviembre de 2007

Diario rojo

De vez en cuando llevo a los niños a Powderhorn para ver la pequeña casa blanca donde me crié. Aparcamos el coche en la calle Longfellow y nos quedamos de pie en la acera de enfrente, escrutando las ventanas de la casa. Nunca hemos visto a nadie dentro. La última vez que estuvimos, el patio estaba lleno de *hula hoops*, un patinete y muchos juguetes de plástico de vivos colores. Me habría gustado algo así en mi niñez. Mi madre mantenía nuestra vida demasiado ordenada.

Una asociación que defiende causas sociales progresistas a favor de la infancia ha concedido un premio a Gil por haber donado cuadros y realizado algunos trabajos de artes gráficas para esta organización. Por lo visto es algo importante.

Han pasado varios meses desde el día en que Gil me echó en cara que me veía con otra persona. Debí de sospecharlo durante mucho tiempo, porque había ido acumulando ideas y certezas. Le respondí que no tenía tiempo para tener un amante y creo que me eché a reír. Dije la verdad. No tengo un amante. Le soy fiel a Gil por motivos obvios.

Las temperaturas iban a volver a caer durante el fin de semana y la nieve cubriría el suelo de hielo otra vez. La pista de patinaje acababa de inundarse. La superficie mostraba un espejeante tono azul grisáceo. Irene llevó a Stoney y a Riel a patinar el sábado. Iba a ser un buen año para patinar, con una gruesa capa de hielo desde la primera helada. Irene llevaba en el coche una pequeña silla de plástico, para que Stoney la empujara mientras aprendía a mantener el equilibrio. En la pista de hielo, Stoney avanzaba detrás de la silla con pasos inseguros. Estaba ansioso, pero se mostraba prudente. Llevaba un mono de esquí rojo y un gorro de lana amarillo con cascabeles.

Riel e Irene patinaron despacio describiendo círculos alrededor de Stoney, que no dejaba de tintinear, como si fueran una pareja campeona. Irene levantaba a Riel en el aire cada vez que hacían una pirueta. En un extremo de la pista había un cono naranja, siempre en el mismo sitio, donde brotaba un manantial que debilitaba el hielo.

–¿Qué hacían los antiguos indios si el hielo se rompía y caían por el agujero? –preguntó Riel mientras patinaba cogida de la mano de su madre. Sortearon el cono naranja.

–Se podría conducir un camión por esta capa de hielo –aseguró Irene.

–Siempre dices lo mismo –respondió Riel–. Pero ¿qué hacían?

–Nunca se caían a través del hielo –dijo Irene–. Existen muchos tipos de hielo y eran capaces de observar el grosor y saber enseguida si aguantaría o no su peso.

–¿Cómo aprendían eso? –preguntó Riel.

–Se lo enseñaban unos a otros –explicó Irene–. El conocimiento pasaba de

generación en generación.

Riel agarró el brazo de su madre y la miró a los ojos. Irene bajó la cabeza y le sonrió. A veces se quedaban absortas mirándose una a otra. Riel llevaba un parka azul con un estampado de copos de nieve. Tenía el pelo castaño y corto. Quería parecerse a Florian, pero su pelo era tan fino que, cuando se quitaba su gorro de invierno, se le ponía de punta como si fueran filamentos eléctricos. Decidió que de ahora en adelante se lo dejaría largo para poder hacerse trenzas.

–¿Serías capaz de salvarme si yo cayera por un agujero en el hielo? –preguntó Riel.

–Salvaría a cualquiera –respondió Irene–. Me lanzaría boca abajo sobre el hielo y te sujetaría las manos. O me tiraría debajo del hielo para sacarte.

–¿Puedes enseñarme lo que hay que saber acerca del hielo? –pidió Riel.

–Si notas que el hielo cede, ¡da marcha atrás! Vuelve por el camino por donde has venido –dijo Irene–. Si caes al agua, levanta los brazos y agárrate al hielo, después intenta levantar las piernas.

Se entrecruzaron los brazos, se dieron la mano y patinaron con paso lento, al compás. Irene preguntó a Riel qué estaba haciendo en el colegio.

–Escribimos historias –contestó Riel.

–¿Y alguien se va a caer a través del hielo en la historia que estás escribiendo en el cole?

–Yo sólo escribo historias reales –declaró Riel–. Me atengo exactamente a los hechos. Si imagino algo extraño, lo anoto bajo «pensamientos no reales».

–¿Como qué?

–Como eso de allí, vivir con los perros en esa isla como una india de verdad, tras sobrevivir a un atentado terrorista.

Se detuvieron y quedaron una al lado de la otra, con la mirada perdida en la isla salvaje y boscosa en medio del lago.

–No te olvides de llevar cerillas –dijo Irene–, para poder encender una hoguera.

–Seguramente los antiguos indios habrían encendido el fuego sólo con sus manos.

–Los *gete-anishinaabeg*, así se llaman. No, solían utilizar dos palos o un pedernal, o un percutor; tenían muchas maneras de hacerlo. Pero lo que mejor funciona son las cerillas. Si quieres que sean resistentes al agua, báñalas en cera.

–¿Se pueden bañar las cerillas en cera?

–Sí –respondió Irene.

Riel suspiró de alegría. Sus dientes incisivos, los definitivos, eran enormes, y le daban un cierto aire conejil. Irene le sonrió y le dijo:

–Me encantan tus dientes.

Riel levantó la mirada hacia su madre y fijó su rostro en la memoria: pelo en

mechones lacios, ojos brillantes, sonrisa blanca, gorro de punto negro, largas y espectaculares cejas que caían en arco más allá de sus ojos hacia la sien.

–Podríamos ir a pescar este verano –dijo Riel–. O a través del hielo. Puedes hacer un agujero.

Riel señaló a una pareja de pescadores en el hielo, encorvados sobre sus cañas. Desde esa distancia, los pescadores recortados contra la nieve tan blanca parecían dos hombres acurrucados que rezaban.

–¿Los ves? –preguntó Riel–. Podría asar el pescado y compartirlo con los perros.

–Creo que será mejor que elijas el verano para acampar allí fuera –dijo Irene–. Tienes más posibilidades de pescar algo y, además, ahora mismo es demasiado fácil cruzar a pie por el hielo hasta la isla. Seguro que querrás tener un poco de intimidad. Querrás estar sola.

Riel asintió.

–Ojalá pudiera llevarte conmigo.

–¿Por qué no puedo ir?

–Tendrás que cuidar de Stoney.

Cuando Riel dijo eso, el corazón de Irene se encogió. Su madre había sido distante y a veces fría, pero nunca había tenido que compartirla con nadie.

Stoney llamó pidiendo auxilio. Cansado, se sentó en la silla e Irene le empujó de un lado a otro por la pista de hielo. Riel siguió patinando por su cuenta para ensayar giros. Las luces de la ciudad se reflejaban en el cielo plomizo y las alargadas nubes reverberaban un color naranja oscuro. Irene afiló los patines y los guardó a la espera de días mejores, cuando el hielo no estuviera muy blando ni el viento fuera muy fuerte. Siempre reflexionaba cuando patinaba: los suaves y repetitivos movimientos la ponían meditabunda. Stoney estaba contento en la silla. Riel seguía practicando sus giros. Los pensamientos de Irene se dirigieron hacia su hogar. Pensó en Gil y se preguntó si en ese preciso momento estaría leyendo su diario, y si se creería que siempre le había sido fiel.

Él olía a especia húmeda. Era un hombre muy fuerte, lo mismo que ella, no exactamente musculoso, pero podía levantarla. Era más alto y se movía con una elegancia serena, y era amable. Irene no tenía la sensación de que estuvieran haciendo algo mal. Lo suyo era inevitable. Después de hacer el amor, se sentían sobrecogidos por la inercia de su relación. No eran capaces de quebrar esa dinámica. Él perdía el vuelo. Quería seguir, volver a ver a Irene. Pero ella enseguida tenía claro que debían regresar cada uno a su propia y complicada vida y fingir que nada había pasado.

Durante semanas, Irene había vomitado cada mañana al despertar y

comprendió que no podía seguir viéndose con Germaine. Había motivos. Ella estaba segura de que ese tipo de auténtica alegría era peligroso y que acabaría por destruir a sus hijos. Si continuaba manteniendo una relación extramarital, sabía que jamás dejaría a Gil. El sentimiento de culpa funcionaría como un pegamento.

La gente raramente consigue fingir que no ha pasado nada en estos casos, pero Irene tenía una asombrosa dosis de autodisciplina en este terreno. Levantó un muro que la aislaba de esa época vivida con Germaine. Nunca o casi nunca pasó al otro lado de ese muro. Puesto que aquello implicaba un sacrificio y no había vuelto a hablar con Germaine, no consideró lo sucedido como una infidelidad. No, eso era cuando se busca activamente mantener relaciones sexuales con otro y se engaña al marido durante un largo periodo de tiempo, ¿verdad? Irene no soportaba que se pudiera contar un solo desliz suyo, así que sencillamente rechazaba la verdad. La historia está formada por dos cosas, al fin y al cabo. Para tener sentido, la historia necesita un acontecimiento y un narrador. Si ella nunca lo mencionaba, si él nunca lo mencionaba, si ninguno de los dos jamás hablaba de ello, no habría narrador. Por lo tanto, el acontecimiento, aunque había ocurrido, no tenía sentido. No contaba como una infidelidad. No contaba en absoluto.

—¿Tienes idea de lo que es esto? —preguntó Gil blandiendo una hoja de papel al otro lado de la habitación—. ¿Lo sabes?

Florian estaba sentado a la mesa del comedor con la cabeza agachada. Tenía las manos entrelazadas por detrás de la cabeza y le temblaban los hombros.

—Stoney —dijo Irene—, sube a tu cuarto. Ahora mismo.

Riel estaba en la clase de español a la que iba después del colegio. Menos mal.

Stoney salió disparado. Subió las escaleras a toda prisa. Sabía cuándo tenía que alejarse y adónde ir. Corrió hasta su habitación y se metió debajo de sus peluches. Los perros aguardaban junto a Florian con las orejas tiasas, atentos al tono de las voces de sus amos.

—Sea lo que sea —dijo Irene—, no será para tanto.

—¿De veras? Es una nota, Irene. Una nota.

—De acuerdo —dijo Irene mientras se acercaba a Florian—. Déjame ver.

—Oh, ya la vas a ver, no te preocupes, ¡ya la vas a ver!

Gil arrugó la nota y golpeó con ella con fuerza la cabeza de Florian. Su frente impactó contra la mesa con un sonoro crujido.

Irene se interpuso entre ellos y Gil dio un paso atrás.

—Dame la nota —le dijo a Gil—. Florian, sube a tu cuarto ahora mismo.

Los perros estaban preparados a ambos lados de la mesa. Cuando Florian se

levantó de un salto, Gil rodeó la mesa, avasallante, con el puño cerrado, y uno de los perros le cortó el paso. Gil arrojó una silla al animal y Florian salió corriendo, escaleras arriba.

–Siéntate –dijo Irene. Con Florian ya fuera de la habitación, podía manejar a Gil–. Siéntate. Déjame ver la nota. Sea lo que sea, no pasa nada.

Gil se sentó a la mesa y luego se derrumbó, abriendo la boca despacio. Extendió el brazo y la bola de papel se desplegó al abrir la mano. Irene cogió la nota, la alisó y leyó que Florian no había entregado el comentario de texto sobre un libro y que su nota bajaría un punto por cada día de retraso.

–No es para tanto –dijo Irene.

–No es por el comentario de texto –dijo Gil.

Los perros habían desaparecido.

–Es por haber mentido sobre el comentario de texto.

La voz de Gil sonaba razonable. De pronto había perdido toda su ira. Su rostro estaba sereno.

–Florian me dijo ayer que había entregado el trabajo –explicó Gil–. Me mintió a la cara. Me contó una descarada mentira. ¿Es éste el tipo de niño que queremos criar?

–Florian es un buen chico; es brillante... Sólo que se ensimisma en otros pensamientos. Te mintió porque te tiene miedo, Gil.

–Tú no estabas ahí –el gesto de Gil era tenso y firme–. No eras tú a quien Florian miró a la cara y contó una absoluta mentira, Irene. El libro estaba en su habitación. Le pregunté: «¿Has leído el libro?». Y señalé el libro. *El señor de las moscas*. Le dije: «¿Has terminado tu comentario de texto?». «Sí», me respondió Florian, «sí, papá, ya lo hice».

–Pues no me extraña. ¡*El señor de las moscas*! A mí me parece...

–A ti te parece. No fue a ti a quien mintió. No le disculpes. No dejes que se salga con la suya. No seas tan blanda con él. Eres demasiado indulgente. Te criaste en el caos, pero lograste escapar. No todo el mundo es tan fuerte como tú, Irene. No podemos dejar que Florian crea que no pasa nada por mentir, ¿verdad?

–Vamos a tranquilizarnos un minuto, Gil –se encogió un poco. Habló con voz suave–: Gil, creo que Florian está trabajando en su comentario de texto ahora mismo. Estoy segura de ello. Ahora ven, tú y yo nos vamos a sentar en la cocina a tomarnos una copa de vino. Aprovechemos esta oportunidad para charlar. No te he visto en todo el día. ¿En qué has estado trabajando? ¿Quién llamó?

–¿Que quién llamó? Dios mío, no te vas a creer quién llamó.

–No lo sé. Espera. ¿Stasia?

–Sí, y le encantó el cuadro.

–¿De veras?

–Le entusiasmó.

–Cuéntamelo.

Irene incorporó a Gil y habló con voz serena, mirándole a los ojos.

–No. Vuelve atrás. Dime exactamente lo que dijo, con sus propias palabras.

A Gil se le iluminó la cara y habló.

–Stasia dijo que lo miró y que se le erizaron los pelos de la nuca. Electrizada, así se quedó. Tenía que contestar unas llamadas, etcétera, pero no dejaba de deslizarse a hurtadillas al cuarto trasero de la galería, a su despacho. Necesitaba mirarlo. Ya sabes lo que es eso.

–Claro.

Entraron en la cocina y Gil sirvió dos vasos de vino. Irene se bebió el suyo como si fuera agua y Gil le rellenó la copa.

–¡Imagina lo que ocurrió entonces! –se rió Gil–. Esa misma tarde, a última hora, canceló una cita que tenía para tomar una copa con otro artista. ¿Por qué? Porque sabe quién quiere el cuadro. No sé quién era el otro pintor. No conseguí sonsacárselo. Pero creo que es una buena señal.

–Sí.

–Una muy buena señal.

«No ha tenido tiempo de leer mi diario», pensó Irene. «No lo ha leído todavía, porque si no, habría intentado no perder los nervios, ¿verdad? La fidelidad. Eso le habría apaciguado. Le habría puesto de buen humor, ¿no?»

–He trabajado sin parar –dijo Gil–. Estoy agotado.

–¿Qué cuentan en las noticias?

–Voy a ver. Vamos a sentarnos. Espera. Voy a encender el horno. Tengo el estofado en el horno.

–Qué bien –respondió Irene. Apuró su copa y se sirvió más vino. Llenó otro vaso con cubitos de hielo–. Enseguida voy. Antes subo a echarles un ojo a los niños.

Florian estaba tumbado bocabajo, con la cabeza hundida debajo de la almohada. Irene dejó la copa de vino y el vaso con los cubitos de hielo en la mesilla de noche y se sentó a su lado. Su colcha tenía un borde con formas geométricas. La tela del centro mostraba un paisaje lleno de búfalos y águilas. Le tocó el hombro y el chico se dio la vuelta y apartó la almohada. Tenía los mismos ojos que sus antepasados. Le crecía un moratón en la frente.

Irene intentó acariciarle el pelo, pero él se apartó bruscamente.

–Lo siento –Irene se quedó sentada allí y, al fin, el chico dejó que su madre le tocara–. Esto puede parecer un poco raro –dijo–, pero tengo aquí mi móvil. Y voy a sacar una foto de tu cara, cielo. Lo siento, pero tengo que hacerlo.

–¿Por qué?

–Porque es importante que pueda mostrársela a otra persona.

Irene alzó el teléfono y sacó tres fotografías de Florian, que se apartaba el pelo de la cara con la mano. Su rostro rezumaba una cansada tristeza.

–¿Vas a llevárselas a un juez? Habrá valido la pena si puedes enseñárselas a un juez.

–Primero voy a acudir a un terapeuta –dijo Irene–. Voy a intentar curar a tu padre.

–Ya has intentado curarle –dijo Florian–. Que se joda.

Stoney estaba en el marco de la puerta, con su león de peluche, más un osito, un ratón y una gallina naranja.

Florian miró a Stoney y dijo:

–Es Quark Encantado, el cuidador de los animales del zoo. No te preocupes, Stoney, estoy bien.

–¿Por qué has sacado todas esas fotos?

–Porque os saco fotos a todos –dijo Irene.

Levantó el teléfono. Stoney salió corriendo tras hacerse la foto. Soltaba a sus peluches en cuanto la situación era segura. Tenía cestas con piezas de construcción de diferentes tamaños con las que le gustaba jugar. Por el suelo de su habitación se extendían pueblos y granjas, con personajes y animales de arcilla o con piedras y piñas que representaban cosas que sólo Stoney conocía. Irene envolvió el hielo en una vieja camiseta y aplicó la compresa sobre la frente de Florian.

–Creo que será mejor que hagas el comentario de texto.

El rostro de Florian palideció y luego se tornó frío. Apartó bruscamente el hielo con la mano, apretó los puños y los apoyó en las sienes.

–¿Harás el comentario de texto?

Florian asintió y murmuró:

–Vete de aquí.

Los perros la habían seguido escaleras arriba y esperaban sentados tranquilamente delante de la puerta abierta. Uno se levantó al mismo tiempo que Irene. Ella señaló a Florian con un gesto y el otro perro entró en la habitación y puso el hocico encima de la cama. El elegante penacho de la cola del animal comenzó a agitarse cuando Florian extendió la mano. Irene bajó las escaleras con el otro perro a la zaga. Pudo oír a Gil hablando por teléfono, riéndose. Entró en la cocina y dejó las manos bajo el chorro de agua caliente que salía por el grifo del fregadero. Quería detener el temblor de sus manos. Por fin cerró el grifo, se secó las manos y se dirigió al cuarto de estar donde estaba el televisor. Se acercó a Gil, le quitó el teléfono de las manos y le dijo al interlocutor:

–Oye, ¿te puede llamar Gil más tarde? Tenemos una pequeña emergencia.

Irene pulsó el botón de colgar y devolvió el teléfono a Gil.

–¿Qué coño...?

El rostro de Gil se enfureció.

Irene apagó el televisor y luego cerró la puerta.

–Necesitas volver a terapia.

Gil se echó a reír. Soltó una risotada extraña, creciente, la risa «¡ja, ja, ja!», sacudiendo la cabeza, que empleaba cuando estaba contrariado y tomaba represalias. Era su risa de «¡Ándate con ojo!».

–Ya fui, Irene. ¿Lo recuerdas?

–Sí, fuiste, pero lo dejaste al cabo de cuatro meses.

–El loquero dijo que no me pasaba nada. ¿Te acuerdas? Tú eras, y eres, la que necesita ayuda.

–Le has hecho daño a Florian.

Gil enmudeció. Apartó la vista y se llevó un nudillo a la boca. Cuando volvió a mirar a Irene, tenía lágrimas en los ojos.

–Tienes razón –dijo–. Dios mío. Cariño, voy a subir para decirle que lo siento. Perdí los estribos. No quería hacerlo, tú lo sabes, haría cualquier cosa por Florian.

Gil se levantó.

–No –dijo Irene. Dio unos pasos hasta bloquear la puerta–. No, puedes ir más tarde.

–¿Cómo? ¿Me estás diciendo que no puedo pedir perdón a mi propio hijo? – la voz de Gil vibraba más contenida.

–Escúchame, Gil. Si no vas a terapia, te dejaré.

Gil abrió y cerró la boca, luego volvió a sentarse de golpe. Su rostro se puso lívido y sus mejillas se sofocaron, tornándose de un rojo subido, como si le hubiesen abofeteado.

–No, dijiste que no lo harías. Juraste quedarte conmigo. Hiciste una promesa.

–Entonces tienes que ir a ver a un psiquiatra.

–Está bien –Gil cogió una hoja de papel y la arrugó entre sus dedos sin apartar los ojos de su mujer–. Supongo que no tengo elección –dijo al fin, mirando a Irene con ojos pétreos–. Eso no es pronóstico de éxito. Iré si vamos juntos.

–Hay otra solución.

Gil sacudió la cabeza.

–Puedes dejar que me vaya. Dejar que me lleve a los niños.

–No –dijo Gil. Empezó a negar con la cabeza de forma cadenciosa, de un lado a otro–. No, lo siento.

Sus ojos se centraron en ella con compasión.

–No, no puedes –dijo–. No me gusta cómo pinta eso. Lo siento. Como intentes dejarme, los niños se quedan conmigo. Esto ya lo hemos hablado tú y yo. Sabemos el terreno que pisamos, Irene. Yo me quedaré con los niños, y sabes que puedo hacerlo. He hecho un seguimiento de lo que haces, Irene. ¿Crees que un juez dará la custodia de los niños a una mujer depresiva y disfuncional, que bebe demasiado y no puede mantenerlos? Eres incapaz de trabajar. No puedes terminar tu doctorado. Tienes problemas con lo que estás haciendo ahora. ¿Cuántas páginas llevas? ¿Seis? Obtendré la custodia. Estarán conmigo, Irene –dijo categórico, con una dulzura escalofriante y estremecedora–. Sabes cuánto los quiero.

Cuando Irene salió de la habitación, descubrió a Riel petrificada detrás de la escalera. Mientras hablaban, Riel se había deslizado por la puerta de entrada y se había quitado las botas. Gil había pasado delante de ella sin verla cuando fue a descorchar otra botella de vino. Irene abrió los ojos como platos. Rápidamente se dio la vuelta y cerró la puerta. Cogió a Riel de la mano y la condujo escaleras arriba. Las voces apagadas de los locutores de la televisión empezaron a sonar a sus espaldas.

–¿Llevabas mucho tiempo escondida ahí? ¿Qué has oído?

Riel se tapó la boca con la mano.

La parte drástica del plan de Riel era la siguiente: atacaría a su padre físicamente. La siguiente vez que su padre la emprendiera a golpes, Riel haría lo mismo. Mordería, daría patadas y arañaría como una gata salvaje. Un puma. Algo que no tiene miedo. Sería lo que era: una india, sólo que una de verdad. Estoica, con instinto asesino. Se obligaría a encajar todos los golpes. Sin importarle las consecuencias. Su padre tendría que respetar, por encima de todas las cosas, su divina locura.

Al día siguiente, Gil se arrodilló ante Irene y dijo:

–Tienes razón. Tienes toda la razón. Hay algo en mí que no está bien y estoy decidido a arreglarlo. Iremos a terapia, lo que sea. Voy a pasar más tiempo con Florian y con los demás. Lo siento tantísimo. Pero ¿no es mejor tener un padre imperfecto y espontáneo? ¿Uno que lo suelta todo antes que un padre que está jodido y es incapaz de expresarse? ¿O que no tener padre? No tener padre sería lo peor, tal y como tú y yo sabemos, Irene. Es mejor tener un gilipollas puntual como yo, Irene, a la ausencia de padre. No pierdas la fe en mí, mi amor. Puedo convertirme en el que tú quieres que sea, mi amor. Puedo ser el padre que

nuestros hijos se merecen. Os he fallado a todos, a cada uno de vosotros, de una manera única e individual, y os compensaré a todos, a cada uno de vosotros, de un modo que os convencerá a todos de lo mucho que os quiero. Porque te quiero, Irene, y quiero a los niños. Con cada hueso de mi cuerpo y cada átomo de mi corazón, os quiero. Toma –dijo–, mira –y abrió un catálogo de instrumentos musicales–. Cada uno de nosotros debería tener un instrumento de música –continuó–; tal vez una guitarra acústica para ti, mira, de color canela, y una guitarra eléctrica para Florian; un piano sería sorprendente, sin olvidarse de las clases, o una flauta travesera. ¿No te imaginas a Stoney tocando una flauta travesera? Tendría el aspecto de un pequeño flautista, un semidiós griego, una criatura del bosque. En cuanto a Riel, es difícil; pero creo que Riel tocaría algún tipo de instrumento de viento de madera, o con su sentido del humor, el acordeón. Pasó las páginas del catálogo y señaló el cuerpo nacarado de un acordeón con preciosas teclas negras.

En su nuevo esfuerzo de observación, Riel advirtió muchas cosas. Por ejemplo, se percató de que los perros se comportaban como si sus amos salieran de viaje. Los perros odiaban que las maletas hicieran acto de aparición. Pero no había maletas. Sólo se comportaban como si las hubiese. En esos días, se mostraban intranquilos y vigilantes. Algo flotaba en el aire que los alteraba. Con sus sentidos ahora afinados, Riel también lo percibía. Era algo concreto que no quería nombrar, aunque generalmente era capaz de poner nombre a cualquier cosa.

Uno de sus archivadores ya estaba lleno de recuerdos. El otro mostraba posibles escenarios de futuro. Podía citar cualquier tipo de aterradoras perspectivas, porque las había enumerado, así como la manera en que un indio sabría sobrevivir en cada una de ellas. Lo primero para estar preparado consistía en tomarse el futuro en serio. Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, Riel tuvo cada vez más claro cómo se comportaría su familia.

Primero y ante todo, estaba segura de que, de ocurrir alguna catástrofe, a ella la dejarían atrás.

Si cundiera el pánico repentinamente, una bomba lanzada sobre Minneapolis, un asteroide a punto de golpear el Walker Center, una pandemia vírica cien por cien letal, un avión que chocara contra la torre IDS, una rebelión de los vampiros, si unos asesinos indios o unos nazis resucitados o el invierno nuclear se hicieran con el Gobierno de Estados Unidos, si llegara a pasar cualquiera de estas cosas y la familia tuviese que huir, a ella la dejarían atrás.

Lo harían porque era una niña tranquila. ¡Y aún más ahora! Se fundía con su entorno. Adoptaba la forma de las cosas. Tenía cuidado en no significarse ni

llamar la atención cuando cenaban en familia o veían una película todos juntos. Por supuesto, clasificaba y observaba todo con una mirada lúcida. Y si bien se mostraba reservada, no era un ratón, o de serlo, era un ratón valiente. Nunca se arrastraba o se escondía. Caminaba muy erguida, descalza, sigilosa, al estilo indio. Conocía cada crujido de la vieja y elegante casa. Podía desplazarse rápidamente y sin hacer ruido hasta cualquier rincón. Había cogido un bote de aceite WD-40⁴⁰ y engrasado las bisagras de las puertas que utilizaban los niños; sin embargo, dejó que las puertas del estudio de su padre, del cuarto de baño y del dormitorio de sus padres siguieran chirriando. A pesar de todo, cuando su padre se enfadaba, no siempre se aprovechaba de su sabiduría y desaparecía. Intentaba obligarse a respirar. Intentaba obligarse a pensar. A veces, como los perros, decidía caminar hacia su ira.

Según su recopilación de recuerdos, se había defendido con valentía la mitad de las veces. Con cobardía la otra mitad. Preparaba su ataque sorpresa leyendo el libro que había sacado a hurtadillas del despacho de su madre. Todavía leía las cartas de Catlin una y otra vez, en especial la parte sobre el entrenamiento sangriento de los guerreros mandanes. Aún le faltaba valor para agujerearse la piel, pero se estaba endureciendo ante los golpes. Por la noche, se pegaba con una regla. Se abofeteaba ella misma la cara, aguantaba la respiración bajo el agua en la bañera, se tiraba del pelo y se causaba moratones en las piernas. Estaría preparada.

Aun así, la dejarían atrás; de eso estaba segura.

Stoney tendría miedo, así que su madre le llevaría a él primero. Florian sería conducido hasta el coche, bajo los gritos de su padre para que no se encorvara. Los dos únicos en quienes se fijarían. Y sería trágico cuando se marcharan sin ella; trágico para ellos. Por varias razones. Como no sabía domar caballos como los mandanes, dominaba el corazón de los perros, y éstos se quedarían con ella, por supuesto. Además, era la única de la familia que estaba desarrollando técnicas de supervivencia. Sin ella, morirían todos.

Riel había preparado una enorme bolsa de emergencia y la guardaba debajo de la cama. Era una vieja bolsa de deporte Barbie de color rosa con una redcilla en el lateral para una botella de agua. Riel mantenía la botella siempre llena. En el interior, había metido cerillas bañadas en cera, una bolsa llena. Llevaba una linterna y pilas de recambio, un encendedor que alguien había olvidado tras una fiesta, dos rotuladores permanentes y un bloc de hojas. Había leído algo acerca del *pemmican*², y decidió que el mejor sustituto serían las barritas de cereales. Almacenó entre seis y doce barritas (a veces se comía una por la noche y olvidaba sustituirla durante varios días). Tenía comida seca para perros. Cinta aislante. Pegamento de contacto Krazy. Dinero. Los indios no habrían necesitado pegamento Krazy ni dinero pero, se justificaba, ella era una india

contemporánea. Una mezcla de la tradición y los nuevos tiempos. También había cogido del antiguo equipo de camping de su madre un frasco con pastillas potabilizadoras de agua y una manta térmica de emergencia. Su plan, una vez abandonada (en el caso de ser verano), consistía en coger una tabla de *bodyboard* del armario del pasillo trasero, atarle la bolsa de Barbie y, a continuación, nadar hasta el centro del lago con los perros y montar un campamento en una de las islas. Los perros y ella se quedarían allí, sin más, tal y como se lo había contado a su madre, alimentándose a base de pescado y barritas de cereales, hasta que pasara el estado de emergencia.

De modo que sí, ella era la que conocía las técnicas de supervivencia. Había leído cómo cebar un anzuelo y ya había pescado peces anteriormente. Ahora sabía cómo encender una hoguera incluso bajo la lluvia y cómo levantar un cobertizo con la maleza. Se había aficionado a ver el programa de televisión *Survivorman*, lo más parecido hoy día a ser un antiguo indio. Comería insectos y ardillas que acabasen de morir, o lo que fuera. Había observado a los gansos alrededor del lago y estaba convencida de que sería capaz de cazar alguno. Incluso sabía qué plantas, por muy amargas que fueran, eran comestibles. Mientras tanto, su familia había olvidado su herencia. Sí, se arrepentirían de no haberla llevado con ellos. Y ella lamentaría su espanto cuando acabaran bloqueados en un gigantesco atasco de vehículos en su intento de abandonar la ciudad.

De pronto, uno de ellos menciona su nombre. Su madre grita, intenta saltar del coche para ir a buscarla. Su padre le dice: «No, o tú también morirás. Será mejor que vivamos para proteger a los niños que nos quedan». Stoney empieza a llorar. Pero Florian mira por la ventana y sonrío, pues sabe que Riel está mejor sola. Recuerda que tiene a los perros. No dice nada. Va a ser un viaje, muy, muy largo, y seguramente a ninguna parte. Sus pensamientos le mantendrán cuerdo incluso si los demás se convierten en salvajes. Florian regresará años más tarde, tambaleante, con una historia escalofriante que mezcla traición, desgracia y canibalismo. Un sentimiento de culpa por parte de su madre por haberse comido a su marido y alimentado en secreto a sus hijos con partes del cadáver. Quizá se sienta demasiado avergonzada para salir de su escondrijo. Florian, Riel y los perros guardarán la casa y echarán a los intrusos hasta que su madre supere su vergüenza y regrese.

¿Se traerá a Stoney de vuelta con ella? Esa cuestión requiere cierta reflexión. Si Stoney ha dejado de hablar, tal vez sea porque reconoció el anillo en la mano que estaba comiendo como la alianza de matrimonio de su padre. Pero no, sin duda su madre habrá sabido camuflar la carne en un estofado con verduras

robadas. Aunque su madre no lo puede contar, siempre ha estado, en secreto, de su lado.

«Si no ocultara tan bien sus putas intenciones, todo esto no habría empezado», pensó Gil al tiempo que entraba en el despacho de Irene. Una malsana fijación, y ahora el loquero. Había aceptado ir. ¡Bajo coacción! Pero no le infundía ningún miedo acudir a terapia; de hecho, le daba esperanzas. Por supuesto, el terapeuta vería las cosas a su manera, y con el terapeuta de su parte, luchando por su familia, Irene se convencería poco a poco de que él se merecía una nueva oportunidad. Un nuevo y sincero intento. Sin amante entre bastidores.

No había perdido los nervios en mucho tiempo, y cuando se disculpó, Florian no sólo le perdonó, sino que además le contó que Irene había sacado una fotografía del moratón de su frente. Abrazó a Florian y le dijo una y otra vez que era un hijo maravilloso; ahora volvían a estar unidos. Y en cuanto a Irene, él había madrugado todos los días para preparar un succulento desayuno para los niños –torrijas con nata, tortilla francesa, batidos de fruta–, y además Irene todavía seguía considerando la cuestión de los instrumentos de música. Podía sacarle el tema de la fotografía en otro momento. O simplemente borrarla de su teléfono.

Abrió su diario y se puso al día con las trivialidades de la vida familiar, que él disfrutaba, pero tuvo que leer las palabras «Le soy fiel a Gil por motivos obvios» tres veces antes de poder asimilarlo. No ha traicionado mi confianza. Es mía.

Era como si el suelo dejara de temblar.

Se quedó sentado en la silla, noqueado. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que las lágrimas le fluían por la cara, mojándole el cuello de la camisa. Se echó a reír y se secó las mejillas con el canto de la mano. Seguía derramando lágrimas. Volvió a reír y sacudió la cabeza. Se había encerrado en sí mismo hasta volverse suspicaz, y la había espiado. Ella no tenía ni idea: Gil comprobaba una y otra vez cada cargo de la tarjeta de crédito y de la factura de teléfono. A veces, incluso con los niños en el coche, llegaba a dar la vuelta al lago tan sólo para asegurarse de que de verdad estaba dando un paseo.

«¡Allí está mamá!», gritaba uno de los niños, señalándola.

«Vamos a girar aquí», respondía él, «para que pueda tener un poco de intimidad».

Había convencido a amigos comunes para que la interrogaran, discretamente, dejando caer insinuaciones indirectas sobre sus propias infidelidades. Y durante

todo este tiempo, le había sido fiel, por motivos obvios. Se recostó en la butaca y se llevó los dedos a los labios.

Motivos obvios. ¿Cuáles serían?

Esa noche Gil salió a dar un paseo con Irene. Intentó cogerla de la mano, pero ella se soltó. Tenía los perros atados a la cintura con un cinturón de manos libres. Llevaba unos zapatos de suela resbaladiza. Los perros tiraban con fuerza hacia delante, arrastrándola por las calles heladas del barrio residencial. Cada vez más veloces, terminaron corriendo como lobos. Irene vestía un fino abrigo negro y levantaba los brazos como una bailarina. Entraba y salía del claroscuro de las farolas. Gil aguantó la respiración mientras la observaba deslizarse en la noche de forma tan extraña. Pensó que terminaría por desaparecer. Algo iba a suceder. Acabaría arrastrada hacia el torbellino de las sombras más y más rápido, y no volvería a verla nunca más.

Entonces uno de los perros se soliviantó y saltó por encima del otro. Las correas se enredaron y los tres cayeron en la nieve. Gil corrió para ayudarla, pero su resquemor persistía. Lo que había visto parecía el rito de un perfecto aquelarre o una escena robada de un sueño. Irene mostraba una total seguridad en su propio cuerpo. Hacía ese tipo de locuras. Había volado tan veloz. Deseaba que no volviese a intentarlo jamás.

–Debería viajar a Washington –comentó Irene, riéndose mientras se levantaba y se limpiaba la nieve. Volvió a colocar los perros delante de ella y reemprendieron el paseo, caminando juntos ahora.

Washington. A pesar del diario, los pensamientos de Gil se tornaron celosos hacia Germaine, cuyo trabajo le conducía allí a menudo. Irene odiaba viajar. Le cogió la mano. Irene se liberó.

–Debería ir a ver algunos cuadros de Catlin –explicó.

Los celos prendieron en Gil como una cerilla.

–No entiendo cómo puedes mirar esas imágenes una y otra vez. Son todas iguales. ¿Por qué has de ir?

Intentó contener la pequeña llama desafiando a Irene.

–No me parece un gran pintor –dijo Irene–. No como tú.

Lo dijo con resentimiento, castigándole aún más.

–¿Lo crees de veras? –preguntó, con voz triste–. Catlin tuvo un golpe de suerte al llegar en un buen momento, Irene. Un año, sus temas estaban vivos, al otro estaban muertos. Ese momento puede surgirle a cualquier artista y su arte se convierte en importante al margen de que tenga o no talento. Tal vez yo no sea más que un farsante, Irene, tal vez no soy nadie. ¿Cómo sabes que eres realmente bueno en lo que haces o que simplemente has tenido un golpe de

suerte? –la voz de Gil temblaba de autocompasión. Al cabo de un momento, respondió a sus propias preguntas, con voz dubitativa–. Lo mío no ha sido un golpe de suerte, no lo creo. De hecho, los tiempos juegan en mi contra. Los indios han dejado de estar de moda otra vez.

–Incluso para un narcisista, eso es toda una declaración – dijo Irene–. Deberías pintar a los blancos –le agarró la mano, la meneó como una niña pequeña y apresuraron el paso–. ¡Las cifras demográficas están cambiando! Ellos son los que desaparecen. Deberías registrar su viaje hacia el ocaso.

Gil decidió sentirse perdonado en lugar de ultrajado. Irene mantuvo su mano en la suya mientras entraban y salían de la luz de las farolas. A medida que seguían caminando después de aquello sin que ella le soltara la mano, a Gil se le disparó el corazón. Su desasosiego e incluso sus vapuleados sentimientos le abandonaron, y de pronto se sintió exultante. Se le ocurrió que podía ser optimista, ¿por qué no? No había sucumbido ante la piel morena de Germaine y su número de identidad indio. Ni tampoco ante su inteligencia o amabilidad. Una neblina helada flotaba en el aire y Gil se quedó extasiado ante la manera en que se levantaba y distorsionaba las luces que brotaban a su alrededor, reverberando en las cuidadas calles cubiertas de nieve, los oscuros ventanales, las resbaladizas vallas de hierro y las desgarradas copas de los árboles.

–Voy a ver al profesor de Florian mañana –anunció Irene–. A su profesor de lengua.

–¿A ese imbécil? –exclamó Gil, radiante–. Menudo profesor. Ése sería incapaz de reconocer un buen trabajo aunque lo tuviese delante de los ojos. Me importa una mierda lo que diga. Florian es un estudiante fuera de serie. Ése tío es un envidioso y un gilipollas.

Irene se acomodó en el aula en una de las mesas de los alumnos y se quitó la bufanda.

–¿Va todo bien en casa? –preguntó el señor Graham. Los alumnos llamaban al profesor de lengua «Graham Galleta», o sólo «Galleta». Florian sólo le llamaba «Galleta» e Irene también pensaba en él como «Galleta». Un hombre joven, pero seco y quebradizo.

–Supongo que sí –respondió Irene–. Supongo que sí. ¿Por qué? Quiero decir que he venido para hablar del trabajo de Florian. ¿Por qué?

–Florian parece estar, cómo decirlo... ¿abstraído, aislado?

–¿Abstraído? Florian está de aquí para allá con sus clases de matemáticas en la Universidad. Así que me imagino –dijo Irene– que debe de ser un tanto difícil hacerse amigos así.

–Déjeme que le hable con franqueza. ¿Puedo serle sincero?

Irene le interrumpió.

–Y además *El señor de las moscas...* es un libro tan sombrío, y Florian ya tiene una visión del mundo bastante lúgubre, y por eso me preguntaba si Florian podría compensar ese trabajo con otras lecturas adicionales. No sólo *Una paz solo nuestra* o *El guardián entre el centeno*, ni nada que termine en, usted ya sabe... Porque para decirle la verdad, las cosas no van bien en casa.

–Entonces seré sincero con usted y le diré que su visita es muy oportuna porque Florian llegó con un hematoma en la frente. Le pregunté por ello y me mencionó a su padre. Ahora tengo la obligación, como educador, de denunciarlo. Tengo un altísimo concepto de Florian. Pensamos que tiene una mirada sobre el mundo muy sensible y única, que es necesario cultivar.

–¿Pensamos?

–Los demás profesores de Florian y yo. Usted y yo ya hemos hablado de esto antes. Sé que lo hemos hecho. No debería sorprenderla. Florian tiene la capacidad para llegar muy lejos algún día y, en estos momentos, debería estar entrevistándose con las mejores universidades y recibiendo clases, digamos, en el MIT, y usted tendría que asegurarse de apoyarle y sostenerle lo más posible, como madre. Usted, por supuesto, es la persona responsable de proporcionarle la estabilidad que necesita para poder progresar.

–Sí –asintió Irene.

Un incómodo silencio. Galleta, delgado y muy serio, se balanceaba de delante hacia atrás en la silla de su escritorio.

–Supongo que no debe de ser fácil vivir en una casa con dos genios.

–Florian es un genio –dijo Irene–. Mi marido es un pintor muy bueno.

Galleta bajó la vista hacia sus papeles.

–Puesto que hemos hablado –empezó–, no hay necesidad de denunciarlo, no hay necesidad de que esto vaya más lejos, siempre y cuando usted me asegure que de ahora en adelante protegerá a su hijo.

–Eso haré –dijo Irene. Extendió su bufanda sobre la mesa entre ellos–. Pero si llegara el caso... y estoy estudiando esta posibilidad, pero por favor, es confidencial... Si tuviera que dejar a Gil y lo necesitara para conseguir la custodia de mis hijos, he de preguntarle si testificaría que reparó en el hematoma de Florian.

–Lo haría, lo haría, pero en tal caso, se plantearía la pregunta de por qué no lo denuncié en su día. Lo ve, usted debe hacer algo. Yo sólo puedo ser de relativa ayuda.

–Lo entiendo. Bueno, usted ha sido... no diría exactamente de gran ayuda. Pero su corazón está del lado de Florian.

–Sí, lo está. Puede estar segura de ello.

–Entonces, ¿puede mandarle leer algo más alegre?

–A los jóvenes –respondió Galleta– no les gustan las historias alegres. Les gustan las historias trágicas y despiadadas. Usted ya lo sabe.

–Supongo que tiene usted razón –dijo Irene–. Supongo que necesitan sentirse confortados –casi se hablaba a sí misma–. Quieren contemplar la tragedia y la crueldad desde fuera, desde una distancia segura, ¿no? ¿Acaso no quieren saber que estas cosas –las guerras, las matanzas, la orfandad, el abandono– nunca les sucederán a ellos? Que nunca se les abandonará a su suerte. Que nunca se les hará daño.

–Todo el mundo se hace daño –dijo Galleta.

–No debería ser así –respondió Irene.

–Haré todo lo que esté en mis manos por Florian, pero no puedo hacer su trabajo.

Galleta extendió la mano para devolver la bufanda a Irene, pero ella se la arrancó de la punta de los dedos.

El sol salió, como siempre sucedía después de los estallidos de ira de Gil. Durante días, las cosas fluyeron con calma y sin problemas. Florian sacó un bien en su comentario de texto, pero hizo el trabajo adicional tras la conversación de Irene con Galleta y consiguió subir su nota a notable alto. Irene llevó a los niños a la *powwow* de invierno, donde se sentaron junto a Louise y a Bobbi, que era espectacular, una mujer mohawk con el pelo rubio y unos finos labios cruels, sexis y perfectamente dibujados. El tambor sonaba demasiado alto para poder conversar, de modo que hablaban a gritos o esperaban a que hubiese una pausa entre dos canciones. Bobbi dijo a Irene que haría unos trajes de danza para los niños.

–¿Harías eso?

A pesar de sus labios cruels, Bobbi tenía un trato cercano. Parecía totalmente sincera.

Irene miró a Bobbi con asombro.

–Eso es mucho trabajo –dijo–, demasiado trabajo.

–Habla en serio –intervino Louise–. Lo hará.

El hijo pequeño de Bobbi había salido al centro de la pista. Su traje de danza de la hierba era negro y rojo con finos flecos blancos que se agitaban al moverse. Mostraba unos elaborados bordados y adornos de abalorios. Llevaba un ondulante penacho, y bailaba con gran aplomo, como un hombre pequeño que ondeara como hierba imaginaria.

Florian exclamó:

–¡Caray!, qué bueno es.

–Recordad esto –manifestó el locutor cuando el tambor calló–, ésta es vuestra

tierra, ¡todo esto es tierra india!

Riel cogió la mano de Irene, emocionada, y la abrazó.

–Mamá, ¿has oído eso? ¡Todo esto es tierra india!

–*Gidebwe* –contestó Irene.

–Tienes que enseñarme a hablar indio –dijo Riel.

–Claro.

–Claro no. Claro indio.

–*Geget igo!* –se rió Irene. Apenas recordaba nada del ojibwe que le habían enseñado.

Riel estaba eufórica. Repitió las frases en voz baja. Su rostro estaba muy atento mientras los bailarines giraban y saltaban.

–Tú eres la elegida –dijo Bobbi, lanzando un beso a Riel–. Haré el tuyo primero. ¿Qué estilo quieres?

Riel observó a las bailarinas moviéndose veloces, con los mantones que daban vueltas, el repiqueteo sonoro de los huesos de las pecheras y los cascabeles. Las mujeres que bailaban la danza del cascabel levantaban sus abanicos con los cuatro golpes de tambor más fuertes, y Riel suspiró:

–Como éstos.

Más tarde, los niños iban como locos en el coche de Irene, como los demás niños: felices, parlanchines, con la boca llena de los sonidos del tambor y de algodones de azúcar.

–Demos una vuelta con el coche –sugirió Riel cuando se aproximaban a la casa.

Así que dieron varias vueltas con el coche alrededor del lago bajo un intenso frío. La nieve se había helado, suspendida y centelleante en el aire. El cielo tenía un vivo color azul cuando por fin entraron por la puerta. Gil dijo que estaba terminando un cuadro y que no podía abandonar su estudio. En realidad, estaba llamando por teléfono. Estaba dando los últimos retoques a su plan para la fiesta. Ahora que sabía que Irene era suya, que le era fiel, deseaba más que nunca obsequiarla con una noche perfecta y memorable. Aun así, no llamó a Louise para cancelar su petición de que quedara con Irene ese día. Todavía quería saber. ¿Qué había de malo en saber? Quería saber lo que hacía sin él.

–¿Germaine? Soy Gil.

–Gil.

–Lo sé, lo sé. Ha pasado mucho tiempo. Verás, sólo quería invitarte a la fiesta de cumpleaños de Irene. El ³⁰ de noviembre. Si tú y Lissa estáis en la ciudad la semana que viene, ¿por qué no os venís a casa? Es una fiesta sorpresa.

–No estaremos en la ciudad.

–¿En serio? Yo creía que veníais por aquí bastante a menudo.

–No.

–Aun así, por si acaso, la invitación sigue en pie.

–No vamos a estar.

–¿Te va bien en Portland?

Hubo un tenso silencio. Gil puso los ojos en blanco.

–Te dejo. Sólo era una idea.

Gil colgó el teléfono. Después volvió a descolgar y golpeó el auricular contra el aparato.

–Menudo amiguito que eras –dijo–. Pero no te saliste con la tuya, ¿eh? No lo conseguiste. Vuelve a tus juntas directivas, gilipollas.

Florian entró en la cocina arrastrando los pies, abrió la alacena y el refrigerador, y se sirvió un vaso de leche.

–¿Qué tal te ha ido hoy? –preguntó Gil. Retiró su silla un poco hacia atrás y volvió a atarse la pequeña coleta en la base del cuello–. ¿Ha ido todo bien?

–¿En líneas generales?

Florian apuró la leche y se sirvió otro vaso.

–No te bebas toda la leche, Florian. Déjanos un poco a los demás.

–Mamá tiene ocho litros.

Irritado, Gil observó a Florian, pero la belleza de su hijo le pilló desprevenido. Florian no llevaba las gafas, y sus pequeños ojos castaños, recortados en medio de unas cortas, perfectas y lacias pestañas, brillaban con intensidad contra la pálida piel. Su pelo terminaba en una cresta en el centro de la cabeza y luego caía hacia delante en una especie de tupé. El modo en que Florian apoyaba las caderas en la encimera mientras bebía le resultaba desconocido y casi sexual. Iba a ser muy atractivo. Mientras Florian salía de la cocina, Gil le declaró:

–Te quiero.

Oyó cómo los pasos de Florian se detenían.

En ese momento, Florian pasaba por delante del antiguo y ondulado espejo que colgaba encima del aparador del comedor. Cuando era más pequeño, evitaba mirarse en ese espejo porque le devolvía una imagen borrosa y distorsionada de sí mismo. Era casi como ver a alguien moviéndose bajo el agua. Su padre le había seguido y aguardaba ahora en el umbral de la puerta tras él. Sus miradas se cruzaron en el espejo y Florian tuvo la sensación en ese momento de que ambos se encontraban bajo el agua, y jadeó en busca de aliento, con un dolor lacerante, hasta sentir una punzada en el corazón.

–Yo también te quiero, papá –respondió.

Gil tocó el hombro de su hijo cuando pasó por delante de él. Pensó en pintar a Florian tomándose un vaso de leche, de pie ante la encimera, con una mano en la madera, con su camiseta negra, vaqueros y los pies descalzos. Un muchacho bebiendo leche. A través de esa acción, estaba a la vez separado y unido a su madre. Gil pensó en Irene y en el retrato en que estaba trabajando, y subió a su estudio pensando que si lograba acabarlo antes de su cumpleaños, podría regalárselo. Ella no tenía un *America*. Siempre habían tenido que venderlos enseguida. Siguió trabajando en el retrato fúnebre a la vez que intentaba terminar otro más antiguo que había empezado un año antes.

En esa obra, Irene se había girado; aparecía encorvada sobre algo, como si quisiera ocultarlo. Miraba a alguien fuera del cuadro. Tenía la mano entre las piernas. Se le antojó que semejaba a un perro, escondiendo su huesecillo, su sexo. ¡Como si él quisiera robárselo! Ese mágico momento con Florian pasó al olvido. Tan sólo oír la voz de Germaine le había sacado de sus casillas. Pero Gil se recordó a sí mismo, aclarando sus ideas de pronto, que ella le era fiel. Sonrió y abrió la puerta acristalada que daba a una pequeña terraza. Salió al gélido viento. Enseguida, un aire helado penetró a través de su camisa y le invadió una súbita sensación de euforia.

Irene cruzó el vestíbulo del hotel. El pavimento consistía en una piedra rosada con vetas de color melocotón y óxido. Las puertas y los pasillos estaban revestidos de una madera fría y amarga. Había arreglos florales con pétalos de bronce, lengüetas verde ácido y ramitas retorcidas de sauce. Mientras esperaba el ascensor frente a la puerta metalizada y reluciente, observó una expresión de angustia y necesidad en su rostro. Se trataba del mismo hotel en el que, durante unas horas, había sido feliz con Germaine. Apenas habían hablado. Las sábanas eran pesadas e Irene había divisado el reflejo borroso de sus cuerpos moviéndose en un espejo curvo y dorado. Irene entró en el ascensor, apretó el botón y cerró los ojos. Salió en la tercera planta y entró en el restaurante, donde había quedado con Louise. Tal y como lo recordaba, las servilletas estaban almidonadas y dobladas en forma de abanico. En aquel almuerzo, Germaine había desplegado su servilleta con cuidado y ella había observado sus manos mientras alisaban el tieso tejido. No estaba pensando en lo que hacía, sin embargo sus manos mantenían un estado de alerta propia. Había deslizado los dedos por el mantel hasta sostener la copa de vino en la palma de su mano. Desde entonces, Irene había pensado muchas veces en todo lo que sus manos habían hecho en la hora previa a que la acariciara.

Cuando Irene llegó a la mesa, Louise se levantó y le dio un efusivo abrazo sin dejar de masticar alegremente. Estaba comiendo el pan de Irene.

–Lo siento, estabas tardando mucho.

Irene dejó su teléfono móvil sobre la mesa. Contestaría si era el número del colegio de sus hijos. Respiró tan hondo que se sintió mareada.

«Voy a decírselo», pensó. «Voy a contarle que voy a dejar a Gil. Con que se lo diga a una sola persona, podré hacerlo. Ella será esa persona.»

–Louise –empezó.

–¡Espera! Más pan, por favor.

Louise hizo un alambicado número para conseguir más pan. Ahora que Irene estaba ahí, se sentía incómoda y agobiada. No le había molestado que Gil la llamara y le pidiera que le ayudase a organizar una fiesta para Irene. Se sintió halagada y emocionada de ser incluida en el acontecimiento. La petición de Gil de que interrogara y siguiera a Irene después del almuerzo la sorprendió, y al principio fue incapaz de responder. Después, se dio cuenta rápidamente de que si no colaboraba con Gil en esta parte del plan, otra persona seguiría a Irene durante todo el día. Y quién sabía por qué quería hacer eso Gil. De modo que aceptó.

–Estás muy callada –comentó Irene–. ¿Estás bien?

–Es que tengo hambre.

¿Debería estropearle la sorpresa a Irene y contarle que, al llegar a casa, Gil y sus amigos la estarían esperando con champán, tarta y regalos? ¿Regalos envueltos en un precioso papel? ¿Como el que había en el maletero de su coche?

–Bueno, ¿qué tal está tu hijo? Nunca hablamos de él.

Irene pidió un té caliente.

–Le va muy bien. Esta semana le toca con su padre. ¿Conoces a Ray DeChardin? Enseña ingeniería en la universidad. Está casado y tiene dos niños pequeños. A mi hijo le gusta ir a su casa; tiene su propia habitación. La mujer es maja. Es navajo, o dine, muy callada, bajita y bonita.

–Recuerdo las trenzas de Ray. Le llegaban hasta la cintura.

–Sus trenzas ahora son finísimas. Solían tener mucho volumen, pero el volumen ha ido a parar a su tripa. Pero es buen tipo. Siempre ha sido más atento y estable de lo que parecía.

Louise preguntó a Irene de qué trataba su tesis. Irene empezó a hablar de Catlin y de cómo había herido a un búfalo y luego lo había esbozado y pintado mientras moría poco a poco. Describió el proceso en una de sus cartas. Aguijoneaba al búfalo hasta volverlo furioso cada vez que intentaba tumbarse y expirar. Se había roto una pata de modo que no podía cargar contra él.

–Podía mostrarse muy cruel para conseguir la imagen deseada –dijo–, pero amaba a los indios. Nosotros le quebramos, quebramos su salud, le partimos el

corazón. Robamos los mayores consuelos de su vida. Sólo porque nuestro mundo le pareció irresistible.

Irene sabía que seguía hablando porque le aterrorizaba decir que iba a dejar a Gil.

Louise puso su mano sobre la de Irene, que estaba encima de la mesa.

–Oye –dijo Louise–, tengo que preguntarte algo.

–Espera –respondió Irene–, tengo que contarte algo.

–¿Es acerca de una sorpresa?

–De algún modo, sí –dijo Irene.

La mano de Louise seguía descansado encima de la de Irene, como si se hubiera olvidado de que la había puesto allí. Irene dio la vuelta a su mano y sus palmas se tocaron. La mano de Louise estaba caliente y seca. Era sensible y sólida.

Irene le cogió la mano.

–Estoy tan contenta de que vayas a ser mi hermana. Mía, ¿verdad? –el corazón le latía en la garganta–. Si te cuento algo, no se lo contarás a Gil, ¿verdad?

Louise retiró la mano y la dejó en su regazo. Estaba segura de que Irene le iba a pedir que mantuviera el secreto sobre algún amante. ¿Por qué, si no, le habría pedido Gil a Louise que la siguiera? No había contado con mentir a Gil. Se le daba muy mal mentir.

–Tal vez sea mejor que no me lo digas –contestó Louise.

Se miraron fijamente; Irene se ruborizó y no pudo tragar.

No se conocían lo suficiente todavía como para deslindar el texto del subtexto. Empezaron a comer, pinchando la comida con cautela. Y se pusieron a hablar de los niños: un tema neutral y absorbente.

Gil había pedido a todos los invitados que aparcaran más abajo en la calle, lejos de la entrada del garaje de la casa por donde aparecería Irene con los niños tras ir a recogerlos. Había llevado los perros a una residencia canina para que no molestaran a los asistentes a la fiesta. Había diseminado sus regalos en su habitación: rosas blancas, un camisón blanco, una bata japonesa blanca, un perfume llamado Nocturno blanco.

Louise había aparcado lejos de la casa y caminaba, con su regalo en brazos, por la acera salpicada de arena. Lo sujetaba con demasiado esmero y avanzaba a regañadientes. El regalo era frágil, pero no rompible. Un pañuelo de gasa gris. Una vez en casa, se lo dio a Gil, que le preguntó dónde había quedado con Irene. Ante la pregunta, Louise sintió un repentino acceso de sentimiento de culpa y rabia.

–Como bien sabes, la invité a almorzar –respondió.

–¿Adónde más ha ido?

–¿A ti qué te pasa? –Louise alzó la mirada, desafiante, ante la de Gil. La gente les rodeaba al pasar–. ¿A ti qué coño te pasa?

–Oh –dijo Gil, encantador–, ¿te parezco el marido celoso? Supongo que lo soy. ¿Puedes culparme? Aquí viene, mírala.

Louise dio media vuelta y decidió marcharse por la puerta trasera sin detenerse, pero Gil la condujo con los demás dentro de una gran habitación que daba al pasillo. El comedor. Estaba repleto de comida e iluminado con docenas de velas blancas.

Se oyó el ruido de los portazos de un coche en el camino de entrada. Un momento más tarde, la puerta de la calle se abrió y aparecieron los niños charlando. Irene entró en la habitación.

–¡Sorpresa! –gritó Louise junto a los demás.

Irene la miró directamente y le golpeó la revelación de que Louise había colaborado en secreto con Gil. Ahora Gil se hallaba al lado de Louise y le daba las gracias. Irene se preguntó, abriendo los ojos como platos, si la sorpresa tenía el mismo aroma que la traición. La decepción la llenó de náuseas. «Los dos juntos, a fin de cuentas. Tal vez ahora nunca logre salir de aquí.»

–¡Feliz cumpleaños, cariño! –exclamó Gil.

Entonces todo el mundo estalló en un clamor. Gil abrazó a los niños. Louise desapareció. La fiesta empezó a animarse. De pie en las sombras doradas con una copa de champán entre los dedos, Irene pensó que sería mejor desvanecerse, y se llevó la copa a los labios.

Esa noche hicieron el amor con un violento forcejeo, como si sus identidades más ocultas se hubieran despojado de su piel. Ella tenía las uñas largas e irregulares. Él la amordazó e inmovilizó su cabeza hacia atrás. Habían apagado todas las velas y lámparas, incluidas las luces del porche. Toda la casa estaba sumida en la más mortecina oscuridad y desolación, un cascarón vacío después de la fiesta, con habitaciones llenas de desperdicios. Los niños se habían marchado con las familias de unos amigos. Flotaba la inquietante ausencia de los perros. Ambos follaron sin cesar en la oscuridad más absoluta, incapaces de alcanzar el orgasmo ni de detener las embestidas. Gil le obligó a decir todas las cosas que quería oír. Ella le dio el cinturón del kimono blanco y Gil lo ató alrededor del cuello de Irene.

Cuando Irene despertó, desnuda y dolorida, seguía maniatada a la cama.

Cuando los niños regresaron a la mañana siguiente, aún reinaba un extraño

silencio. Subieron a sus cuartos y jugaron o hicieron los deberes durante todo el día, en silencio, como si percibieran la extenuación de sus padres. Sus rostros estaban fríos y al acecho cuando Irene les sirvió el almuerzo y, más tarde, la cena. Cuando se acercaron a Irene para darle las buenas noches, sus cálidos susurros sonaron roncós y asustados. Los abrazó y les dijo que todo iría bien.

–¿Qué? ¿Qué irá bien?

Se agarraron con fuerza a sus brazos, insistentes, hasta que Gil les mandó a la cama.

La historia de Visón, que Irene había tergiversado, formaba parte de otra historia, mucho más larga y compleja. En ese mismo año, en 1832, Catlin había pintado a un jefe dakota que poseía una considerable fuerza de carácter. Retrató a Pequeño Oso de perfil, lo que proporcionó a su rival, el deshonoroso Sunka, o Perro, un pretexto para lanzar a Pequeño Oso un grave insulto. «La otra mitad de Pequeño Oso», espetó Sunka, «no servía para nada, no valía nada, era vergonzosa. No era más que medio hombre». Su ira se tornó letal y Pequeño Oso fue alcanzado por un disparo precisamente en el lado de la cara que Catlin no había retratado. Pequeño Oso murió a causa de esa espantosa herida y Perro fue perseguido y ajusticiado por guerreros fieles a Pequeño Oso.

La extrañeza de la historia reside en el *profil perdu*, el perfil perdido, que inspiró y predijo a la vez la pérdida del hombre y que, para Catlin, no era más que una elección estética instintiva basada en un antojo, un capricho de artista, o quizá hastío tras haber realizado tantos retratos similares de rostro entero.

El cuadro de Catlin despertó celos y causó la muerte. Las tribus que Catlin visitaba tenían actividad artística y fabricaban objetos extraordinarios, incluido arte pictórico. Mahtotohpa, Cuatro Osos, mostró a George Catlin una túnica de piel de búfalo en la que el jefe había pintado las hazañas letales que conformaban la historia de su vida. Las pinturas eran complejas, simbólicas, dramáticas y de exquisita factura. Asimismo eran unidimensionales y no contenían sombra alguna. Además de tantos otros inventos europeos –navajas de acero, hervidores de hierro, fusiles, hachuelas, perlas para el trueque, cepos, y un periódico comprado por un indio a un altísimo precio y utilizado como medicina–, Catlin les llevó las sombras.

Debido a las sombras, sus cuadros tenían la fuerza directa y el poder de lo sobrenatural, la réplica fantasmagórica, el *doppelgänger*. Era como si de repente un gemelo fuese creado justo ante el propio sujeto. Un gemelo que parecía vivir y respirar y seguirnos con la mirada, y sin embargo permanecía inmóvil. Los cuadros eran objeto de veneración y temor. Algunos juraban, angustiados, que quienes permitían que los retratasen con los ojos abiertos no descansarían en

paz después de morir, puesto que algunos rasgos de su ser perdurarían, mirando el mundo fijamente. Otros, molestos por el hecho de que Catlin pintara búfalos y luego se los llevara con él en su carpeta, vincularon sus acciones con la creciente merma de las manadas, de las que dependían sus vidas. Por lo tanto, las sombras robaban a sus sujetos y, para el resto del mundo, se volvían más reales, hasta que parecían ser lo único que quedaba.

Había momentos en los que Irene y Gil acababan tan exhaustos tras el combate que simplemente salían de sus trincheras y se abrazaban por encima de las cabezas de sus hijos. Decidieron declarar una tregua. Toda la familia se quería. Justo después de la fiesta, cayó una gran nevada y la familia pasó una noche maravillosa. Con el peso de la nieve, las ramas de los árboles se rompieron y cayeron sobre los cables eléctricos en algún lugar, dejando sin luz las casas de ese distrito de la ciudad. Riel y Stoney estaban viendo la televisión en el sótano y tuvieron que subir las escaleras a tientas. La pantalla del ordenador de Florian se apagó y el muchacho bajó las escaleras llamando a sus padres. Gil salía de la cocina. Irene entraba. Se chocaron a cámara lenta y se sujetaron por un breve instante. Los silenciosos perros repartieron su atención entre todos ellos, conduciéndolos a una misma habitación.

–¿Dónde están las velas?

–Yo lo sé, están en el cajón de los trastos.

–¿Y las cerillas?

–Las cerillas también.

El chasquido de una cerilla. El resplandor de la llama en el rostro sonriente y emocionado de Irene. A ella le encantaban las pequeñas catástrofes.

–¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer? –chilló Stoney.

–Cada uno de nosotros vamos a coger una vela y salir fuera –ordenó Irene.

Pegó cinco velas en pequeños platos de cartón para que la cera no les goteara en las manos. Se enfundaron los abrigo y se pusieron las botas, cogieron las velas y salieron afuera con los perros. En la calle, Irene encendió las velas y el resplandor iluminó sus caras. Había nevado a primera hora de la tarde, y Gil aventuró que había caído con demasiada fuerza en algún lugar y había derribado un transformador. Irene soltó una risotada y dijo:

–¿Sabes siquiera lo que hace un transformador?

En lugar de ofuscarse, Gil se rió con ella y exclamó:

–¡Transformar! ¡Lo transforma todo!

Caminaron a la luz de las velas, admirando las casas silenciosas ribeteadas de nieve. Las luces se movían misteriosamente en el fondo de las habitaciones ocultas tras oscuros ventanales, pero no había nadie más en la calle.

La nieve irradiaba su propio fulgor y las nubes bajas reflejaban la luz de las farolas, que permanecían encendidas pero con una potencia menor, de emergencia. El cielo mostraba un asombroso color naranja. Recorrieron todo el camino hasta el campo de béisbol del parque. El terreno estaba cubierto por una extensa capa de casi dos centímetros de una nieve dura y perfecta. Las velas se habían consumido hasta tal punto que resultaba peligroso para los niños sujetarlas con las manos, por lo que las clavaron alrededor de la base meta. El resplandor del parque proyectaba borrosas sombras sobre la nieve. Irene comentó que ése sería el lugar perfecto para jugar a atrapar sombras, un juego al que jugaba de niña bajo las farolas. Se pusieron a jugar al pilla-pilla pisándose las sombras. Irene y Gil corrían y se giraban rápidamente, entrando y saliendo de la oscuridad del otro. Los niños se agachaban y resbalaban, se escapaban a grandes pasos para que sus sombras se desplegaran debajo de ellos. Los perros corrían en círculo alrededor de la familia para impedir que se extraviaran. Gil encontró un lugar bajo la luz de una farola donde podía ocultar su sombra por completo bajo sus pies. Irene y los niños le rodearon entre risas. Mientras cerraban el cerco para capturar a Gil, éste se escabulló. Su sombra surgió de golpe campo a través.

Parte II

Doce años antes de su muerte, Francis Scott Fitzgerald escribió estas hermosas frases: «No nos es dado el don de reconocer esos raros momentos cuando las personas están totalmente abiertas y el menor avatar puede marchitarlas o curarlas. Un instante más tarde y ya nunca podremos alcanzarlas en este mundo. Jamás se repondrán con nuestras más eficaces medicinas ni hallarán la muerte bajo nuestras más afiladas espadas».

Las últimas palabras de esta cita inquietaban a Gil, pero pensaba a menudo en la primera parte en relación con Irene. Ese momento desconocido al que se refería el escritor poseía un poderoso efecto en sus actos, pues creía que existían intersticios, grietas, fisuras, huecos en el muro que los separaba. Ese muro estaba compuesto de escombros inmateriales. Cosas dichas y no dichas, acciones, malentendidos, un cúmulo de momentos que –estaba convencido– tan sólo un momento puro podría derribar. O un símbolo. O una metáfora. Lo que pensaba en realidad era que llegaría un momento en que podría alcanzar de verdad a Irene y que ese instante lo cambiaría todo.

Irene misma le había dicho que no se dejara engatusar por los momentos, pero ése era el problema de la historia: desentrañar los momentos idóneos. También era un problema en la pintura: el momento idóneo. A veces una pincelada podía cambiar el momento, pero eso era lo que a Gil le encantaba: esa delgadísima línea entre distintos momentos, cuando la pintura cobraba vida. Irene sostenía que era adicto a la idea de los puntos de inflexión en la vida y en el arte porque había visto demasiada televisión, pero Gil citó a Fitzgerald y también arguyó que todo gran cuadro trataba de un momento determinado.

–Sí –respondió ella–, *muchos* de ellos. Construyen. Los cuadros más importantes nunca representan un *solo* momento. Observa los retratos tardíos de Rembrandt –continuó–; cada minuto que ha vivido se refleja en sus ojos y en su rostro.

–Venga, por favor –repuso Gil–. *Hendrickje bañándose en un río*. Un momento delicioso. ¿Y el autorretrato de Bonnard en el espejo del cuarto de baño? Humilde y exhausto. Su vida se había acabado para entonces. Pero puedes ver –no es un hombre patético– una lucidez inquebrantable en ese momento.

–Todos los momentos –dijo Irene, pero Gil levantó la voz.

–¡El autorretrato de Bonnard trata exactamente del momento! ¡Tú nunca has entendido el concepto del tiempo en el contexto de un cuadro!

Ésta era otra de sus discusiones inocuas. Una vez que convertían una cuestión en un asunto neutral, podían discutir durante horas y horas. Una cosa era cierta: nunca se aburrían juntos. Podían odiarse mutuamente, o al menos, Irene podía

odiar a Gil, que no tenía ni idea de lo mucho que en el fondo odiaba a Irene porque estaba obsesionado con ganarse su amor de nuevo. Pero la detestaba de veras. Aquello formaba parte de su muro inmaterial. No podía ver ni percibir su odio, pero estaba allí. Parte de su fantasía sobre la brecha en el muro tenía que ver con atravesar su propio odio, cuya existencia ignoraba.

En fin.

Gil tenía un muro. Irene tenía un muro. Entre ambos existía una zona neutral e intacta, un páramo virgen de todo lo que no sabían ni podían imaginar el uno acerca del otro. Gil tenía una visión clara de este espacio entre ellos. Lo veía como un edén immaculado, como la zona desmilitarizada de Corea.

Nueve de la mañana del cuatro de diciembre. En su primera sesión con una consejera matrimonial, una señora agradable y maternal de sesenta y dos años, sin un pelo de tonta y con un gran corazón, Gil describió este paisaje imaginario. Habló con voz suave y sincera.

–Veo a Irene y a mí mismo en dos bandos enfrentados de la zona desmilitarizada, separados por una alambrada de espinos, fuertes defensas y un servicio de inteligencia, si quiere. Entre nosotros hay una franja de deseo y amor que nos pertenece a ambos y que permanece intacta.

–Sí –intervino la terapeuta–, sé cómo son las verdaderas zonas desmilitarizadas.

–Alberga una increíble biodiversidad. Es de una belleza extraordinaria –dijo Gil.

–¿Adónde quiere ir a parar? –preguntó la terapeuta.

–Allí está la grulla de Manchuria, un símbolo de paz –apuntó Gil.

–No creo que la grulla de Manchuria sea un símbolo de paz –dijo Irene.

–De nuevo, ¿qué quiere decir? –preguntó la terapeuta.

–Creo que podemos alcanzar ese punto, la zona desmilitarizada –Gil se calló y bajó la cabeza.

Tras un silencio, la terapeuta se dirigió a Irene.

–¿Qué opina usted, Irene?

La metáfora era tentadora. Había oído que esa franja de tres kilómetros, protegida por muros, una valla metálica y con patrullas continuas, estaba repleta de una vida extinta en otra parte, y que eso lo convertía en un lugar sagrado. Quería ir allí en persona, a ese espacio virgen, incluso desde antes de haber nacido.

Suspiró y miró a Gil, luego a la terapeuta y preguntó:

–¿Qué pasa si uno de los dos desarrolla armas nucleares?

Gil y la terapeuta se quedaron pensativos. Se podía oír el murmullo del aire

que entraba por los conductos de ventilación.

–Tú ya las tienes –afirmó Gil de repente. Se inclinó hacia ella, con decisión–.

La pregunta es, ¿las utilizarás?

–De modo que soy Corea del Norte, ¿no?

–Sí –respondió Gil suavemente–, yo creo que lo eres.

–Un momento –intervino la terapeuta.

–¿O sea que soy el fanático Kim Jon-il con su corte de pelo estrafalario y sus paranoicos juegos de masas totalitarios?

–Me temo que sí –dijo Gil.

–Ni hablar –replicó Irene–. Yo quiero ser Corea del Sur con las mujeres ejecutivas y los expertos en animación. Quiero ser un tigre asiático.

–Un momento –insistió la terapeuta.

–Porque a mí me parece que tú eres Corea del Norte –prosiguió Irene–. Has tomado a nuestros hijos como rehenes y has probado tu vieja y enorme ojiva conmigo.

–¿Mi ojiva?

–Basta –ordenó la terapeuta.

–Sí, tu ojiva, y tampoco es tan grande. Es raquítica, raquítica, raquítica.

–No –repuso Gil–, no lo es. Estoy muy por encima de la media nacional. ¿Sabe cuál es la longitud media de un pene a nivel nacional? –se dirigía a la terapeuta.

–No sé si les puedo ayudar –dijo–. Marean la perdiz. No están tratando ninguna cuestión realmente pertinente. Están jugando. ¿Se están tomando esta terapia en serio?

–Por supuesto que sí –dijo Gil–. Lo siento, yo me lo tomo muy en serio.

–Se pierde en sus propias metáforas –explicó Irene–. Se amontonan mientras olvida la imagen. Ya ni ve lo que está pintando.

–A quién. A quién pinto.

–A mí.

Hubo un silencio.

–Irene, ¿puede ir un poco más allá? –la terapeuta aguardó.

Gil se miró las manos, con los dedos entrelazados, y frunció el ceño.

–Bueno, si no va a decir nada, yo...

–Espere –dijo la terapeuta.

Gil volvió a mirarse las manos y se cruzó los dedos con fuerza sobre el regazo.

–Grullas de papel –dijo Gil, meditabundo–, el pájaro de la paz.

–La paloma –musitó Irene.

La terapeuta puso cara seria.

–Vamos a dejar que Irene termine con su pensamiento.

–Está bien –dijo Irene–, puedes quedarte con tus grullas. Sólo deja de volver loco a Florian, deja de pegar a los niños, deja de asustarnos. Además no son hijos tuyos. Los tres son hijos de otros. De hombres diferentes.

–Por favor –dijo Gil. Miraba a Irene–. Por favor, ¿es eso cierto?

–Es broma –respondió Irene.

4 de diciembre de 2007

Diario rojo

Florian tiene una tez muy parecida a la de Gil, una tosca piel irlandesa que no se pone nunca morena bajo el sol, sino que se quema inexorablemente. Su cabello castaño muestra reflejos del mismo tono pelirrojo que tenía mi madre. Pero sus ojos... son tan negros que resulta imposible distinguir la pupila del iris. Siempre digo que sus ojos son un regalo de nuestros antepasados, pero la verdad es muy diferente.

El padre de Florian era un historiador académico de renombre mundial, una especie de genio, como Florian. Le conocí en un congreso. Subimos a su habitación después de una conferencia y descubrí que, aunque él era blanco y delgado, su polla era enorme y despiadada.

Irene dejó el bolígrafo riéndose. «¡Enorme y despiadada!» Además, ¿cuándo he ido yo a un congreso? ¿O he conocido a nadie de renombre mundial? Si es lo bastante celoso como para tragarse esto, Gil se merece sufrir. Siguió escribiendo, rellenando semanas enteras.

Enorme y despiadada. Jamás me lo habría imaginado. Encargamos servicio de habitaciones para dos días. Se perdió las mesas redondas y todos los demás congresistas sabían por qué. La gente empezó a dirigirse a su asiento vacío. Alguien depositó en su butaca un juego de llaves. Era un hotel elegante y robé unas pinzas de plata para mantequilla, como recuerdo. Las pinzas de plata del padre de Florian. ¡Eso es todo lo que tengo!

Es ridículo.

Estuve a punto de soltar toda la verdad durante nuestra primera sesión de terapia. Afortunadamente, sonaba demasiado increíble. Estoy segura de que Gil pensó que sólo le estaba gastando una broma cruel.

El cabello castaño de Riel tiene exactamente el mismo color que el mío. Su piel cambia de tono y pasa de un suave crema a un intenso moreno. En invierno, es tan pálida como un melocotón blanco de modo que cuando se sonroja, el contraste de sus mejillas parece de cuento de hadas. En cuanto el sol la acaricia en verano, su piel se torna de un terciopelo dorado. Es como si el sol brotara de su interior. Reluce. Lo veo todos los años. De nuevo, un regalo, pero de un hombre que Gil conoce muy bien y considera amigo suyo. Me pregunto si Gil descubrirá algún día que, cuando estuvo en Nueva York para la inauguración de una exposición, hicimos el amor en su estudio. En la planta de arriba. Después, abajo, en nuestra cama, nuestro lecho conyugal. Todavía siento algo de culpa por habernos reído ambos de Gil. No estuvo bien, lo sé.

Irene hizo una nueva pausa y pensó: «¡Como si Gil fuera a creerse que yo pueda escribir “lecho conyugal”! Caerá en la cuenta. Todo esto es tan burdo. Se dará cuenta de que estoy escribiendo todo esto para hacerle daño». Después volvió a escribir, con más cuidado.

Stoney tiene la piel de un tono más oscuro que la de Gil o la mía, y los ojos verdes. Un verde profundo y translúcido. No conocemos a nadie, tanto en su familia como en la mía, que haya tenido jamás unos ojos verdes como los suyos, pero los atribuimos a alguna hermosa metis de nuestro pasado cercano que nunca se fotografió. Dado que nació después de que nuestras diferencias empezaran, es posible que Gil sospeche, aunque nunca lo haya mencionado, que no es el padre de Stoney. Es cierto que nuestro hijo fue concebido en París, tal y como le conté. No fue concebido ni la semana posterior ni la semana anterior. Sin embargo, no tiene nada que ver con Gil. Ni la más mínima molécula. Me fue brindado por Nuestra Señora de Notre-Dame. Sus ojos verdes le llevarán de vuelta a París algún día, donde recorrerá las calles en un sueño conocido y se encontrará con otros ojos, los de un anciano de ojos verdes. Su padre.

Ninguno de los niños tiene el menor átomo en común con Gil.

–Lo que dijiste hoy fue tan terrible, tan doloroso; tenemos que hablar de ello –dijo Gil a Irene esa misma tarde.

–Lo sé –respondió Irene–, lo siento. Fue un comentario de muy mal gusto.

–Entonces, los niños son míos –dijo Gil.

–Oh, Gil –prosiguió Irene–. ¿Cómo pude decir algo así? ¿Qué me pasa?

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba a su marido, y de pronto recordó lo conmovido y encantado que estuvo en el nacimiento de cada uno de sus hijos, incluso y sobre todo en el de Stoney.

«Tal vez sea mejor que rompa esas páginas de mi diario», pensó.

Los ojos de Gil le escocían; tenía el corazón encogido como un puño en su pecho, un puño duro, peligroso y doloroso. Sin embargo, cuando observó a Irene, percibió esa fútil sensación de ansiedad. Estaban de pie en la entrada. Irene se disponía a salir. Por supuesto que iba a salir. Iba a hacer unos largos en la piscina, casi dos kilómetros. Era como si nadara hasta mar abierto.

Le habló con ternura, pero con una voz letal:

–No sabes lo mucho que te quiero, y ojalá no te quisiera tanto puesto que por lo visto tú no lo deseas, pero yo sí, y lo deseo tanto que una de mis persistentes fantasías es que cuando muramos, nos incineren a los dos juntos y se fundan nuestras cenizas en un mismo y hermoso jarrón, como el jarrón que compramos juntos en Venecia, ése que no nos podíamos permitir pero que compramos de todos modos, ¿te acuerdas?; tal vez ese mismo jarrón o algo sagrado, como el cuerno de un búfalo quizá, o que esparzan nuestras cenizas a la vez en un lugar especial como la cima de una montaña, quizá la que escalamos en Wyoming, ¿recuerdas?, en un lago en el Norte, tal vez, de modo que nuestras cenizas permanezcan unidas para toda la eternidad. Eso es lo que más deseo.

«No», pensó Irene, marchándose, «voy a dejar esas páginas tal y como las escribí».

Riel casi había terminado la lectura de los volúmenes de cartas. Releía cada página varias veces a medida que se aproximaba al final, y después volvía hacia atrás y otra vez hacia delante. No quería que los libros acabasen nunca. Pronunciaba los nombres de las personas cuyos retratos aparecían en las exposiciones de Catlin: Caminante Fiel, Pequeño Jefe Punzante, Trueno Fulminante, Nadador, Sopa, Fuego, Cabeza de Esturión, Salvia Silvestre, Pie Putrefacto, Medicina Azul, Sin Corazón, Viento Profundo, Visón, Uñas Largas, Vasija Rota, Menta, Doble Caminante, Brebaje Negro.

Después leyó cómo la viruela había llegado al pueblo mandan por culpa de un trampero que se detuvo en su poblado con un hombre enfermo a bordo de su embarcación. En el transcurso de dos meses, fallecieron casi todos los mandanes. Una vez contagiados, la mayoría moría en cuestión de horas. La mitad del resto se pegaba un tiro o se tiraba de cabeza desde los cien metros de altura de los salientes que rodeaban el poblado. Leyó que el poblado se había convertido en un aullido constante y que familias enteras fueron abandonadas a su suerte, destinadas a morir en sus chozas. Al final, leyó cómo Mahtotohpa, el más valiente de los guerreros, permaneció sentado en su tipi y fue testigo de la muerte de sus hijos y mujeres; sin embargo de algún modo sobrevivió y echó a andar por el poblado, llorando. Salió y se tumbó en los salientes, negándose a comer o a beber nada, hasta el noveno día en que se arrastró de vuelta hasta la choza de su familia y se cubrió con sus ropajes para dejarse morir.

Riel dejó el libro y se cubrió la cabeza con las mantas. Permaneció tumbada e inmóvil en la oscuridad, hasta que ya no pudo soportar más sus pensamientos. Entonces se levantó y fue a buscar a su madre. Recorrió toda la casa hasta que, desde el pie de la escalera que conducía al estudio de su padre, oyó a su madre que hablaba con él. Empezó a subir los peldaños, pero en cuanto se acercó y la voz de Irene se intensificó, percibió cierta intimidación y buen humor en su tono. Retrocedió escaleras abajo. Nunca se entrometía entre ellos cuando se reían juntos o hablaban muy animados, cuando parecían felices.

Riel regresó a su habitación y volvió a taparse la cabeza con su edredón. Pensó en la trágica lealtad de Mahtotohpa y llegó a una conclusión. En el caso de que ocurriera una catástrofe, tendría que hacerse cargo ella. Tendría que hallar la forma de salvar a su familia. Lo que había leído la convenció otra vez de que cualquier cosa podía suceder. A lo largo de la Historia, algo estaba claro: las cosas peores y más inimaginables terminaban haciéndose realidad.

A última hora de la tarde, Irene empezó a pensar en cómo Gil y ella habían hecho enfadar a la terapeuta. Toda la historia le resultó de lo más divertida.

Subió al estudio de Gil, esperó en la puerta y dijo poniendo voz de buena esposa:

–¿Estás seguro de que no puedo ser Corea del Sur?

Gil se volvió hacia ella riéndose.

–¡La cara que puso cuando dijiste que los padres de los niños eran tres hombres diferentes!

–No se están tomando esto en serio –imitó Irene–, ¡están mareando la perdiz!

–No podemos volver con ella.

–No, la hemos jodido. Somos unos pésimos pacientes.

–Estamos demasiado trastornados para ella.

–Simplemente no tenemos solución.

Se rieron juntos y se cogieron de la mano al bajar las escaleras. Gil se sentó en la cocina y juntos hojearon libros de recetas hasta que Irene se decidió por su plato favorito, que les gustaba a todos: un arroz mejicano con gambas al cilantro. Gil salió a comprar los ingredientes. Andaban mal de dinero, pero aun así Gil compró unos vinos caros, tres variedades distintas. Esa noche, después de que los niños se acostaran, subieron las botellas de vino, las copas y la cubitera a su estudio.

Gil quería enseñar a Irene el retrato, que había logrado mejorar. Después de la perturbadora sesión de terapia, había realizado unos cambios radicales. Tal vez ahora incluso fuese muy bueno. Sabía que ella le seguía la corriente pero no deseaba subir las escaleras. Una vez allí y acomodada en la vieja butaca de terciopelo, sin embargo, se suavizó y se tornó pensativa. Gil le mostró el cuadro, y notó por su gesto que le sobrecogía el ansia intolerable de su retrato, y quizás algo más. Una remanencia.

–Es una obra maestra –dijo al fin–. Uno de tus mejores retratos.

Colmado de pronto de alegría y felicidad, rellenó su copa con el aromático, frío y levemente dorado y rosado vino, y la observó mientras lo bebía. Irene sonrió. Gil se relajó y se permitió ser gracioso y sincero y tan sólo un poco distante, de modo que, cuando ella ya iba por su segunda copa, podía sentir cómo se inclinaba hacia él mientras alababa su trabajo. Irene empezó a hablar como solía hacerlo antes, coqueteando con él entre risas.

Finalmente se desnudó y permaneció ahí, sorbiendo el vino. Irene le pidió que pusiera las viejas cintas de música que solían escuchar cuando se conocieron. Gil las conservaba todavía: música del mundo, música indígena, música del desierto, música de la danza del ciervo, música huichol. Scriabin, Schubert y Bach. A Gil le gustaban Judy Garland y Etta James. Le gustaban Dan Seals y Dire Straits.

–Algunas músicas son desagradables –comentó Irene, como siempre hacía, pero para entonces ya estaba ebria.

Irene se recostó boca arriba con las rodillas dobladas y levemente inclinadas hacia un lado. Se quedó dormida. Su copa vacía cayó sobre la suntuosa manta verde oscura en cuanto sus dedos se relajaron. Gil ajustó las luces y siguió pintando. Al cabo de un rato, dejó los pinceles, se acercó a su mujer y, despacio, le separó las piernas. Irene cerró los muslos, luego suspiró y dejó que se abrieran sin resistencia. Gil retrocedió, enfocó las luces para iluminar de forma descarnada su entrepierna. La cara de Irene se sumergió en la sombra.

Gil siguió pintando mientras las ventanas pasaban del negro al azul oscuro. Mezclaba sus colores favoritos directamente en el cuadro. Cuando el alba tiñó las ventanas de un tono gris, limpió los pinceles minuciosamente, uno por uno. Bajó la tabla del caballete y la dejó en un rincón, cubriéndola con una pequeña tela protectora. Sacó una lata de zumo de tomate del frigorífico y se la bebió mientras contemplaba a Irene dormida. Una vez que terminó, sacó una botella de zumo de naranja, cuatro aspirinas y un vaso de agua. Los colocó en una bandeja y la depositó junto a Irene sin hacer ruido. Por último, desplegó una suave manta de algodón y la tapó. Irene se movió mientras dormía, se lamió los labios y frunció el ceño. Ahora Gil podía oír a los niños abajo y salió despacio para prepararles el desayuno.

Las temperaturas cayeron de golpe, uno de esos descensos de treinta grados que debilitan y estimulan a la vez el cuerpo. Irene dijo que se llevaría el coche porque era importante arrancar el motor cuando hacía un frío tan intenso. Gil pidió una cita en el taller para cambiar la batería del coche de Irene. Los termómetros marcaban treinta y siete grados bajo cero, pero no se habían suspendido las clases, e Irene salió con una hora de adelanto. Recogería a los niños cuando terminara de escribir en la pequeña sala del banco.

Llevaba su abrigo de plumas blanco, manoplas con forro polar, botas forradas con piel de oveja y una bufanda que le permitía respirar a través de ella. Las calles estaban vacías y flotaba en el aire una niebla de gases de combustión. Entró en el vestíbulo del banco, pasó delante de la máquina de cambio de monedas y se dirigió al fondo. No había clientes, y los pocos cajeros de turno conversaban en voz baja y se reían. Las escaleras estaban situadas en una pared curva y blanca con aspecto solemne; la mesa con su encargada se hallaba abajo. Janice saludó a Irene por su nombre, cogió su llave y se dirigió al armario situado detrás del escritorio para comprobar la llave.

–Va bien abrigada, ¿eh? –dijo mientras abría la caja fuerte. Eso era lo que decía todo el mundo.

–Hago lo que puedo –respondió Irene. Eso era lo que contestaba todo el mundo.

5 de diciembre de 2007

Cuaderno azul

Hace frío afuera, pero quiero sentir dolor, porque me duele. Demasiado vino anoche. Siento como si mi cara estuviera aplastada de forma descarnada contra los huesos de mi rostro. Las espinas de un pez. Tal vez si convengo a Gil de que no es el padre de nuestros hijos, nos deje marchar. Nos deje salir por la puerta de casa sin más.

Había dos sofás en la sala de estar, uno apenas detrás del otro. Florian observaba a su padre mientras éste veía la televisión. Le había dicho que se trataba de una noche en familia, y por lo tanto tenía prohibido quedarse solo en su habitación delante del ordenador. Así que se sentó junto a Riel. Pero ninguno de los dos miraba la televisión, sino que observaban a su padre riéndose, comiendo palomitas y bebiendo vino. De vez en cuando, Gil dejaba de hacer estas cosas y preguntaba a Stoney, sentado muy rígido a su lado:

–¿Dónde está tu madre?

Iba a empezar una película y quería que Irene viese el principio. Había un hueco en el sofá para ella, y una copa vacía colocada junto a una botella parda rojiza que fue tomando poco a poco un aspecto mate y perlado, mientras aguardaba ahí.

El coche de Irene se detuvo detrás de la casa; sonó un portazo. Gil ordenó a Stoney que corriera a decirle dónde estaban.

Stoney, a quien le gustaba hacer recados, salió enseguida. Gil miró la pantalla con expectación y dijo:

–Ya empieza.

Florian y Riel se acomodaron en el sofá de atrás con los brazos cruzados. Ahora Riel observaba a Florian que miraba a su padre en vez de la pantalla. Riel tocó el brazo de Florian cuando su madre entró en la habitación, brillando de frío.

–Mira –dijo Florian despacio–, se acerca al radio de Schwarzschild.

Había explicado esa teoría a Riel la víspera, así que ella sabía que el radio de Schwarzschild era el punto imaginario en que la luz desprendida por un cuerpo perdía cada vez más energía mientras luchaba por escapar de la fuerza de gravedad de un agujero negro.

El gesto de su madre se volvió tenso a la vez que intentaba salir de la habitación, y luego frágil y amable cuando se percató de que no tenía más elección que sentarse al lado de su marido. Le llenó la copa de vino y su piel transfirió su luminosa energía a lo que estaba bebiendo.

–Ha caído dentro del radio –susurró Florian a Riel.

Riel también recordaba que Florian había descrito esa proximidad como la distancia, o punto de no retorno, desde la que nada, ni siquiera una sombra, puede regresar.

La bolsa de deporte Barbie resultaba claramente inadecuada. Riel había dado la lata a Florian para que sacara de la biblioteca del instituto un manual de supervivencia y, al final, éste lo había hecho: un libro rojo titulado *Prepárate para una catástrofe*.

–Acuérdate –dijo Florian mientras lo lanzaba a Riel.

Ella le había explicado que le incluiría en su plan de huida, lo cual sabía que complicaría todo mucho más. Era como empezar de cero. Ahora que tenía una guía profesional, se dio cuenta de que su plan tenía muchos fallos. Habría muerto de hambre en menos de un mes y se habría enfrentado a una terrible decisión: comerse a los perros o dejarse comer por ellos. Tanto los animales como ella habrían vuelto a un estado salvaje y se habrían disuelto los tabúes normales de conducta entre las especies. Los mandanes habían devorado a sus perros, pero Riel sabía que aquello le superaba. Sabía que se dejaría comer por ellos. De ese modo, devolvería su cuerpo a la naturaleza respetuosamente. Era mejor no tener que tomar esa decisión.

Leyó acerca de un posible ataque con bombas radiológicas, donde resultaría letal aventurarse fuera. Si la supervivencia implicaba una máscara de gas, entonces estaba claro que estaba condenada, así como prácticamente el resto de la población. Sin embargo, si se trataba de sobrevivir a la radiación, su revisado plan consistía en encerrarse herméticamente, no sólo con Florian, sino también con toda la familia, y los perros por supuesto, en el sótano de la casa. No tardaría en convertirse en un infierno. Aun así, ella lo haría lo mejor que pudiera. Riel sabía que su madre había acumulado durante un año los envases de plástico para salsas del restaurante de comida china a domicilio favorito de la familia, y los guardó en secreto en un rincón del cuarto junto con varios rollos de papel higiénico. Eso ayudaría. También necesitaba toallitas húmedas, agua y comida. Lo del agua resultaba sencillo. Riel cogió los bidones de leche de cuatro litros del cubo de reciclaje. Los rellenoó de agua, los bajó al sótano y los cubrió con una manta. Ahora que había decidido salvar a toda su familia, le parecía que iba a necesitar una cantidad infinita de agua. Era un trabajo a largo plazo. En cuanto a los alimentos, hurtaba como una ardilla. Hizo acopio de bolsas de nueces y cereales, alimentos de alto valor energético, tal y como recomendaban en el manual, las bajó al sótano y las guardó en un envase de plástico para

panecillos. Se prometió a sí misma que haría algo cada día, para asegurar así el bienestar de su familia cuando llegara el día del Juicio Final.

A medida que el armario fuera convirtiéndose en un almacén de supervivencia, Riel pensaba que se sentiría mejor, pero ocurrió todo lo contrario. Soñó con oleadas de inundaciones, tanques del tamaño de las casas, helicópteros negros escupiendo fuego, y, lo peor de todo, la hidrofobia. Soñó que todos los perros del mundo enloquecían y despedazaban a sus dueños. Cuando despertó, tenía la cara empapada en lágrimas y no podía respirar. Cada enajenado animal de su sueño tenía una marca roja en la oreja. Riel se dirigió rápidamente a los perros y examinó sus orejas. Cuando comprobó que no tenían señal alguna, hundió el rostro en su pelaje seco e invernal. Su cálido y fétido aliento fluyó sobre ella y la reconfortó, y pensó que más le valdría potenciar esa fortaleza mental que describía el autor en el manual. «Respira desde las entrañas», se aconsejó.

Irene entró en el estudio de Louise y se sentó en el sofá de terciopelo morado. La tapicería estaba desgastada y brillaba en algunas zonas, y olía al enorme galgo roano de Louise, rescatado de la perrera. Un olor salado e íntimo. El techo consistía en un cielo del siglo diecisiete rodeado de orondos y mimados querubines sujetando guirnaldas doradas. Había docenas de relucientes lienzos, a medio acabar o ya terminados. El galgo yacía elegantemente a los pies de Louise. Simplemente, Irene se había acercado en el coche y había entrado sin avisar.

No dijo nada, sólo miró a Louise.

–No has contestado a mis llamadas –dijo Louise.

Irene llevaba el pañuelo de gasa que Louise le había regalado por su cumpleaños.

–Mira –empezó Louise–, me llamó y me contó lo de la fiesta después de que pintara el techo de la habitación de Stoney. Formaba parte del plan, su proyecto de los deseos del corazón, lo llamaba. Más tarde, me pidió que me asegurara de que no volvieses a casa hasta que la fiesta estuviera montada. Había algo raro. Quería que te siguiera y averiguara dónde habías estado durante todo el día.

El rostro de Irene echaba fuego.

–Lo siento. Pensé que buscaría a otra persona para seguirte así que me pareció mejor hacerlo yo, porque fuese lo que fuese lo que estuvieras haciendo, y no es que hicieras nada, pero vamos a ver.... quién sabe, en fin. Yo no se lo iba a contar. Eres mi hermana.

Irene escrutó la cara de Louise.

–¿Le contaste que eres mi hermana?

–No.

El rostro de Irene se relajó. Respiró hondo.

–Voy a dejarle.

Louise bajó la mirada. El afilado hocico del perro se deslizó en su mano.

–No sé cómo hacerlo.

–Entonces necesitas un abogado.

Irene asintió con la cabeza y le entraron ganas de vomitar. Se dejó caer sobre un costado y se desplomó hundiendo la cabeza en su regazo.

Louise se sentó y la abrazó.

–¿Te apetece un poco de agua? ¿De té?

–Necesito vino tinto.

–Es temprano.

Louise abrazó a Irene con más fuerza y el perro se puso a dar vueltas alrededor de las dos mujeres en el sofá. Luego se detuvo y se apoyó en Louise. Irene puso la mano en la frente del perro. La idea de un vaso lleno de un intenso y aromático vino de borgoña, reconstituyente, sólo se desvaneció un poco.

«Puedo tomármelo más tarde», pensó Irene. Se incorporó.

–Si me pasara algo, ¿cuidarías de mis hijos?

–¡Cállate! La gente se divorcia constantemente.

–¿Louise?

–De acuerdo. Díselo al abogado.

Irene asintió. No podía decirlo, pero sabía que estaba destruyendo un mundo. Una pequeña cultura. La manera conocida y segura de comportarse dentro de la familia. Todos los rituales, equivocados o enfermizos, no importaba, buenos o malos, no servirían de nada. Todas las estrategias. Conocían las traiciones familiares, pero ahora se verían expuestos a nuevos peligros.

–La gente lo hace constantemente –le dijo a Louise–. Yo no sé cómo. Ni siquiera sé por dónde empezar.

–Por el abogado, ¿recuerdas?

–Ah, sí.

–Y otra cosa, Irene. Tienes que dejar la bebida.

Irene asintió.

–Me lo pensaré –respondió con cautela.

Durante tres noches, Irene se mantuvo sobria. Cada vez que deseaba tomarse una copa, se servía un vaso de agua. «Nunca he hecho tanto pis en toda mi vida», reflexionó mirándose al espejo en el cuarto de baño. «Ni siquiera sabía

que fuera posible.» Bajó las escaleras. Se sirvió otro vaso de agua. Esperó a que Gil leyera el diario y reaccionara. Pero cada noche, lo único que hacía era quedarse dormido en el sofá junto a la magnífica chimenea, delante del televisor sintonizado eternamente en la CNN. Cuando parecía a punto de cabecear, Irene salía a la calle con los niños muy abrigados, y paseaban los perros bajo el frío. A su regreso, contemplaban a su padre desde el otro lado de la ventana. Le miraban con cariño, como si fuera un animal del zoo. Una fiera peligrosa, adorable mientras duerme. Un animal cuya piel invita a la caricia, pero capaz de devorarlos al menor roce.

Pasaron delante de él sigilosamente cuando hizo demasiado frío como para permanecer afuera. Durmieron acurrucados junto a su madre, todos juntos, en la planta de arriba, sobre las gruesas y mullidas alfombras.

La obra de George Catlin no gustó en Estados Unidos, de modo que empaquetó toda su colección y la envió en barco rumbo a Londres, donde la exhibiría y daría conferencias. Dejó a su familia atrás a regañadientes, pero se llevó consigo un extraño trofeo. A bordo del navío una jaula contenía dos osos pardos que había atrapado cuando, tal y como lo expresaba, «no medían más que mi pie». Ahora los cachorros habían alcanzado casi el tamaño adulto. Pensaba exponerlos también.

Los dos osos pardos, cuyo territorio normalmente abarca cientos de kilómetros y que son sin duda los seres más poderosos de la tierra, se vieron confinados, en el puente de un buque de vela, a una jaula de hierro del tamaño de un diminuto dormitorio. Si los osos no habían enloquecido antes de embarcar, la travesía sin duda terminó de trastornarlos del todo. Durante una tormenta, el sufrimiento y el terror de los animales fueron tales que parecían a punto de destrozarse la mismísima embarcación. Embestían la jaula de un lado a otro y mordían los barrotes hasta que se les partieron los dientes. En un día de mar calma, uno consiguió arrancarle la nariz a un marinero de un certero zarpazo. La situación incluso empeoró en Londres para los osos, pues estaban rodeados constantemente de una multitud que les arrojaba piedras para oírlos gruñir y rugir. Catlin escribió acerca de su agonía con delectación, incluso con un amago de sarcasmo, al sostener que los osos le debían «cuatro años de manutención», además de alguna remuneración por todos los lugares que habían tenido el privilegio de visitar durante sus viajes. Al final, con aguda perspicacia, apuntó que a causa «de la constante muchedumbre a su alrededor, que les causaba la mayor repugnancia, parecían languidecer día tras día hasta que uno de ellos murió de profundo asco... El otro, con parecidos síntomas, a

los que quizá deberían añadirse la soledad y la desesperación, le siguió a los pocos meses».

Irene había anotado sus reflexiones sobre ese incidente en las fichas de cartón. Los osos habían muerto de asco de tanto ser contemplados. Cuanto más pensaba Irene en ello, más sentido tenía su muerte. Le resultaba entendible. La gente parecía haberse olvidado de lo terrible que era ser observado, y después elucubró que, al entregar su imagen, al exponerse para que la mirasen una y otra vez, de algún modo se estaba matando de asco. Apuntó esa reflexión en una ficha, pero acto seguido la rompió. «Tres días es mucho tiempo», escribió en otra ficha. «El tiempo suficiente. He demostrado que no necesito beber.»

En cuanto se sirvió la copa de vino que tanto había ansiado, la tensión por demostrarse algo a sí misma se disipó. Animada, relajada y aliviada, Irene se llevó la botella y un sándwich a su despacho. Era el final de la tarde y un momento perfectamente apropiado. Más tarde, podría tomarse un vaso de whisky con Gil y más vino con la cena, y seguiría siendo totalmente apropiado. Mientras sorbía el vino, podía escribir, algo que resultaba habitual: escribir con una copa de vino al lado. Hoy no tenía que ir a recoger a nadie. Le invadió una liviana y casi triste felicidad. Había colgado colchas en las paredes blancas y el diseño y los colores de los tejidos la tranquilizaron. Tenía una colcha de percal con estrellas, otra con rosas de Siria de Tennessee, un edredón demencial, y otra con un diseño de garras de oso. Los contempló todos con ternura. Sentía el mismo apego por su despacho que un animal por su cueva. Dio un mordisquito al sándwich.

Oyó el borbotear del agua en las tuberías cuando el lavaplatos terminó el ciclo de lavado. El chasquido de las garras de los perros por el suelo de tarima, mientras se acercaban a las ventanas para vigilar a los transeúntes, resonó en la planta de arriba. Los animales escrutaban a quienes entraban en su territorio y, o bien ladraban como advertencia, o bien decidían que no había peligro. La casa estaba rodeada de robles, y a veces el apagado y sordo rugido del viento reverberaba entre las raíces. Irene podía oír el ahogado flujo de energía detrás de los bloques de piedra caliza de los cimientos. De pronto, bajo la dulce influencia del alcohol, pudo sentir su ciego poder. Notó cómo se deslizaba en ella a hurtadillas. La habían estado buscando en secreto. Abrió el diario y siguió escribiendo.

10 de diciembre de 2007

Diario rojo

Es difícil distinguir el amor de la simetría. Gil era un artista y a mí me gustaba el arte. Escuchaba. Asistí a la inauguración de una exposición de Gil: toda una hazaña. Conseguí una invitación con artimañas. Mentí y le dije que era modelo para artistas. Él también mintió y me dijo que necesitaba contratar a una modelo. Observé sus cuadros, todos paisajes, y le sonreí. Gil añadió que me pagaría. Yo necesitaba el dinero.

Empecé a posar para él en el estudio que tenía en un almacén. Al principio, estaba intimidada, pero la forma en que sus ojos me escrutaban y la calidad de su atención tenían una naturaleza neutra y sexual a la vez. A veces, se acercaba mucho a mí, estudiaba mi cabello, mi piel y mis pezones. Pero no me tocaba. Escuchábamos música mientras pintaba. Le gustaba la compleja música de sitar –música de los indios con el punto en la frente, la llamábamos–, aunque a ambos también nos gustaba nuestra música de indios con plumas: nos gustaban Northern Cree, Carlos Nakai y Black Lodge.

Continué posando para él y cobrando un dinero que me permitió seguir estudiando y licenciarme en Historia. Quería ser historiadora porque reconozco pautas. La simetría es muy poderosa en mí. Al final resultó que Gil también necesitaba simetría. Nos enganchamos el uno al otro porque nos parecíamos. Teníamos cierta semejanza. Se parecía a mí. Más simetría entre los dos: ambos nos habíamos criado con una madre soltera. Ambos apenas conocíamos a nuestro padre. Ambos éramos mestizos, indios, incluso teníamos sangre cree y chippewa en común. Ambos queríamos tener hijos. Ambos discutíamos, leíamos. Ambos bebíamos. La primera vez que mantuvimos relaciones sexuales, estábamos borrachos. La primera vez que hicimos el amor sin estar ebrios, resultó tan sorprendente, tan conmovedor, tan íntimo, que nos enamoramos enseguida. Ambos teníamos un tabú con la conciencia de nosotros mismos. Resultaba igual de intimidante para ambos.

La idea de simetría era tan poderosa que durante muchos años no me percaté de que el diseño se había combado. Intenté mantener viva nuestra historia de amor pensando en cosas simétricas que hacer: cosas que habíamos hecho al principio.

Procuré que volviésemos a hacer todas esas cosas otra vez. *Picnics*. Nacimientos. La gente siempre utiliza viejas figuras retóricas para intentar seguir enamorada. Habíamos viajado a París en nuestro primer año juntos. De modo que París nos convocó otra vez. Con un dedo ágil y retorcido desde el otro lado del Atlántico.

El vestíbulo del hotel mostraba en el techo unas vigas negras separadas elegantemente por capas de yeso. A la vista se encontraba la entrada de un sótano de piedra que había pertenecido antaño a un monasterio. Nuestro hotel tenía la categoría de lujo, pero nuestra habitación era un cuchitril con sucios brocados bajo otras carcomidas y rotundas vigas, que parecían estar cada día más combadas.

Era el año 2000. Florian tenía seis años y Riel cuatro. Yo deseaba tener otro hijo porque eso es lo que hacen las parejas cuando no saben que se están desenamorando. A veces, aquello les vuelve a unir, e ignoran que habían estado en peligro. Quería amar a Gil y tenía la confusa idea de que volvería a enamorarme de él al amar a su hijo. Sin embargo, Gil no deseaba tener otro hijo con quien competir, y sospeché que había dejado de tomar anticonceptivos. Me evitaba. Ni me tocaba. ¡En París! Yo esperaba que la magia de la ciudad venciera su resistencia. La gente espera mucho de París.

Catlin perdió a su mujer y a su hijo allí. Numerosos indios están enterrados en París. Es difícil para París contentar a todo el mundo.

Una tarde, rechacé una invitación para tomar una copa con el marchante de arte de Gil. Estaba cansada de tanto andar. Necesitaba quejarme. Pensaba pedir a Nuestra Señora de Notre-Dame una erección para mi marido. Al fin y al cabo, la catedral se levanta en el emplazamiento del antiguo templo de Júpiter, y lo mismo venía ocurriendo en ese preciso lugar desde hacía uno o dos milenios. Sólo cambiaban las velas y los penes. Los corazones de las mujeres eran los mismos.

Había mucha gente, como siempre. Introduje las monedas en la pequeña caja de latón. Encendí una vela con la llama de un cirio y me senté en un pequeño banco de madera a los pies de María. No era la talla original, la cual había sido destruida durante la Revolución francesa. Esta Virgen era un tanto insípida. Aun así, recé al mismísimo edificio, que parecía haber brotado de la tierra con un inmenso poder. Me había acercado a pie desde la isla de Saint Louis y la vista trasera resultaba a la vez hermosa y grotesca, extrañamente sexual, abierta de piernas y apoyada en sus contrafuertes como una pareja de seres de otra galaxia dispuesta a copular.

Me santigué y me marché. Mientras salía, me crucé con un hombre arrodillado en el fondo de la iglesia, un

hombre algo mayor que yo, y posiblemente ebrio. Estaba sin afeitarse y parecía que había estado llorando. Se levantó y me siguió fuera de la catedral, y luego detrás del templo, por la isla –un antiguo prado para ganado convertido ahora en uno de los suelos más exclusivos del mundo–, hasta un café llamado Le Flore en l'Île, situado al otro lado del diminuto puente e iluminado con una suave luz dorada.

Entré en el café, me senté junto a la ventana y pedí a un energético camarero. El hombre de la catedral se sentó a una mesa de distancia. El camarero regresó rápidamente con mi café y vertió una cantidad precisa de leche caliente y espumosa en mi taza. Se giró con ademán militar hacia el hombre de la catedral, que me miraba fijamente con turbadores ojos. Cuando miré hacia él, me señaló la silla vacía, encajada junto a mi pequeña mesa. El camarero se detuvo entre nosotros y agitó la silla, preguntándome con la mirada si debía quitar esa silla y así frustrar sus planes. Miré de nuevo al hombre de la catedral y permanecí inmóvil. El camarero se encogió de hombros y quitó la mano de la silla. Asintió cuando el hombre pidió su consumición con voz baja y rasposa. Después, el camarero nos dejó, y el hombre de la catedral se acercó y se sentó.

«Esto es espantoso», pensó Irene. Dejó el bolígrafo y el diario. Ya no quedaba apenas vino. «Estoy disfrutando demasiado inventándome a este hombre, a este tipo de hombre romántico y de vuelta de todo. Me olvidé de las seductoras arrugas de cansancio en sus ojos. Tendré que añadir las en la próxima entrada del diario.»

Guardó el diario rojo en su escondrijo y subió las escaleras. Esa noche le tocaba cocinar a ella y preparó una crema de lentejas con nata, ajo y nuez moscada. Había pan, una ensalada de lechuga romana con pequeños picatostes de pan integral de centeno, arándanos secos y queso de cabra. Siguió bebiendo y se fue animando. Nada parecía afectarla. Todo el mundo cenó en paz, y la velada prosiguió como cualquier noche en una familia normal. Los niños cumplieron con el perfecto trío fregar/deberes/cama, y Gil se quedó enganchado a algún debate político en las noticias.

Irene no podía dejar de pensar en el hombre imaginario que la había seguido hasta ese café en París. No podía evitar que frases, locuciones y descripciones le vinieran a la cabeza. En lugar de leer para que le entrara sueño, bajó sigilosamente al sótano y siguió escribiendo.

El hombre se levantó de su silla y se tambaleó hasta sentarse frente a mí. A decir verdad, era un hombre poco llamativo, hasta que vi sus ojos. Después de verlos, me fijé en todo lo demás, como hacía la mayoría de las mujeres, supongo. Ojos como los suyos son una especie de maldición para un hombre, creo yo. Es difícil pasar de largo ante una mirada como ésta. Sería bonito poseerla, al principio, como ser inmensamente rico, pero la vida puede acabar mal si no se aprende a controlar sus peores pulsiones. Se puede morir de gula y drogas. Se puede morir de sexo. Las cosas pueden parecer fáciles, pero no lo son. Tenía la sensación de que este hombre se encontraba al otro lado de haber padecido alguna de estas premisas. Sin embargo no estaba borracho, o al menos ya no lo estaba, y, a pesar de tener ese caminar un tanto torpe y tambaleante, mostraba un porte lúcido y digno. Sólo parecía sentir curiosidad por mí, en cuanto se sentó. Hablaba inglés y me dijo que yo tenía aspecto de ser americana. Me preguntó si me gustaba París. Le respondí que me gustaba y me preguntó por qué había ido a Notre-Dame. Le conté la verdad, que había ido a rezar para tener un hijo. Después, le pregunté por qué había ido él a la catedral. Antes de responderme, el camarero trajo su café y el hombre removió el azúcar en la taza y bebió un sorbo. Pensé que iba a contarme una mentira o decirme algo ridículo. Pero me dijo que había dejado

de creer en Dios cuando era adolescente, y que eso no había cambiado desde entonces. Hasta que inesperadamente, hacía un mes, su hermano mayor había muerto en un accidente de coche y, desde ese día, no podía dormir. Si lograba alguna vez quedarse dormido, me contó, siempre le despertaba su hermano, que había sido sacerdote. Dijo que esas visitas le trastornaban, porque su hermano había fallecido sin confesarse. Ahora que estaba muerto, el hermano quería confesar sus pecados. Todas las noches, le hablaba con todo lujo de detalles de los pecados que había cometido siendo sacerdote.

El hombre levantó la mano como si supiera lo que estaba pensando. Siguió hablando.

–Me apresuro a precisar que esos pecados son de lo más aburrido, pecados menores, pecadillos veniales, el tipo de cosas que a mí, por ejemplo, no me quitaría el sueño. Mi hermano siempre había sido el más sensible de los dos, pero esos pecados, ¡vaya!

Me sonrió, mientras se frotaba la cara.

–Yo quiero decirle: «¡Hermano! Si tenías que pecar, ¿por qué no pecaste de verdad? ¿Por qué no cometiste algún pecado digno de ser confesado? Ahora en tu vida eterna te consumen trivialidades. Ojalá te arrepintieras de una tórrida pasión. ¡Quizá por algo así valdría la pena quedarse despierto!».

»En fin –dijo el hombre encogiéndose de hombros–, mi hermano seguramente conseguirá poner fin a esta situación. Esto no puede seguir así para siempre. Algún día lograré dormir. Fui allí para rezar. Aunque no crea en Dios, soy supersticioso. He pedido para que mi hermano sea absuelto de sus pecados y así pueda yo descansar.

–Es una petición inusual –dije.

–La suya no tanto –repuso con voz suave.

Dije que me había percatado de ello mientras rezaba. Le pregunté si tenía hijos.

–Una hija. Pero su madre y yo... –hizo un gesto como si partiera un palo en dos–. Pero seguimos sintiendo cariño el uno por el otro. Y mi hija, una alegría. Usted tiene...

Hizo una pausa.

–Tengo marido. Ha salido con unos amigos –agitó la mano hacia el río. Tenía un nudo en la garganta–. Tengo que irme.

–¿Puedo caminar con usted? Vivo en esa dirección.

Saqué dinero del monedero, pero me cerró la mano sobre las monedas y dejó la suya sobre la mesa.

–Es usted muy guapa –dijo mirándome sin tapujos.

Estaba lo suficientemente cerca de él como para percibir su olor, un aroma oscuro y animal.

Un simple estudio, con amplios ventanales y una mesa desgastada, una diminuta cocina de azulejos azules y blancos. Las pequeñas lámparas junto a la cama tenían pantallas de color rosa. Había toques femeninos, pero ni rastro de mujer alguna. Un gran equipo de música y estanterías de cedés y más cedés esparcidos por las alfombras y el sofá de cuero. Los apiló para hacer sitio y que nos pudiéramos tumbar juntos; después la pila se desmoronó por el suelo y se echó a reír. Había varios ordenadores junto a una pared. Carteles y programas se amontonaban o apoyaban en las sillas. Era crítico musical, seguramente. O simplemente un melómano. Se sentó desnudo en una silla de la cocina. Balanceamos la silla por todo el resbaladizo suelo hasta toparnos con el fregadero. Nos adosamos contra la puerta del armario y nos acostamos en el sofá. También había pilas de libros. Libros de arte. Un libro con reproducciones de Bonnard. Cuando contemplé los cuadros de Bonnard al día siguiente en el Centro Pompidou, creo que lloré. Recuerdo una vieja y profunda bañera. Después, me abrazó durante una hora y memoricé cada detalle de la habitación. Las siluetas azules y apagadas de pájaros de las cortinas. Revistas debajo de una pata de la mesa para nivelarla. El suave tono crema de la manta. Un espejo que devolvía a la calle el reflejo de las luces del semáforo. Sabía que algún día lo anotaría todo. Nos levantamos. Nos vestimos. Y me marché. No apunté su número de teléfono. Tampoco le besé antes de salir. A veces, cuando miro a Stoney, desearía haberle besado. Ojalá pudiera darle las gracias.

En el taxi, ya de vuelta de su apartamento, me sentí horrorizada, desconcertada y en paz. Como a un bebé, me hizo bien destrozarlo. No pensé en ello como simetría o amor. En mi cabeza retumbaba un zumbido que me hacía levitar. Pero en cuanto regresé a la habitación, allí estaba Gil, preocupado, a pesar de la nota que le había dejado. El aire flotaba ahora enrarecido.

Le expliqué sencillamente que había ido a Notre-Dame para encender unas velas y rezar para tener otro hijo. Le conté esto sonriendo, y pude advertir que Gil estaba conmovido por el aspecto romántico de la historia. Me di cuenta de que también yo le daba lástima al mostrar mi ansia sin tapujos. Puso su mano en mi hombro con un gesto fraternal, y luego se inclinó hacia mí. Apretó la mano y me acercó hacia él. Me besó, me rodeó y me llevó en brazos hasta la cama. Se excitó tan repentinamente que me dejó desconcertada. Yo no había hecho nada. Quizá fuese toda esa formación católica, pensé, y casi me eché a reír. ¡El poder de Notre-Dame! Pero enseguida comprendí que era el olor del hombre de ojos verdes lo que había provocado la reacción de mi marido: el aroma a sexo le había excitado. Eso fue lo que hizo Gil para desenamorarme. Ocurrió la noche en que Stoney fue encargado, en que fue concebido, y no la noche en que nació. Ése fue el principio. Alejé a Gil de mí. Una inmensa soledad me invadía desde entonces cada vez que Gil me tocaba.

Irene dejó el diario. Le dolían los hombros y las caderas. Le picaban los ojos de sueño y el cuero cabelludo le tiraba dolorosamente como un opresivo gorro. Lo escondió, y casi había alcanzado la planta baja cuando recordó que, incluso mientras escribía, había pensado en arrancar las hojas. «Pero ¿por qué habría de hacerlo?» Adormilada, siguió subiendo las escaleras con la mano apoyada en la suave y curva barandilla de madera de cerezo. «Gil me deseaba en relación con el deseo de otro hombre. Ni siquiera él lo sabía, pero era la verdad. Por eso exageraba mi sexualidad en los cuadros. Por esa razón provocaba al espectador con mi imagen. Era competitivo. Necesitaba poseer lo que otro hombre deseaba, lo cual es algo bastante común en los hombres. Pero, claro, eso me dejaba a mí totalmente fuera de juego.» Le golpeó un recuerdo cuando entró en la oscuridad aterciopelada del dormitorio. Una *performance* que había visto. Un pequeño y vanguardista teatro de Minneapolis mostró una vez la insólita escena de una violación en *Rashomon*. Había un espejo tendido en el suelo. Un hombre se desplomaba violentamente sobre el espejo y follaba su propio reflejo. La víctima le observaba entre las sombras.

Yo no era ninguna víctima, por supuesto; era pasiva. Y vanidosa. Pero después Gil caía sobre el espejo y hacía el amor con su propia imagen todos los días, todas las noches: la imagen que había creado de una mujer deseada por otros hombres. «No debería ser esa mujer», escribió Irene al día siguiente, con una tremenda resaca. «Me decepciono a mí misma.»

Gil permaneció de pie en la sólida y elegante casa, y miró por la ventana a las copas de los robles. No quería bajar al sótano; no quería leer el diario de su mujer; no quería ser un hombre airado ni suplicarle que lo amara. Quería seguir trabajando en el retrato de Irene, que iba mejorando paulatinamente con todos los disgustos que ella le había infligido. Al final todos daban sus frutos. Éste

también lo haría. Pero en algún momento tendría que leer el diario para averiguar si hablaba en serio cuando mencionó a los diferentes padres de los niños. Era demasiado escandaloso. Absurdo. Demasiado retorcido. Aun así, le producía cierta satisfacción recordar cómo había alterado a la terapeuta.

Irene llamó desde el pie de la escalera. Había cambiado de idea acerca de las fiestas, al parecer. Aquella noche salían. Tenían que arreglarse. Gil le dijo que ya bajaba, y esperó a oír el rumor del agua llenando la bañera. Sus eternos, gratificantes y exasperantes baños.

Mientras Irene se entregaba al placer del baño, Gil bajó al sótano y sacó rápidamente el diario de su escondrijo. En cuanto leyó las primeras líneas, una sensación de terror se apoderó de él. Vio adónde le conducía aquello. Leyó por encima acerca de los dos primeros hombres, y después la letra se serenó y él estuvo con ella, y con ese hombre en el café. Podía verlos. Podía verlo todo. Cuando se detuvo, hundió los dedos en su cara con tal fuerza que se hizo sangre. Soltó el diario y volvió escaleras arriba. A mitad del recorrido, se derrumbó y tuvo que aferrarse a la barandilla. Se obligó a tomar y soltar aire, pero el corazón se le seguía saliendo del pecho como si le estuvieran sometiendo a una tortura invisible.

–¿Qué ocurre? –preguntó Irene desde lo alto de la escalera–. ¿Estás bien?

–Estoy bien –respondió Gil–. Me voy a sentar aquí un momento. Para recobrar el aliento.

Irene volvió al cuarto de baño y se puso delante del espejo para maquillarse. Su base de maquillaje se llamaba Latte Love. La extendió suavemente por los círculos morados debajo de los ojos. Aplicó un poco de color en los párpados, luego dibujó unas líneas a lo largo de sus pestañas con un delineador compacto. Sólo puso una fina capa de máscara en las pestañas y las cejas. Extendió una mancha de brillo de labios de color ciruela en la boca. Lo secó con un pañuelo de papel. Al final optó por un perfume de la hilera de frascos que Gil le había regalado, una fragancia que no era florida, sino amarga, como alguna exótica y silvestre maleza.

–¿Estás listo? –preguntó Irene alzando la voz.

Gil se hallaba ahora en el cuarto de baño de la planta baja.

–No.

Diez minutos más tarde, Irene llamaba a la puerta del cuarto de baño.

–Llegaremos tarde.

–Me he cortado al afeitarme –dijo Gil.

Se sentó junto a Stoney a leerle un cuento, hasta que Gil por fin estuvo listo.

Gil le sostenía el abrigo cuando ella bajó las escaleras. La canguro jugaba a las cartas con Riel, pero lo dejó y se fue arriba para continuar con la lectura del

cuento. Irene echó un vistazo a Gil y algo en su agotada capitulación la afligió y conmovió. Habló con voz animada.

–Voy a estar con el hombre más guapo de toda la fiesta.

Riel, que había estado esperando a que su padre pronunciara esas mismas palabras, miró a su madre con extrañeza y se marchó arriba. Gil se colocó detrás de Irene y le sujetó el abrigo abierto. Sabía que tenía el aspecto de un hombre al que acababan de golpear a muerte en las entrañas, o de la víctima de algún virus que llevaba vomitando varios días. Tenía el aspecto de un desconsolado idiota, un atormentado idiota: un marido.

Sonó un portazo. Sus padres se habían marchado. Arrebujada junto a Stoney en su cama, la canguro le leía *El crepúsculo del abuelo* una y otra vez.

–¿Cuántas veces puede dar el abuelo esa perla al mar? –preguntó Riel.

Florian y Riel se pusieron a jugar a *Halo 3* en el Xbox secreto que Florian había heredado de un niño rico del colegio. La consola se había caído y ya le resultaba imposible corregir el anillo rojo de la muerte.

–El abuelo dará esa perla al mar eternamente –respondió Florian–. O hasta que Quark Encantado se duerma –Florian apuntó al espartano de Riel con la pistola láser y lo eliminó–. Ya me perteneces del todo –sentenció–. Lo dejamos.

Florian y Riel bajaron a la cocina. Florian abrió el armario bajo donde Gil guardaba las botellas de vino, bien ordenadas en las onduladas baldas. Florian sacó una botella.

–Côtes du Rhone. La que sea.

–¿Crees que se darán cuenta? –preguntó Riel.

Florian levantó los ojos hacia ella y cogió un sacacorchos del cajón.

–Subamos a la azotea.

Cogieron sus abrigos, gorros, manoplas y una manta, y cruzaron el pasillo. La voz de la canguro retumbaba, monótona y suave. Tenía dieciocho años. Pasaría el resto de la noche recogiendo un poco y, después, haciendo un trabajo para la universidad en su ordenador portátil, en la planta baja. Florian y Riel atravesaron el estudio de Gil hasta la escalera que conducía al tejado. La trampilla estaba dura. Florian metió la botella dentro de sus vaqueros, y juntos consiguieron levantar la trampilla. Salieron fuera y cruzaron la azotea de brea hasta el montículo formado por las chimeneas de ladrillo, donde extendieron la manta. La noche era gélida y el viento cortante. Florian descorchó la botella y cada uno bebió un sorbo. A continuación, Florian sacó un porro y dio dos profundas caladas. Riel aspiró una pequeña. Dominando el tejado, más allá de las tres alturas de la casa, los robles se retorcían y crujían. La parte trasera de la

casa daba al cruce de la ³⁹⁴ con la ⁹⁴, al Jardín de Esculturas, la basílica y, más allá, a la recia ciudad que centelleaba incansable.

–Cuéntame otra vez qué es la luz.

–La luz es algo extraño –contestó Florian–. No tiene nada, no tiene masa y sin embargo la gravedad la dobla. Se comporta como una ola. Como una partícula. Entender las dos cosas como una sola es humanamente imposible. Así que no pienses que eres la única. La luz percute en algo sólido, no lo atraviesa. La luz es energía. ¿Crees que mamá y papá se van a divorciar?

–No lo sé –respondió Riel–. Tal vez.

–Yo creo que sí. Creo que se odian. Pero mamá es la luz. Papá es una estrella de neutrones.

–¿Y qué era eso?

–Ya sabes, una estrella que se colapsa y gira cada vez más veloz. Se vuelve más densa, atrayendo todo hacia su núcleo. Tiene dificultades para estallar.

–El radio de Schwarzschild.

–¡Eso es! Lo has pillado –Florian bebió otro sorbo de vino y tendió la botella a Riel. Siempre se sentía feliz cuando Riel recordaba algo que le había explicado. Su hermana se acercó a él, tiritando.

–Toma –Florian se quitó la gruesa bufanda de lana y la puso alrededor de Riel. La muchacha se la subió hasta el cuello.

–Voy a fumarme un pitillo –dijo Florian–. Pero sólo puedes dar una calada, ¿vale? No quiero que te enganches.

«La hierba no afecta a Riel», pensó. «O quizá sólo un poquito.» Todo parecía estar bien. Supernormal. El cielo sobre Minneapolis resplandecía con un tono anaranjado y morado. La franja luminosa en lo alto del centro comercial Target cambiaba lentamente de color para pasar de rojo a verde por Navidad.

–¿Qué harán con nosotros?

–Espero que él no se quede con Quark Encantado –respondió Florian, expulsando el humo en una fina nube que azotó la cara de Riel.

–He oído a mamá que hablaba con un abogado.

–No jodas, qué buena noticia.

–A mí me parece mejor seguir tal y como estamos; a ver, sabemos cómo manejarnos con ellos, ¿no?

–Entiendo lo que quieres decir. Por cierto, ¿tienes ya algún amigo?

–No.

Se echaron a reír.

–No –dijo Florian–. ¿Tienes algún *amigo*³? ¿Ni una sola puta amiga?

–No, sólo *yo*⁴. Saca los violines.

–Vamos a tener que buscarte una pandilla de compañeras, Quark Cima.

–Me da igual.

–Y el león se comió a Pierre. No, no te da igual. Te sientes sola allá fuera.

Ambos tomaron un trago. La botella ya estaba medio vacía. Cuando Florian terminó el cigarrillo, encendió de nuevo el porro y aspiró otra larga calada. Riel también, y luego lo apartó, mareada.

–Ya –continuó Florian–. Eso es todo lo que sabemos. Todo esto es materia oscura. El noventa y cinco por ciento. No llegamos a ninguna puta conclusión.

–¿Qué tipo de partícula eres tú?

–Una buena pregunta, Quark Cima. Déjame que lo piense.

Florian siguió fumando durante un tiempo, con la vista puesta en el movimiento continuo de las luces.

–Vale, ya lo tengo. Iba a decir que soy un tauón, pero no, creo que soy una partícula inadvertida. Sólo soy hipotético. Un electrón tiene un selectrón. Para todo tauón hay un stauón –proclamó Florian–. Por cada muón hay un smuón.

–¿Un smuón?

Se echaron a reír e intentaron contenerse. Florian rompía a reír cada vez que Riel decía «¿smuón?».

–En serio, smuón.

Florian se incorporó y caminó hasta el borde de la azotea.

–Por cada muón hay un smuón –cantó y luego hizo una pirueta contra el cielo como un bailarín en una antigua película en blanco y negro.

Riel se rió y le dijo:

–Ven aquí, Florian. Ven aquí.

Pero el chico se mantuvo en equilibrio en el borde del tejado. Mientras bailaba hacia delante y hacia atrás, movía los brazos. El tejado no caía en picado. Tenía una anticuada cubierta en mansarda que descendía casi en vertical con un revestimiento de tejas de pizarra que de vez en cuando se desprendían ruidosamente, pero que sólo se rompían si golpeaban las escaleras. Su madre decía que pesaban tanto que eran capaces de abrirle la cabeza a una persona.

–Florian, por favor –Riel estaba presa en medio de un torbellino de luces–. ¡Florian, por favor! –gritó–. Venga, que me voy a cagar encima.

Florian levantó el pie como si fuera a dar un paso en el vacío, pero dio media vuelta sin dejar de bailar. Cuando llegó a donde estaba Riel, su hermana le agarró del brazo en silencio lo más fuerte que pudo.

–¿Qué? ¿Tienes que ir?

Riel no dijo nada.

Florian se sentó a su lado. Encendió un nuevo cigarrillo. Acabaron la botella. A Riel le castañeteaban los dientes.

–Venga –dijo Florian–. Habla conmigo.

Riel seguía sin poder hablar.

–Lo siento –dijo Florian al fin.

–Por favor –rogó Riel en un susurro–. No vuelvas a hacer eso. Estoy muy sola aquí fuera, Smuón.

Florian le dio unas palmadas en el brazo.

–De acuerdo, quizá no sea un smuón; los smuones están demasiado chiflados. El bosón W tiene un compañero desapercibido llamado wino. Yo soy sólo un wino.

–Esto ya no tiene gracia.

–Vale, lo sé. Seré un WIMP. Eso es una partícula masiva de interacción débil.

–Puede que eso mole más. Estoy congelada. Vamos a echar otra partida de Halo.

Florian se levantó con la botella vacía en la mano y, de pronto, echó el brazo hacia atrás. Con un gran esfuerzo arrojó la botella por encima de los árboles dibujando un elegante arco. Un momento más tarde, oyeron cómo se hacía añicos en la calle. Miró a Riel hasta que ésta finalmente asintió y dijo:

–Guay.

–De acuerdo, Quark Cima, te reto a una partida –dijo Florian–. Prepárate a palmar.

–¡Ja, ja! –Riel bajó la escalera–. Tú sí que vas a palmar.

–Todavía tengo los reflejos afiladísimos como cuchillas.

–Cuchillas de pega, cuchillas que no cortan nada.

–Tus reflejos tampoco parecen muy afilados, Quark Cima, te has saltado ese peldaño.

–Me muero de hambre.

–Vamos a comer algo. Tu última cena antes de ser ejecutada, hermanita.

–Tu última cena, Puón.

–¡Puón!

Bajaron las escaleras y pasaron por delante de la canguro, sin dejar de reír.

–Estáis colocados –observó la canguro.

–No se lo cuentes a mis padres, oh hermosa mujer perla del mar –dijo Florian, con una ladeada sonrisa.

La canguro sonrió y siguió tecleando en su ordenador portátil.

Florian y Riel entraron en la cocina dando tumbos y amontonaron comida en la bandeja del horno. Volvieron arriba, a la habitación de Florian, comieron y jugaron a Halo hasta que se les fue pasando el efecto de la hierba y el vino y a Riel le entró sueño. Se marchó tambaleante a su propia cama al otro lado del pasillo. Florian la siguió poco después. Riel se había dejado caer sobre la colcha. Florian cogió una manta de los pies de la cama y tapó a su hermana. Después, regresó a su habitación, se sentó ante su ordenador y tecleó el nombre de su padre.

Esa noche, tras volver de la fiesta y una vez dormida Irene, Gil se sintió alterado y nervioso, así que subió al estudio para contemplar el retrato de su mujer. La habitación estaba helada, como si alguien hubiera dejado las ventanas abiertas. Se enfundó un viejo jersey y se quedó de pie, examinando la obra. Había logrado plasmar su pubis a la perfección, pensó. Había benevolencia y sinceridad en las pinceladas. Por supuesto, había estado borracha, no se había dado cuenta, no había visto este retrato. Pero después de lo que había leído, de lo que ella había hecho, de su traición, no rajó el cuadro. No hizo otra cosa sino acentuar la sombra en su rostro. Se creía incapaz de no amar a Irene, pero pensó en afilar el pincel y clavárselo a sí mismo en el corazón como si fuera un puñal.

Había contemplado el cuadro de *Lucrecia* tantas veces que podía sentir su corazón roto desdibujándose en su propio rostro. Abrió los ojos y se le humedecieron. Separó los labios levemente. Sí. Lo entendía.

Se sentó pesadamente. No funcionaría. Seguramente no conseguiría generar la fuerza suficiente o trazar la trayectoria adecuada para matarse, pero qué final tan poético. Parecía irresistible, y se puso a afilar el pincel más largo y caro que tenía con un bisturí X-Acto. Tardó en afilarlo y cuando se clavó la punta en la palma de cada mano, se hizo sangre. Dejó que brotara y después apretó las dos manos hasta que ambas se tiñeron de rojo de manera uniforme. Con sumo cuidado rubricó el cuadro con las huellas de sus manos.

Sería el último retrato que pintara de ella. Su firma de sangre oscurecería y se fijaría en la pintura; con el tiempo, se dispararía su valor.

Desde las profundidades del sueño, Irene notó que alguien la estaba observando. Cuando emergió a la superficie, supo que era Riel. No se sorprendió al abrir los ojos y descubrirla al lado de su cama, inmóvil en la noche gris. No se había puesto el pijama y llevaba unos vaqueros anchos y un jersey de rayas. Tenía el pelo enmarañado por las orejas y la cara todavía nebulosa. Tenía los ojos tan hundidos que, en un primer momento, Irene fue incapaz de saber si estaban cerrados o abiertos. Entonces pasó un coche, amortiguado por la nieve recién caída, y la luz que emitieron sus faros se proyectó sucesivamente por el techo y las paredes, perfilando con rapidez los rasgos de Riel, que observaba a su madre tranquilamente. Irene le devolvió la mirada. El peso de la mirada de su hija era insostenible.

Irene se levantó sin despertar a Gil, cogió la mano de Riel y la acompañó de vuelta a su cama. En cuanto estuvo acostada bajo su suave edredón azul, Riel cerró los ojos y respiró con regularidad. Parecía haberse quedado profundamente dormida al instante. Irene siguió sentada junto a Riel durante

un momento; después, abandonó la habitación sigilosamente. Al pasar por delante de la puerta de Florian, advirtió un resquicio de luz fantasmagórica que se filtraba por debajo. Pensando que se había olvidado de apagar el ordenador, abrió la puerta y entró en la habitación.

Florian estaba sentado ante su escritorio, frente al resplandor. Sorprendido, pinchó la imagen que estaba viendo para cerrarla de la pantalla, pero había otra detrás y otra más detrás de ésta. Irene se acercó. A primera vista, pensó que Florian estaba mirando páginas pornográficas. Pero en cuanto se acercó más, observó que las imágenes que su hijo cerraba rápidamente de la pantalla eran los retratos tempranos de Irene que había pintado Gil.

Florian se giró.

–¿Mamá?

–Vete a la cama –ordenó Irene.

Florian apagó el ordenador. Irene se quedó detrás de él y le abrazó antes de que se acostara. Por primera vez en muchos años, no había bebido en una fiesta. Podía percibir el olor a vino en el aliento de Florian.

–Era tan joven cuando tu padre los pintó –comentó–. Por favor, no vuelvas a mirarlos.

–Lo entiendo. No lo haré –prometió Florian.

Irene se acercó a la cama. Cogió la silla del escritorio de Florian y se sentó.

–Has estado bebiendo.

Florian no mostró sorpresa.

–Sí –contestó–. Lo hago de vez en cuando.

Irene asintió.

–Me gustaría que no lo hicieras.

–A mí también me gustaría que tú tampoco lo hicieras –dijo Florian. Su rostro brillaba bajo la luz del pasillo. Se incorporó y se apoyó en un codo. Presentaba un aspecto esbelto y fuerte con su camiseta negra.

Irene bajó la mirada y clavó los ojos en sus manos. El cabello le cayó sobre la cara y se recompuso antes de echar hacia atrás los mechones de pelo y mirar a su hijo.

–¿Llevas bebiendo mucho tiempo?

–Sólo un par de años.

–¿Y Riel?

–¿Ella? No. Es demasiado joven.

–Tú también. ¿Por qué miras los cuadros?

Florian se tumbó boca arriba y soltó un gruñido.

–Mamá –clavó la vista en el techo–. Mamá. Vale. Los miro porque os quisisteis una vez. Y yo estaba allí. Empiezo con los cuadros de cuando yo era

un bebé. Pero después, a veces los otros... Algunos son feos, otros son preciosos.

–Tal vez sólo debas mirar esos últimos.

–No sé por qué dejas que pinte los otros –Florian respiraba más acelerado ahora–. Debiste obligarle a dejarlo. Ejercer algún tipo de control. No sé por qué finges con él, por qué no le haces frente. Por qué no puedes simplemente dejarlo y llevarnos contigo. Por qué no le dejaste cuando yo era pequeño. ¿Por qué?

La última palabra sonó con rabia, como un grito roto.

Irene buscó alguna respuesta. El gesto de Florian fue endureciéndose hasta mirar a su madre con desprecio. Irene vislumbró una cruda y atractiva versión de Gil, afilada como una cuchilla.

–Eres débil. Eres una madre de interacción débil. Una WIMP –Florian dirigió a su madre una sonrisa falsa–. No llores –cambió el tono de voz y soltó un malintencionado quejido–. Estarás bien. Vamos a poner un poco de hielo en ese moratón. Quiero decir, hielo en esa copa.

Irene se levantó y dio unos pasos atrás.

–Lo siento, mamá –dijo Florian con voz fría y cansina–. ¿Por qué no te tomas otra copa y te vas a la cama?

A la mañana siguiente, Irene encontró su diario abierto de par en par en el suelo y supo que Gil lo había leído y soltado sin la menor preocupación por la encuadernación. Eso era algo. Pero no había hecho nada, nada más. ¿A qué esperaba? ¿Qué más podía hacer Irene? ¿Hasta dónde podía llegar?

«Por favor, deja que me vaya», garabateó en la siguiente página en blanco. Dejó el diario donde estaba, abierto y al descubierto, a sabiendas de que Gil jamás volvería a leerlo.

–Sabes –dijo Irene más tarde esa misma mañana–, creo que deberíamos hablar con Florian y Riel sobre los cuadros que has pintado de mí. Los cuadros sexuales.

Se sentía descorazonada. La manera en que Florian le había hablado la había dejado abatida y anonadada. No paraba de recordar cuando era un niño y cómo, hacía tanto tiempo, solía derrumbarse y abrazarse a las piernas de su madre cada vez que le dejaba en la guardería. Cómo tenía que despegarle. Cómo se quedaba sentada en el coche después con los ojos anegados en lágrimas. Y ahora se preguntaba: «¿Por qué lo hice? ¿Por qué no lo mantuve conmigo cada minuto?».

–Deberíamos hablar con ellos, con Florian –dijo de nuevo.

–Lo siento –respondió Gil. No quería mirarla–. No veo por qué. Espera a que pregunten.

–No preguntarán.

–No van a ver esos cuadros.

–Están colgados en internet.

–Lo más probable es que eso no ocurra...

–Sí, ocurrirá. Estoy segura de que ya ha ocurrido. Los niños los verán, Gil. Creo que deberíamos hablar de ello. Quizá deberíamos volver con la terapeuta. Acabo de llamarla. Le han cancelado una cita.

–No quiero ir. Esa mujer me ha caído mal.

–Nosotros a ella también.

–¿Puede ser eso bueno?

–Aunque le caigamos mal, hay algunas cosas que debemos resolver.

–¿Antes de separarnos? No vamos a hacerlo. No pienso marcharme. Tú no te marches –dijo Gil–. Nadie sale de aquí con vida.

–¿Qué significa eso?

–Es sólo la letra de una canción.

Once de la mañana del 13 de diciembre. La terapeuta estaba sentada en su butaca gris, serena y agradable. Se mostraba neutral, algo que ellos interpretaron como una prueba de disgusto. Ambos podían percibirlo. A Gil le pareció que la terapeuta no le tragaba a él en especial.

–Lleva una camisa muy bonita –le dijo Gil–. Ese color le sienta muy bien.

–Gracias –respondió la terapeuta–. Me pregunto por qué piensa que es necesario hacerme algún cumplido.

–Intento ganármela –contestó Gil–. Intento que esté de mi parte para que pueda salvar a mi familia.

La terapeuta casi sonrió, pero consiguió contenerse y se echó hacia atrás, impasible.

–¿Cree que ése es mi trabajo?

–Más o menos –dijo Gil, pensativo–. Pero no me parece que lo esté haciendo nada bien, lo de apoyarme y todo eso.

La terapeuta cruzó las manos y clavó sus indescriptibles ojos en Gil. Se volvió hacia Irene.

–Irene, ¿se le ocurre por qué Gil debería necesitar mi apoyo?

–Está bien, ya veo de qué va esto –dijo Gil–. Pero sólo para dejar las cosas claras, yo no siento su apoyo.

–Ni yo tampoco –dijo Irene.

–¿Ah no? –Gil hizo un leve movimiento hacia Irene.

–Pero no me importa –continuó Irene, seria. Tenía una gran taza de café en las manos–. No necesito su apoyo. Tú eres el que necesita su ayuda.

–De acuerdo –dijo Gil–. Entonces necesito su ayuda. Estoy luchando por mi familia, ¿no lo ve? Por la unidad de nuestra familia.

La terapeuta le dirigió una mirada penetrante y después volvió los ojos hacia Irene.

Gil habló con voz muy suave para recuperar la atención de la terapeuta.

–Me gustaría empezar de cero. ¿El problema podría ser empezar de cero? ¿Le cuesta a Irene empezar de cero? ¿Tiene miedo Irene a empezar de cero?

–No voy a empezar de cero otra vez –dijo Irene–. He empezado de cero miles de veces. Veces que tú nunca tuviste en cuenta hasta que tomé la decisión de no volver a empezar de cero nunca más. Jamás empezaré de cero contigo. Ahora sólo quiero que esto acabe. Quiero que dejes que me vaya. Que compartamos la custodia de los niños. No nos hagas sufrir a todos.

–Sabes que no puedo hacer eso –objetó Gil–. Porque te quiero.

–¿Y por qué me quieres?

–Vete a la mierda –contestó Gil. Sonaba sincero, pero no enfadado–. Ojalá no te quisiese. Pero es mi forma de ser.

Bajó la mirada. Parecía deprimido.

–Irene –dijo, tras una pausa–, pensé que querías venir aquí para hablar de los cuadros, de mis retratos tuyos.

–Olvida los cuadros. ¿Por qué no podemos simplemente separarnos, divorciarnos amistosamente, de mutuo acuerdo, como el resto de los mortales?

–Eso es un mito, Irene.

–No es un mito, ¿verdad? –Irene apeló a la terapeuta, que abrió la boca para responder, pero Gil habló primero.

–No creo que sea el padre de los niños. Creo que Irene se fue de la lengua en nuestra última sesión, o en la primera.

–En nuestra única sesión –puntualizó Irene. Miró a Gil con dureza.

El gesto de la terapeuta no se movió un ápice y permaneció impávida. Parecía imperturbable, mirándolos a ambos con la misma apatía.

Su falta de reacción le pareció tan espeluznante a Gil que a punto estuvo de gritarles a las dos, a ella y a Irene.

–¿Por qué no dice nada?

–De acuerdo –dijo Irene–. Yo diré algo. Gil, te dije que ese comentario era una broma, y que era cruel, muy cruel. Te pedí perdón. Me pasé de la raya. ¡Por supuesto que los niños son tuyos!

La mirada de Irene se transformó en un gesto de doliente preocupación. Se preguntó si sería capaz de arrinconarle, allí mismo, delante de la terapeuta, que

hoy parecía más severa que nunca. Quería pillar a Gil para que admitiera que había leído sus diarios.

Gil abrió la boca sin decir nada y sacudió la cabeza, como queriendo aclararse la vista.

–¡Irene! No son mis hijos, ¿vale? Lo sé.

–¿Por qué cree eso? –preguntó la terapeuta–. ¿No cree a Irene?

–No la creo.

–Entonces se trata de una cuestión de confianza –observó la terapeuta–. Irene, ¿está diciendo la verdad?

–¡Por supuesto que sí! Reconozco que lo que dije es algo difícil de perdonar, pero no eran más que palabras, Gil.

–¿Nada más que palabras? Irene, se te escapó la verdad y ahora te echas atrás. Dime la verdad.

–Son tuyos.

–No lo son.

–Por favor, tranquilícense –intervino la terapeuta–. Vamos a dejar de lado a los niños de momento y a intentar llegar al fondo de vuestra mutua falta de confianza.

–Sí –dijo Irene–, ¿por qué no te fías de mí, Gil?

–Tal vez deberíamos considerar la posibilidad de hacer una prueba de paternidad –sugirió con una sonrisa mordaz.

–Eso es asqueroso –dijo Irene–. Es caer muy bajo. Sacarles sangre. Odian las agujas.

–Es una prueba de ADN. Basta con una muestra de saliva. Nada del otro mundo, Irene.

Irene puso los ojos en blanco.

–De acuerdo, Gil. No tengo ninguna objeción a que se les añada la prueba de paternidad a sus habituales chequeos médicos. Al menos estarán preparados.

Gil hundió la cara en sus manos.

–Oh, mierda. Sí, estupendo. ¿Te imaginas? Tenemos relación fuera de la consulta con dos de los médicos.

–Tú los conoces –repuso Irene–. Yo no conozco a nadie.

–Pobrecita. ¿Te imaginas los cotilleos?

Irene se echó a reír.

–Desde luego, sobre todo si resulta que cada uno tiene un padre diferente.

–Continúa –la cara de Gil enrojeció y apretó los dientes–. Vamos, sigue, Irene.

–¿Qué?

–Tres padres diferentes.

–Oye, ¡era broma! Una broma de pésimo gusto y lamentable, por la que de

nuevo te pido perdón. Son tuyos, Gil.

–No.

–Me estoy cansando de todo esto –dijo Irene a la terapeuta–. ¿Podemos pasar a otra cosa?

–Gil –preguntó la terapeuta–, ¿podemos pasar a otra cosa?

–No.

Gil cogió un puñado de pañuelos de papel y se los llevó a la cara. Sollozó, con un profundo, áspero y entrecortado llanto. Habló entre los arrugados pañuelos de papel.

–No es de fiar y no la creo.

–Nunca te he engañado –dijo Irene.

Apartó los pañuelos. Tenía la cara colorada e hinchada. Su cuidada cola de caballo se estaba deshaciendo. Varios mechones canosos le caían por las orejas.

–Me estás engañando ahora mismo. No lo creo, lo sé.

–¿Por qué? –preguntó la terapeuta.

–¿Por qué? –repitió Irene a Gil–. ¿Por qué? ¿Cómo puedes decir eso de mí? ¡Tú estás loco! ¿Qué pruebas tienes, Gil? –le apuntó con el dedo. Se mostraba exultante, aguda, como una bruja con su grotesca capa de maquillaje–. Deja de acusarme y deja que me vaya. Separémonos ya. Las cosas irán mejor así.

–No. De ninguna manera.

–¿Por qué?

No contestó.

–¿Es por los cuadros, Gil? Eso no importa. Esto será absorbido por las pinturas. Tú lo dijiste. El arte lo absorbe todo. Seguiré posando para ti, si quieres.

Gil le dedicó una mirada de desesperado desprecio.

–¿Te crees imprescindible para mi obra? ¿De veras? Estaría mejor sin ti, Irene.

Gil bajó la mirada y la clavó en sus manos, luego sacudió la cabeza con desamparada tristeza.

–Escucha, Gil –dijo Irene con voz suave–, si crees que los niños no son tuyos, no puedes quererme. No deberías. Ni siquiera deberías querer tenerme cerca. Ni a ninguno de nosotros. ¿Por qué no dejas que me vaya, puesto que no soy de fiar? ¿Por qué no dejas que me lleve a los niños conmigo, puesto que no son tuyos?

El rostro de Irene se mostraba al desnudo, llenándose repentinamente de esperanza. Le rozó el brazo. Gil levantó la vista y su autocompasión desapareció. Estaba fascinado. Frunció el gesto, concentrado. Se tensó. Permaneció callado durante un largo rato. La habitación se quedó en silencio. Parpadeó. Le guiñó un ojo a Irene.

–Ya lo entiendo –dijo al fin–. ¡Sí, ya lo entiendo! Lo he pillado –asintió, se

reclinó en su asiento, bajó la mirada con una burlona mueca de admiración.

–Sí, sí. Lo has hecho fenomenal.

Irene sintió un hormigueo detrás de la nuca.

Gil arregló su cabello hacia atrás y se cepilló la camisa con la mano. Las lágrimas desaparecieron de sus ojos. Su semblante se volvió de pronto neutral y frío.

–¿Nos vas a decir lo que estás pensando? –preguntó Irene.

–Creo que no –Gil le dirigió una pequeña y retorcida sonrisa de cariño–. Desde luego, eres muy lista, Irene. Mucho más de lo que la gente se imagina. Me has engañado de lo lindo.

–Por favor, explíquese –intervino la terapeuta–. Porque no le sigo.

–No creo que debamos explicarnos ante usted –respondió Gil–. Usted no es más que una especie de funcionaria en este asunto. Es sólo el catalizador mudo. Es ella –apuntó a Irene con el dedo. Ahora sonreía abiertamente–. Es ella –sus ojos brillaban con admiración–. Me ha engañado. Me ha engañado de lo lindo –alzó la voz.

–Baja la voz –dijo Irene.

Gil volvió a señalarla con el dedo.

–¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cuándo empezaste a sospechar? ¿Cuánto tiempo llevas manipulándome?

Irene notó cómo se le hacía un nudo en el estómago, pero no pudo evitar responder a su admiración.

–Vaya, vaya, Irene, veo una sonrisita ahí debajo. Vamos, si estás orgullosa de ti. Sabes que lo estás. Vamos... –le tocó el brazo.

–Irene –dijo la terapeuta–. ¿Qué le está ocurriendo? –era como si su voz le llegara desde lo alto de un pozo–. Irene, vuelva en sí –continuó la terapeuta.

–Vuelva en sí –se burló Gil.

Los ojos de Irene estaban clavados en el rostro de Gil. Ya había empezado a reírse, y enseguida estalló en una enorme carcajada, tan grande que se le hizo un nudo en la garganta y le cortó la respiración. Se levantó, vacilante. Tenía que dejar que Gil la ayudara.

–Manténgase firme –insistió la terapeuta, que se levantó junto a ellos pero no se movió.

–Cóbreme el doble –dijo Gil–, esto ha valido cada minuto.

Condujo a Irene, que seguía riéndose, por la pequeña y discreta puerta lateral. Irene sólo era capaz de mover los dedos cuando la puerta se cerró.

Intentaron contener la risa de camino al coche, pero seguían sin poder evitar los bufidos y gruñidos. Cuando subieron al coche, estallaron. Se rieron a carcajadas. No podían contenerse. Gil condujo a casa despacio. Entraron en la casa vacía cogidos de la mano. Pasarían horas hasta que los niños volviesen del

colegio. Irene se abrazó a Gil. Éste le cogió del brazo y ella le siguió escaleras arriba. Le quitó el abrigo cuando entraron en el estudio. Ahora ya no se reían. Cerró la puerta tras ella, tomó toscamente la cara de Irene en sus manos y la besó. Deslizó la lengua en la boca de Irene y el beso se hizo más profundo. Entonces se detuvo, se apartó y la escudriñó con ojos inquisitivos.

–Entonces ¿cuándo lo supiste? ¿Cuándo empezaste a sospechar? –preguntó con voz susurrante.

Los perros se pusieron a ladrar en la planta baja. Irene se sobresaltó y miró hacia la puerta.

–No es nada –dijo Gil.

Pasó delante de Gil. Éste la agarró del brazo y le quitó la mano del picaporte.

–Irene. Vamos a hablar de esto. Vamos a sincerarnos. Ésta va a ser nuestra pequeña sesión de sinceridad. Nos lo vamos a contar todo.

Irene volvió a pasar delante de él. Gil volvió a quitarle la mano del picaporte. Irene extendió la mano por tercera vez y él le apartó el brazo de un golpe.

–¡Irene!

Irene se quedó inmóvil. Se frotó el brazo.

–No sé de qué me estás hablando –dijo.

–Sí que lo sabes. Sabías todo este tiempo que leía tus diarios. Lo sabías, ¿verdad? Por eso escribiste todas esas cosas. Para hacerme daño, para desquitarte, para manipularme. ¡Me engañabas! No sabes cuánto lo siento. No volveré a hacerlo.

–¿Hacer el qué?

–Leer tus diarios.

De pronto, Irene le dirigió la misma mirada que la mañana en que nació Stoney, cuando había querido ir a ver la televisión. «Se había quitado la máscara», pensó Gil, «en aquella ocasión. Pero esta vez era peor». Irene se enderezó y pareció crecer hasta hacerse más alta que él. Una turbia energía impregnó el ambiente. Irene enseñó los dientes. El blanco de sus ojos destacó alrededor del iris. De ella manó un profundo odio.

–¿Has estado leyendo mis diarios? ¿Desde cuándo? ¿Cuántos años? ¿Desde el principio?

–¿No lo sabías? ¿No has escrito esas cosas para hacerme daño?

–Por supuesto que no –murmuró. Le tocó suavemente el brazo, y Gil se apartó de la puerta.

Habían prometido a los niños que los llevarían al río helado esa noche para asistir a los fuegos artificiales de invierno. La gente se amontonaba en ambas orillas. Llegaron tarde y Gil, con un estallido de desesperación maniaca, insistió

en abrirse paso entre la multitud hasta llegar a la primera fila; luego pasaron por encima de la valla y bajaron por la orilla en la nieve inestable, donde extendieron una manta, aplastando la maraña sin hojas de agrazón y salicaria. Se acomodaron con cuidado en la manta, clavando la suela de sus botas cubiertas de nieve en la tela o hundiendo los pies en la masa de maleza para no deslizarse hacia abajo. El banco de arena que había sido Spirit Island, donde se había instalado el despliegue de fuegos artificiales que estaba a punto de empezar, se encontraba justo en frente de ellos; y de repente los fuegos comenzaron, vertiendo chorros de fuego gelificado tan cerca que los niños se sobresaltaron del susto; incluso después recordarían esa noche no sólo como la noche en que Florian encontró el gato, sino como la noche de los mejores fuegos artificiales que habían visto nunca. A decir verdad, hubo dos exhibiciones: la que inundó el cielo y su reflejo exacto en el negro hielo del Misisipi. El número final consistió en una descarga de destellos y explosiones que les dejaron tan encandilados y sordos que por poco no lo oyeron mientras permanecían allí bebiendo a grandes tragos el chocolate caliente del termo con sabor metálico de Irene y comiendo puñados de frutos secos de una bolsa que llevaba en su bolso. De pronto Stoney chilló. Un animal le había rozado las piernas. Irene lo aupó, pensando que se trataba de una rata, pero en ese mismo momento Riel divisó la silueta y Florian extendió la mano. El famélico gato desapareció, pero permaneció maullando en la oscuridad de la nieve.

–Venga –dijo Irene con decisión–. Nos vamos. Déjalo.

–¡No! –Florian ya estaba a cuatro patas.

–Tiene hambre –exclamó Riel–. Morirá de frío.

–Toma –Stoney se agachó y extendió la mano con los cacahuetses.

–Nos marchamos –dijo Gil, arrastrando a Riel.

Pero Riel, que normalmente habría cedido dócilmente o se habría puesto rígida al sentir el menor roce de su padre, se volvió hacia él con ira contenida y le empujó con todas sus fuerzas. Gil se tambaleó, sorprendido, y se tropezó enredando los pies en la maleza. Se cayó a plomo, pero estaba demasiado conmocionado, y luego avergonzado, incluso aturdido por lo inesperado de la situación, como para tomar represalias. Se levantó despacio y no dijo nada. Riel se había quitado ya la bufanda de lana de Florian para atrapar al gato. Florian se acercó por detrás a la cabeza del felino, lo cogió por el pescuezo y se lo llevó al pecho. Al principio, el animal bufó y escupió, pero enseguida se sintió tranquilo en sus brazos, y en cuanto Florian le abrigó con la bufanda, el gato se calmó y se arrimó más a él. Los niños sabían que a Irene no le gustaban los gatos, pero siempre se mostraba totalmente impotente ante algo que los niños deseaban con tanto anhelo como ahora pasaba con ese gato.

Aunque ningún otro miembro de la familia había visto cómo Riel había

empujado a su padre, todos percibieron enseguida que la opinión de Gil era ahora irrelevante.

–Suéltalo –ordenó Irene.

Pero Florian no obedeció. En cambio, sonrió a su madre y dijo:

–Ay, mamá, tócalo. Está ronroneando.

A Irene le daba igual ser manipulada. Quería que Florian volviese a quererla.

En cuanto extendió la mano, los niños supieron que podrían quedarse con el gato y se agruparon alrededor de Florian para acariciar, por turnos, el suave pelo del cuerpo hambriento y atigrado del gato.

En el camino de vuelta después de los fuegos artificiales, Gil se detuvo en una tienda de Walgreens abierta las veinticuatro horas e Irene compró artículos para gatos. Una vez en casa, Florian dejó la caja de arena en el sótano y dejó que el animal arañara el fondo. Luego se llevó el gato a la cama con él. El felino avanzó con gravedad y solemnidad por las almohadas, olfateándolas de una en una y clavando en Florian su mirada amarilla de otro mundo. Al fin se acomodó paulatinamente en la almohada pegada a la cabeza de Florian, y empezó a sonar en su garganta un entrecortado ronroneo. Florian se giró de costado y observó el gato sin tocarlo, y después cerró los ojos despacio.

Esa noche, Riel se acostó en su habitación encima de la colcha, despierta en medio de la oscuridad y con los ojos clavados en el techo. De nuevo sintió la misma oleada de total extrañeza que le había invadido cuando el cuerpo de su padre cedió y él vaciló sin devolverle el golpe. Había subido directamente a su cuarto y no se había quitado aún la ropa por miedo a que su padre se diera cuenta de lo que había sucedido y la arrancara de la cama. Si venía a por ella, estaría preparada. Pero cuando la casa se quedó en silencio sin que nada sucediese, empezó a respirar, a respirar muy despacio. Se cubrió con el edredón hasta el cuello. Empezó a notar un picor en los ojos y la garganta, y de pronto tenía la cara empapada de emoción. Si lo había logrado, si había conseguido arrebatarse el poder a su padre, entonces se hallaba totalmente sola y era responsable de todo el mundo.

Al día siguiente Irene llevó el gato al veterinario y descubrió que tenía lombrices, otros tres tipos de parásitos, pulgas, garrapatas, conjuntivitis y una posible infección pulmonar. La factura del veterinario ascendió a casi mil dólares. Gil preguntó:

–¿Por qué la pagaste?

–¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? –respondió Irene.

Se dieron la vuelta. Florian acababa de entrar en la habitación con su gato amarillo.

–Se llama Schrodinger –anunció.

–Ah –dijo Gil–, ¿como el personaje de Snoopy?

–No –contestó Florian–. Éste es Schrodinger con *umlaut*. El físico. ¿No habéis oído hablar del dilema de Schrödinger?

–Qué presuntuoso –espetó Gil. La sola visión del gato le sacaba de quicio–. ¡Qué mierdecilla más presuntuosa eres!

Florian acarició el gato, hundió el rostro en su pelo, luego miró a su madre y enarcó las cejas.

Irene respiró hondo. Florian se marchó con el gato.

–Hasta aquí hemos llegado –exclamó Irene–. Vete de esta casa.

–¿Que me vaya de mi propia casa? –Gil se echó a reír–. Irene, eres la leche. Creí que nos debíamos apoyar el uno al otro, estar unidos, ser una pareja, con los niños al menos. Pensé que eso era lo sano y lo que había que hacer.

Los ojos de Irene se llenaron de lágrimas, y se retorció las manos en la camisa.

–Sólo te pido que te vayas –repitió.

–¡No, vete tú! –Gil abrió los brazos–. ¡Vete tú! ¡Tú! –daba vueltas en círculo–. Mi trabajo ha pagado todo esto. ¡Mi sangre! –dio una fuerte palmada y le mostró las manos.

Irene se sobresaltó pero no se movió.

–Sea lo que sea lo que te hayas hecho en las manos –dijo al fin–, da igual, tienes que irte.

–¡Vaya! –masculló con voz inquietante–. Me parece que hablas en serio.

Se quedó quieto como si ese pensamiento le hubiese galvanizado. Mientras aguardaba ahí, un fuerte, furioso y ambicioso anhelo se apoderó de él. Extendió los brazos, cayó de rodillas y rogó en un susurro:

–Sólo quiero que me quieras. Siento que me estoy ahogando bajo la piel. Estoy tan solo sin ti, Irene. Tócame, por favor, tócame.

Irene se apartó.

–¡Dios mío! –balbuceó Gil.

Irene se acercó a él, puso la mano en su cabeza y empezó a acariciarle el pelo. Gil abrazó una pierna de Irene y la estrechó muy suavemente. Después bajó la cabeza y apoyó la frente en el lateral de su rodilla.

Los dedos de Irene se crisparon hasta formar un puño. Le golpeó tan fuerte en la sien que a punto estuvo de tirarle al suelo.

Irene se quedó muy quieta. Le colgaba a un lado el puño cerrado, como un peso doloroso.

Gil se enderezó, volvió a abrazarse a su pierna y cogió el puño de Irene en la palma de su mano. Le besó los nudillos.

Irene gritó y se soltó la mano. Riel había entrado en la habitación.

–¿Papá está bien? –preguntó. Bajó la mirada hacia su padre, aterrorizada. Lo había visto todo.

–Gil –ordenó Irene–, levántate.

Apartó su brazo de su pierna y se acercó a Riel.

–Lo siento –dijo Riel a su madre, se inclinó hacia ella y hundió el rostro en la camisa de Irene. Su cabeza llegaba justo debajo del pecho de su madre. Cuando Irene la abrazó, ya no tuvo que agacharse. Gil se levantó e Irene notó cómo se tensaban los brazos de Riel. Pero Gil se alejó de la puerta sin más y luego se dirigió a la cocina. Oyeron cómo abría un armario, luego el frío chirrido de la puerta del frigorífico, el soniquete de los hielos de la cubitera y el murmullo de un líquido. Oyeron los pasos de Gil subiendo al estudio.

–Mamá –suplicó Riel, con su rostro todavía hundido y la voz apagada–, no te divorcies.

Se quedaron juntas bajo la alargada luz de los viejos y arqueados ventanales. Riel respiraba contra el corazón de Irene. Sus enjutos y fibrosos brazos sujetaban la cintura de Irene con fuerza, enlazando las manos en su espalda. El cabello de Riel desprendía una fuerte fragancia a aire fresco, a nieve y a luz solar.

–Puede que tenga que hacerlo –explicó Irene–. De veras, es posible.

–No –dijo Riel.

–Creo que... –dijo Irene.

–No –repitió Riel.

–Pero quizá... –continuó Irene.

–Por favor –rogó Riel.

Gil cogió el coche para sentarse junto a su *Lucrecia*, pero era por la tarde y había un grupo de estudiantes en la sala. Así que, en su lugar, fue a contemplar *Comedor en el campo*, pintado por Pierre Bonnard en ¹⁹¹³. Una radiante puerta azul se abre hacia dentro. Las paredes presentan un intenso color naranja tostado. El paisaje rezuma luminosidad y su mujer se asoma al interior por el alféizar. Es primavera. Las hojas apenas empiezan a brotar en las ramas.

Un elegante cordón de terciopelo delante del cuadro impedía que los fascinados espectadores dieran un traspie y se cayeran encima. Gil permaneció detrás del cordón.

Toda su vida Bonnard pintó pequeños momentos, *intimisme*: un niño jugando en la arena o mascotas acechando la comida en una mesa. Y también estaba Marthe. Un sinuoso y diminuto cuerpo, su ideal. La había retratado indolente después de hacer el amor, en la bañera, con su piel riellando y una mirada soñadora, curioseando por la ventana junto a esa puerta azul que se abre

hacia dentro. A decir de la mayoría, la mujer era una arpía malhumorada, y sin embargo Bonnard la había amado con sus pinceles. Su mundo se había desmoronado con la guerra. Perdió a su mujer. Durante ese tiempo, pintó un autorretrato que a Gil le resultaba insoportable y heroico. En ese cuadro de sí mismo, solo, frágil, anciano y mirándose en el espejo del cuarto de baño, Bonnard había empleado cada color de su paleta. Los ojos eran profundos y firmes, ojos que todo lo ven. Cada color que había utilizado a lo largo de su vida aparecía en ese autorretrato. Era un retrato del alma íntima del artista, donde el yo se disuelve displicente en infatigables colores y luces. Bonnard estaba tan calvo como un huevo y, no obstante, su cráneo desnudo todavía recibía aquí y allá la caricia de un fulgor liviano, un foganazo de sol.

Juntos en París, Irene y él habían contemplado ese retrato, y ambos, por distintas razones, habían llorado.

Parte III

15 de diciembre de 2007

Irene permanecía sentada en el coche delante de la casa. Los papeles del divorcio estaban unidos con un clip en un sobre corriente en el asiento del copiloto. Había dejado a los niños con Louise. Uno de los perros afianzó las patas en el sofá junto a la ventana y la observó fijamente, las orejas en alerta.

–Lo sabes –murmuró–, ¿verdad? –sostuvo la mirada del perro.

Llamó a su marido mientras entraba en casa y su voz sonó tan normal que resultaba tranquilizador.

–Estoy hablando por teléfono –respondió Gil desde la planta de arriba.

Irene esperó ante la hermosa mesa del comedor, con su falsa pátina vieja, plagada de falsas marcas de carcoma, donde se había sacado brillo y acentuado cada desperfecto para dar la sensación de desgaste durante generaciones de cenas familiares. Quedaba un tenedor en la mesa. Pinchó la madera suavemente. El espejo que en una ocasión había asustado a Florian parecía titubear en la pared, repleto de somnolientas sombras.

–Estoy esperando –gritó escaleras arriba, al cabo de un rato. Gil se había olvidado de ella. De pronto se oyó un vocerío y luego adioses.

–Y bien, ¿qué ocurre?

Se mostraba cauto y reservado. Apenas habían hablado desde la víspera.

–Siéntate, por favor. ¿Puedes sentarte, por favor?

Gil advirtió el sobre.

–¿Qué es eso?

Irene se lo explicó.

Gil esbozó una amplia sonrisa, ladeó la cabeza y agarró la silla con las dos manos. Se vino abajo. Fulminado. Cayó de rodillas. Permaneció así un buen rato; luego se incorporó como si nada hubiese pasado, echó a los perros de la habitación y cerró la puerta.

–No –dijo Irene–, deja a los perros aquí.

–Vale, son papeles de divorcio. Menuda sorpresa.

Lo dijo una y otra vez, mientras se limpiaba la cara. Extendió las manos hacia Irene. La mujer retrocedió. Los perros empezaron a ladrar detrás de la puerta. El cuello de Gil empezó a enrojecer y el calor fue subiendo por las sienes. Detrás de las gafas.

–Lo siento mucho –dijo Irene, aunque se había jurado no decirlo.

–¿De veras? ¿De veras que lo sientes?

Extendió los brazos. Agitó las manos hacia los papeles.

–¡Llévatelos!

Vestía una camisa de punto roja e Irene se quedó atónita al tocarle, tras intentar pasar delante de él para abrir la puerta, y descubrir que su camisa estaba empapada. ¿Cómo lo conseguía? Todo su cuerpo lloraba cuando él lloraba. La abrazó despacio y luego la estrechó entre sus brazos sujetándola con tanta fuerza que apenas podía respirar.

–Me da igual ese hombre –bisbiseó en su cabellera–. No me importa ninguno. En cuanto a los papeles, no los acepto. No los firmaré. No te marcharás.

Irene intentó zafarse, pero Gil la arrojó al suelo en un extraño placaje. Gil sollozaba como si le desgarraran las entrañas, como si arrancaran las raíces de un árbol.

–No me importa ese hombre. Me da igual –repitió, apretándola con más fuerza. Irene se retorció para liberarse, le empujó, se balanceó y le golpeó. Era como forcejear con un enorme y mullido sofá. Se había vuelto inmenso e insensible.

Gil apoyó todo su peso en el brazo que cruzaba el pecho de Irene e inmovilizó sus piernas con las suyas. Con la otra mano, le bajó los vaqueros hasta las caderas. Los perros arañaban la puerta. Irene intentó clavarle las uñas, pero Gil no sintió nada. Le separó las piernas con las rodillas, y entonces, sin dejar de sollozar, empezó a acariciarla. Irene trató de apartarse de él. Pero Gil dejó de llorar y su ira recorrió la garganta de Irene. Bajó los vaqueros de Irene hasta las rodillas, la contempló con odio durante un instante y después la violó, aplastándola contra el suelo. No se corrió hasta que le golpeó la cabeza contra la pared, y ella no se corrió hasta más tarde, cuando consiguió arrastrarse escaleras arriba. Entró en el cuarto de baño, echó el pestillo a la puerta y se desnudó. Estaba aturrida; al cabo de unos minutos, preparó un baño y se deslizó en el agua. Sola en el vapor humeante de la bañera, se corrió tantas veces que le dio un calambre en la mano y se echó a reír.

–¿Qué está pasando ahí dentro? –preguntó Gil con voz suave tras la puerta.

«Tal vez no ha pasado nada», pensó Irene, levantando de nuevo las caderas hasta su mano. «¿Cómo voy a explicar el síndrome del túnel carpiano al cirujano ortopédico? Lo achacaré a que tuve que escribir una disertación entera a mano. Le diré que escribí cien folios.»

«Ojalá se muriera», pensó cuando Gil llamó a la puerta despacio.

–Te traigo champán –dijo–. Si abres la puerta, te lo empujaré en una bandeja. Te prometo que no entraré.

–¡No quiero champán! –contestó.

–Sí que lo quieres. ¿Champán helado en un baño caliente? Desde luego que sí.

«Sí», pensó Irene, «me apetece. Pero puede que me mate, que me ahogue. O tal vez que encienda el secador del pelo y lo arroje a la bañera. Quizá me raje las muñecas y finja que me he suicidado. Éste es exactamente el tipo de cosas que pensaría una mujer paranoica».

–Mira –insistió Gil–. Ataré una cuerda a la bandeja. Puedes tirarla hacia ti. No entraré.

Irene salió de la bañera, descorrió el cerrojo y volvió a sumergirse en el agua. La puerta se abrió despacio, y Gil lanzó un extremo de la cuerda a la bañera y empujó la bandeja: la larga copa de champán estaba tendida en una servilleta. En la bandeja había una cubitera con una botella de champán descorchada y una servilleta envuelta alrededor del cuello. Al lado había una pequeña fuente de plata con caviar sobre hielo picado, otro cuenco con crema agria, y un montón de galletas de agua. La puerta se cerró. Irene examinó la bandeja. «En realidad», pensó, «está escenificando mi suicidio. Aquí mismo». La cuerda estaba atada al asa de la bandeja e Irene se agachó, sujetó el extremo y tiró hacia la bañera. Cuando el champán estuvo lo bastante cerca, agarró la botella por el cuello. Una voluta de vaho manó del interior. Era una botella fina y cara. Hecha de un grueso vidrio verde. Los nítidos trazos marrones de la etiqueta eran elegantes y alegres. Cogió la húmeda botella por el cuello. Siempre había pensado que el día que lo dejara de verdad, sería un acto supremo de voluntad y muy meditado. Pero no estaba siendo así. Su mano volcó la botella. Irene observó el champán, pálido y frío, seco y dorado, mientras fluía por sus pechos.

La negación de la verdad se hace añicos, se quiebra como el cristal. Al pie de la escalera que conducía al estudio, Gil pensó: «Vamos a hacer un viaje juntos. Iremos a México. Sacaré los billetes por internet. Un vuelo chárter. Será una sorpresa para todos. Se lo mostraré a los niños. Ella no puede negarles nada a los niños». Subió las escaleras. El gato, Schrodinger con *umlaut*, aguardaba sentado en el último peldaño con aire solemne. Era un gato de patas largas y cuerpo delgado, gélido, y en sus ojos brillaba un silencio dorado. Gil no había tenido nunca un gato y los encontraba traicioneros y misteriosos. Ver al gato sentado fríamente en el umbral de su estudio le puso la piel de gallina. El gato no pertenecía a ese lugar, y sin embargo le desafiaba con arrogancia. Se miraron fijamente mientras Gil subía los peldaños. En un momento dado, sus miradas se cruzaron y Gil sintió una sacudida de pánico irracional. Gritó. El gato salió disparado al oír el alarido. Desapareció, se desvaneció como un fantasma. Gil no tenía ni idea de dónde se había metido y reparó en que estaba tiritando cuando entró en el estudio. Cerró la puerta con llave, se acurrucó en el sofá y miró por la ventana. Se cubrió con la suntuosa manta verde sobre la que había pintado a

Irene, pero no conseguía entrar en calor. Le castañeteaban los dientes. «Debe de ser la conmoción», pensó. «No me ha amado en mucho tiempo. No hay nada que yo pueda hacer. Soy incapaz de cuidar de los niños. Me abandonarán y se llevarán a los perros. Al horrible gato.»

Una opresiva oscuridad manó por debajo del rodapié; salió sigilosamente de las paredes, descendió lentamente del techo. No sabía que el aire pudiera pesar tanto. Cerró los ojos y cayó arrastrado en una grieta que se fue cerrando hasta que ya no pudo moverse.

Irene oyó cómo Gil iba y venía por el estudio esa primera noche y cerró la puerta de la habitación con llave. Sabía que Gil tenía en el estudio comida, agua, mucho alcohol y un aseo. En realidad, podía vivir ahí arriba si quería. A la mañana siguiente, Irene llamó a Louise y le contó todo.

—¿Tú eres del planeta idiota, Irene, o qué? Te ha violado. Llama a la policía y sal de ahí enseguida.

—No fue exactamente así, yo... ¿Puedes quedarte con los niños una noche más?

—No.

—Entonces iré a buscarlos.

—Está bien, claro que me los quedo, Irene.

—Estás cabreada conmigo.

—Irene, llama a la policía.

—No puedo hacerle eso.

—¡Por Dios! ¡Me entran ganas de partirte la cara yo misma!

Louise colgó el teléfono.

Irene advirtió unas sombras blanquecinas que se precipitaban delante de la ventana, una tras otra. Salió fuera. Gil había arrojado seis cuadros: dos lienzos y cuatro gruesas tablas. Sus retratos habían aterrizado en la espesa nieve y no habían sufrido daño alguno. Irene los llevó uno a uno al garaje. Cuando levantó el último, sonó como un tintineo a su lado. Gil había lanzado por la ventana una botella de vodka vacía. Levantó la vista y esquivó el golpe. Otra botella cayó justo a su izquierda. Salió rápidamente de su alcance y dio un rodeo para no pasar por debajo de las ventanas del estudio de Gil. A la mañana siguiente, cuatro botellas yacían vacías en la nieve, tumbadas alegremente con los cuellos desnudos. Más tarde, fueron cinco, luego seis, y para cuando anocheció, Irene dejó de oír los pasos de Gil. Llamó a la puerta de su estudio. Nunca le había dado una llave. Puso la mano en la puerta y le llamó.

Parte IV

26 de diciembre de 2007

Diario rojo

Los niños se tomaron las cosas demasiado bien y se comportaron con una tranquila indiferencia. Tuvo que morir Bola de Nieve, el conejillo de Indias, en Nochebuena para que volvieran a la realidad. Por otro lado, esa criaturita blanca no sólo era la mascota de la clase, y por ende un icono, como una especie de pequeño tótem tribal, sino que además era una criatura muy querida por Stoney, que había sido elegido, como por los dioses, entre la gran masa de alumnos de primero, para llevarse a Bola de Nieve a casa durante las largas vacaciones de Navidad, cuando cualquier cosa puede suceder.

Nochebuena. Estabas en tratamiento. Yo me sentía aliviada de que estuvieras en un lugar seguro, lejos. Durante un tiempo, me dio igual que te hubieras vuelto loco. No tenía tiempo para preocuparme. No entendía que todo estaba atado a ti, amarrado a ti, pendía de ti y giraba a tu alrededor. Una vez que soltamos amarras, quedamos a la deriva. Presos de mareos, sacábamos alimentos y comíamos lo que nos apetecía y cuando nos venía en gana. Nos acostábamos muy tarde. Nos tumbábamos fuera en sacos de dormir junto a los perros. En algún momento, me doy cuenta de que debería retomar el control y establecer normas y límites, y volver a una rutina, pero todavía no. La estación de la paz y el caos ha llegado a nosotros, y nuestros hijos empiezan a hablar conmigo. Siempre han hablado conmigo, pero esto es diferente. Supongo que el hecho de que yo no esté borracha lo hace diferente. Me lo cuentan todo. Olvidan que estoy ahí. Hablan una y otra vez de su compleja y enfermiza subcultura: Florian está obsesionado con la materia oscura y Riel cuenta la historia de una película de terror para adolescentes que no recuerdo haberle dado permiso para ver, donde unas chicas muerden en la yugular a sádicos profesores de educación física y se comen conejillos de Indias vivos. ¿Y ahora qué?

¿Y si fuerais yo?

El cerebro de una madre es un magma de restos de comida, donde sobrevive el guano de los tiempos de cada uno de sus hijos. Un fangoso y amarillento abono orgánico compuesto por plumas de Paco Pico, pelo de la Barbie cortado con tijeras Crayola, viejos tubos de rotuladores de plástico, barajas de Piolín, diminutos zapatitos, bolsos, cinturones, ropa interior de purpurina y patines para la Barbie y, después, objetos más políticamente correctos hechos de madera, muñecas fabricadas con palitos de helado, piezas de construcción pintadas y de todas las formas, caballos de madera, peligrosos juegos de tabas

que se clavan en los pies, rojas pelotas de goma, caballos en miniatura, codiciados e inmensos caballos de plástico, Playmobil, Legos y muñecos, juguetes matemáticos, juegos de laberintos, piezas de puzles procedentes de al menos doce docenas de rompecabezas, peluches – tigre-serpiente-lefante-tarantula-mono-jirafa-tortuga-guila–, preciosos juegos de té de porcelana que vienen con todo tipo de diseño, diminutos muebles y espejos, detritos de antiguas Star Ponies y figuritas de *Donde viven los monstruos* y del Dr. Seuss, todos los juguetes de cada Happy Meal de McDonald's y, después, todo eso se compacta junto con una mortaja de viejas golosinas de Halloween para formar una sólida y cenagosa base de conocimiento infantil.

Mi mente es una cesta de juguetes repleta de pequeños, baratos y rotos fragmentos.

Pero esta tarde, no obstante, esta bendita última hora de la tarde que anuncia la Nochebuena, intento contener un brote de euforia: Louise y su cariñosa pareja vienen cargadas de regalos y acompañadas del galgo rescatado. Dejamos que el perro de pelo rojizo se pasee por la casa con elegancia mientras nos tomamos una copa de *chai*, cuando de pronto oímos unos chillidos infernales que sacuden toda la casa, unos aullidos desesperados del conejillo de Indias, y un grito como ése de un ser silencioso e inofensivo resulta realmente estremecedor.

Todos comprendemos al instante que algo terrible acaba de suceder. Ahora el perro regresa de puntillas de la habitación de Stoney con el conejillo de Indias en su hermoso y largo hocico. Las ágiles y poderosas patas del perro tiemblan al mirarnos en busca de nuestra aprobación puesto que, sí, le han entrenado para hacer este tipo de cosas, *n'est-ce pas?* Quiero decir que su gesto dice: «¿No he estado cazando uno de estos bichos toda mi vida?». Le gritamos y le quitamos la doliente bola de piel, y la envolvemos rápidamente en los brazos de Stoney, que a su vez entrega la criatura, con una mirada llena de absoluta confianza, en mis brazos.

Esta mañana, tal y como ocurre todas las mañanas, me sentía totalmente desamparada en el universo. Me invadía un sentimiento de inmensa autocompasión y tenía miedo. Mi alegría se había visto mermada poco a poco con la progresiva comprensión de que yo era la única adulta a cargo de tres complicados e inocentes niños, quienes, en cambio, habían empezado a entender que su padre no iba a regresar en mucho tiempo, ni para amedrentarlos ni para salvarlos. ¿Qué podía significar eso? Me miraban a mí, confusos.

Echaba de menos a mi madre con un dolor constante. Pero como no podía delegar en ella, empecé a imaginar que otra Irene, mucho más fuerte y

equilibrada, entraba en la habitación y me mandaba volver a dormir. Se haría cargo de todo desde ese momento. Sabía que yo era incapaz de encargarme de nada sin un trago. Llevar a los niños al colegio. Hablar con tu terapeuta. Llamar a los abogados. Recoger toda la basura. La casa se había convertido de repente en una leonera. Había trastos por todas partes. Basura. Para reciclar. Cubos enteros de botellas vacías con sus sedientas bocas destapadas. Dentro de mí, sabía por supuesto que era yo la que debía hacerlo todo. Sin embargo, cada mañana desde que te marchaste la semana pasada, le he pedido ayuda a mi madre, que no podía contestarme, y luego fingía ser la enfermera Irene.

La enfermera Irene llegó y se hizo cargo con eficiencia y serenidad, y dejó a la verdadera Irene gimoteando debajo de las sábanas.

–Tranquilízate –dijo la enfermera Irene, con una paciencia un tanto consumida–. Tómate este láudano y yo los llevaré al colegio.

Después, como todas las mañanas, me levanté e intenté levantar a los niños en el intenso y oscuro frío de acero de Minnesota para ir al colegio –risa malsana– buscando calcetines limpios y camisetas de cuellos vueltos no demasiado apretadas, y manoplas y libros de texto y los deberes. Todas esas cosas que a una madre normal y siempre sobria, cuyos hijos no alternan euforia maniaca y profundo abatimiento, le cuesta encontrar de todas maneras. Aguanté, tachando las horas hasta que llegaran las vacaciones.

«Ay, enfermera Irene, mi tostada se ha quedado fría y está dura. Por favor, llévesela.»

De modo que tengo el conejillo de Indias acurrucado contra mi pecho, como cuando se intenta dar calor a una víctima de hipotermia, porque aunque por fuera parece estar sano, en realidad está tiritando. Aprieta sus dientes de roedor. Sus mansos e insensatos ojos se han cerrado y la piel de alrededor se ha vuelto azul. Entra en estado de *shock*. Morro frío. Mala señal. Mal presagio. Nos hemos metido debajo de un edredón de plumas y envío toda mi energía al conejillo de Indias, porque lo más terrorífico es que Stoney cree llana y fervientemente que, en cuanto esta criatura esté en mis brazos, se pondrá bien. «Bola de Nieve, oh, Bola de Nieve», rezo mentalmente, «no te mueras. Significas mucho para muchas personas en esta noche de las bestias sagradas. Tu vida sobre la tierra es muy difícil, lo sé, pero ¿debes acabar así? Sí, he oído que algunos de los otros alumnos de primero te dejan caer o te estrujan. Me han contado que eres propenso a defecar en sus regazos. Y ahora este galgo, rescatado de una inyección letal en la perrera, tras pasarse la vida persiguiendo animalillos, ha terminado por cazar uno, y has sido tú. Y en lugar de recibir palmaditas de felicitación, se encuentra con la conmoción y el horror de los machos dominantes. Estuvo mal, chiquitín, no debió ocurrir. ¿Pero de ahí a

abandonar todo lo que es valioso y perfecto en la noche más importante de todas? ¿Ha de ser así? Si no lo haces por ti, bolita de piel, por favor sigue con vida y coleando por mi sensible hijo. ¡Retoza!». Pero siento cómo el animal va perdiendo el hálito de vida y sé exactamente en qué momento Bola de Nieve expira.

En ese instante, decido que, no obstante, soy muy afortunada, porque tengo una tarjeta de crédito, y esa tarjeta no ha alcanzado todavía el límite; además, tengo las páginas amarillas y un apartado de tiendas de mascotas, y son las cuatro de la tarde del día de Nochebuena, no las cinco, y a pesar de que tengo un conejillo de Indias muerto bajo el brazo y que fuera hace treinta grados bajo cero, me animaste el año pasado a cambiar la batería del coche, por lo que arrancará.

Despacio, con voz muy queda, me dirijo a los niños.

–Queridos hijos míos –empiezo–, debemos partir en busca de un conejillo de Indias hermano para que abraze a Bola de Nieve y le devuelva a la vida, porque se encuentra en estado de *shock*.

Hago una seña a Florian y a Riel con la mirada. Me devuelven el gesto. No decimos «muerto», todavía no, hasta que no haya otra pequeña vida en esta casa. Resulta asombrosa la celeridad con la que los tres –entre los que uno necesita que lo vistan para ir al colegio y el mayor desprecia toda forma de puntualidad– se preparan, vistiéndose como locos, cuando se trata de ir a buscar un conejillo de Indias. Enfundados en nuestros abrigos, con las botas y guantes con rayas de vivos colores, salimos por la puerta. Louise, Bobbi y el galgo se disponen a participar, indolentes y taciturnos, en una fiesta benéfica a favor de los animales domésticos. Dejo a Bola de Nieve envuelto en su mantita de muñecas sobre la cálida secadora de ropa, porque nunca se sabe dónde puede estar la resurrección y la luz. ¿Quién entiende la fisiología de las mascotas de colegio?

Todo esto parece demasiado sin una botella de algún tipo, cualquier cosa, incluso esa vieja petaca de Jägermeister que vacié en el fregadero hace dos días, y sin embargo, sinceros seguidores de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos me han dicho que somos capaces de soportar lo que nos echen encima. Hay una especie de plan, el siguiente: Dios no nos da nada que no tengamos fortaleza suficiente para sobrellevar.

No es mi caso. Por suerte, tengo a la enfermera Irene.

De modo que mientras me pregunto, tal y como haré cada día de mi vida, qué haré exactamente sin un trago, tomo la decisión de buscar un nuevo conejillo de Indias y de que estas Navidades continúen su curso, puesto que incluso las bestias tienen voz.

Hemos despegado. La tienda de mascotas está a punto de cerrar, pero nos precipitamos dentro con gritos desesperados y blandiendo dinero, y ahí está, ahí está. Del color de un albaricoque maduro. Canela. Con pequeñas manchas crema. Mimosín. Spice boy. Pequeño Totoro. Nuestro. Volvemos a casa con él en una cajita de cartón, apoyada en el sereno y devoto regazo de Stoney y, una vez en casa, una vez allí, la muerte de Bola de Nieve, aunque triste, no resulta devastadora. Pues la vida brota de nuevo. Por todas partes a nuestro alrededor. En la quietud. En el calor. En el perfume a piñas de pino del nacimiento de Cristo.

Bola de Nieve. Bola de Nieve. Rey de los conejillos de Indias. Soy culpable, Gil. Decías que todo era *kitsch*. Aquel crítico de música francés con sus torres de cedés era *kitsch*. Por ello, ahora me doy cuenta, era creíble. Yo misma medio creo en la existencia de ese crítico de música francés al mirar a Stoney a sus ojos verdes: sus ojos se iluminan con alegría por la diminuta criatura en su regazo. ¿Tengo que insistir ahora en que eres el padre de tus hijos? Por supuesto. Pero el engaño, a mi modo de ver, era sencillamente inevitable. Algo tenía que ocurrir. Uno de los dos debía enloquecer. Y tal y como puedes ver por esta anotación, es posible que yo también pierda el juicio. Sin embargo, doy gracias al Niño Jesús porque, al volver a casa con un conejillo de Indias vivo y otro (lo he comprobado) completamente rígido en la secadora de ropa y envuelto en una mantita de muñecas con el labio partido descubriendo sus afilados dientes, nos hallamos en presencia de una extraña forma de gracia que incluso los cínicos llaman amor, y recuerdo cómo te habías esmerado para cumplir con la tradición, y cómo habías envuelto cada uno de tus regalos de Navidad en un papel original y utilizado un rotulador para medir las hojas y pegar en los extravagantes y perfectamente envueltos paquetes largos lazos de auténtica seda o flores de raso, y cómo nos querías, viciado por la ira, cómo te odiabas a ti mismo, viciado por la vanidad, y cómo nos querías. De locura. De un modo mezquino. Pero el amor es el amor. Cómo se entremezcló todo eso para que, en la más sagrada de todas las noches profanas, sea capaz de llamar a tu teléfono confiscado y susurre en el aparato:

–Por favor, no te mates. Vive. Aguanta.

Cuando forzaron la puerta de tu estudio, descubrieron que casi te habías envenenado con el vodka que había sobrado de la fiesta: todas las botellas hundidas en la nieve que me habían pasado rozando. Pero no falleciste. Por ello, vive, Gil. Aguanta. Porque nadie podrá nunca sustituirte, y matarte significa no tener que decir nunca «lo siento». No, no. El amor significa que debes aferrarte con firmeza a la vida. El amor significa estar ahí para soportarlo

todo. Tus hijos, incluido tu sarcástico primogénito, juegan con su nuevo conejillo de Indias a la espera de que el muerto resucite en esta noche de indultos. Tengo al animal difunto dando vueltas en la secadora, con el pelaje esponjoso y caliente, con la esperanza de que eso sea tal vez la reanimación cardiorrespiratoria para un conejillo de Indias que ha fallecido no a causa de alguna herida, sino de miedo; sí, las fauces sobre su cuerpecillo detuvieron su delicado corazón lo mismo que lo hacen las mentiras. Vive. Vive. Te llamo, soy la enfermera y te traigo esta taza de caldo caliente y te digo que te lo bebas.

Parte V

Finales de mayo. Gil regresó a casa hace una semana y, durante el puente de Conmemoración a los Caídos, la familia se introdujo en el mayor de los dos coches y viajó durante cuatro horas hasta Bayfield en Wisconsin. El hielo se había derretido a finales de primavera, pero el agua del Lago Superior estaba demasiado fría para poder bañarse. Mientras esperaban allí el trasbordador que les llevara a la isla Madeline, Irene sonrió por primera vez y Florian se quitó los auriculares de su iPod y escudriñó los destellos del sol sobre la superficie del lago helado.

–No estoy en absoluto convencido de que esto vaya a resultar –sostuvo Florian, mirando el agua.

–Todo es materia oscura, Puón –repuso Riel, pensando en su libro.

Stoney dejó que su padre le cogiera en brazos, Riel se arrimó a su madre y Florian volvió a colocarse los auriculares y buscó entre las canciones hasta encontrar *In Utero*. Juntos observaron el enorme barco blanco procedente de la isla que se acercaba al muelle.

El refugio que habían tomado prestado había sido construido a lo largo de numerosos veranos por un hombre que se había vuelto viejo dando los últimos retoques a una casa con una enorme chimenea de mampostería. Había empleado tablas de graneros, maderas de deriva y variopintos materiales reutilizables. Los picaportes estaban fabricados con cornamentas, bobinas y pulidas y curvas ramas. La costa colindante con el enorme, desvencijado y erosionado muelle era rocosa, pero había una diminuta playa al lado con forma de media luna de arena rojiza. En este inicio de primavera, cuando la corriente había escupido durante el otoño y el invierno todo tipo de tablas de madera, aparecían intactos restos de tocones que rastrear. Los niños construyeron cabañas con tablas curvas, raíces plateadas, e Irene encendió una hoguera. Se sentaron alrededor al atardecer, contemplando las llamas transparentes. Gil y ella realizaron la mayoría de las tareas sin mediar palabra. El silencio entre ellos era una forma de intentarlo. Gil se había quedado muy delgado y tenía el pelo largo y desaliñado. No se parecía al hombre que había sido hacía un año, ni tampoco al hombre con quien se había casado tiempo atrás. No se parecía a nadie que hubiese conocido antes.

Irene le había dejado claro que no mantendrían relaciones sexuales.

–Eso se acabó –sentenció–. Pasarán años antes de que te deje dormir conmigo

otra vez. O pintarme.

Gil se quedó perplejo. Pensó que era un dislate ajeno a la realidad considerar que esas cosas pudieran importarle ahora. Cuando dejó de beber, dejó de comer, y cuando dejó de comer, dejó de desear nada. A última hora de la tarde, cuando su energía decaía, se quedaba dormido o permanecía sentado sin moverse, prestando atención a las sensaciones y los ruidos lejanos. Había empezado a vivir en su cuerpo, al que siempre había odiado por haberle deshonrado al desear demasiado a Irene, y en cierta forma de una manera errónea, o al haber preferido a veces pintarla en lugar de hacerle el amor. Despreciaba su cuerpo por sus tediosas ansias, por sus airadas reacciones; su mezquina y destructiva rabia. Pero ahora se había vuelto indolente. Miraba su cuerpo con un compasivo pesar. Su alma tenía que cargar con ello.

Al tercer día por la mañana, se tumbó en una toalla y dejó que la cálida arena fluyera entre sus dedos una y otra vez. Sólo habían salido del cascarón los insectos más livianos, llevados por la brisa. El sol mostraba un intenso color rojo sangre detrás de la piel de sus párpados. Las voces de sus hijos, ensimismados en su labor de construcción, se elevaban y se amortiguaban con las olas. Lejos de la orilla, retumbaba el chillido de las gaviotas. Existir en su cuerpo, con semejante bienestar y en estos tiempos. Era el mejor momento de su vida.

Se levantó y se encaminó hacia sus hijos. Florian se zafó de su abrazo y Riel se puso rígida cuando le rozó el pelo. Dio un beso a Stoney en la frente calentada por el sol y dejó que siguiera con su juego. Después, Gil se adentró hasta los muslos en las bravas aguas claras. Tenía los pies entumecidos cuando se tiró de cabeza; tras encajar el golpe, empezó a nadar. A sus espaldas, los perros ladraban, nerviosos. Nadaría lo más lejos posible. Unos minutos de natación bastarían para rebajar la temperatura de su cuerpo a unos niveles de los que no podría reponerse. Al principio, parecía cabecear sobre las transparentes olas; después, sus brazos se convirtieron repentinamente en bates de plomo. Pronto resultaría imposible levantarlos. Los niños correrían hasta Irene, que comprendería lo que estaba haciendo e impediría que los niños fuesen testigos del desenlace. Avisaría al servicio de emergencias de la isla para recuperar su cadáver. Irene. Pensó en su lúgubre interpretación de la letra de *El naufragio del «Edmund Fitzgerald»*. «La leyenda perdura desde los chippewas... se ha dicho que el lago nunca devuelve a sus muertos...» Se echó a reír y tragó agua, supo que su cerebro se ralentizaba. A flote, en vertical en el agua, volvió la cabeza para echar una última mirada y la vio.

Irene estaba de pie en el muelle plateado con las manos levantadas, expectante. Gritó su nombre una vez y luego otra; entonces, obediente, Gil dio media vuelta y nadó hacia ella, desplazando el agua hacia atrás, pero parecía no

avanzar por mucho que moviera las piernas. Vio cómo sus propios brazos se elevaban y se movían, pero no los sentía; aun así continuó, y cuando la divisó a lo lejos, esperándole, se apresuró, y ella seguía allí cuando levantó la vista otra vez, y luchó por avanzar hacia ella, más cerca, cada vez más, hasta que al fin vio cómo Irene se adentraba en las olas.

Riel

Después de que nuestra madre se internara en el lago, se lanzara al agua y empezara a nadar, observamos la escena por un momento y vacilamos. Después, uno de nosotros gritó y todos –Florian, Stoney y yo–, todos nos arrojamos al agua acerada y glacial. Se nos cortó la respiración. Stoney no pudo ir muy lejos, y con gran dificultad salí del agua con él, tan entumecida que no podía ni pensar, y tiritando de frío. Florian consiguió adentrarse más, pero él también terminó por claudicar. Allí fuera, vimos a mamá que seguía nadando hacia dentro, con la cabeza fuera del agua como un perro. No miró atrás ni hizo la menor señal de que nos hubiera visto. Nadó directamente hacia él. Cuando alcanzó a nuestro padre, éste luchaba por mantenerse a flote, pero vimos cómo nuestra madre le agarraba por la cabeza y se daba la vuelta, arrastrándole por el pelo. Extendía el brazo y pataleaba en el agua, nadando de lado. Él flotaba detrás. Aguardamos al final del muelle plateado. Mi madre nadaba hacia nosotros. Nos había enseñado en una ocasión cómo se salvaba a una persona: sabíamos lo que había que hacer y habíamos dejado de llorar. Después desapareció. Al principio, pensamos que estaba buceando. Pero entonces el ladrido de los perros cambió de tono. Un aullido interminable, semejante al gruñido de unos animales salvajes, nos sobrecogió en lo más hondo. Stoney gritó y yo saqué el teléfono del bolsillo de la camisa de mi madre que descansaba en su silla y marqué el ⁹¹¹.

Cuando Florian se descarrió en el instituto, abandonó las clases y se hizo adicto a todo cuanto probaba –alcohol, hierba, cocaína, anfetaminas...–, Louise, la hermana de mamá y ahora nuestra tía, le envió a desintoxicarse la primera vez. Sus profesores del instituto le ayudaron la segunda. Ahora está en la universidad. Hablamos. La última vez, me contó que había vuelto a intentar aprehender el universo y, entre risas, dijo que había quemado demasiadas neuronas y las clases le resultaban difíciles de seguir, a decir verdad. Estudia de nuevo la materia oscura y la supersimetría. Me dijo que a veces, en términos humanos, una supersimetría rota –como su cerebro, nuestra infancia, o el rostro humano– podría ser la solución más elegante o al menos más útil.

–¿Una solución a qué? –pregunté.

Pero sólo sonrió, mostrando un incisivo torcido y negro.

Stoney salió adelante. Fue al colegio en Hawai, pero está de vacaciones y he oído que ha viajado a Molokai y tal vez quiera instalarse allí. No sé cómo exactamente. No habla a menudo ni con Florian ni conmigo. No le gustaba vivir con una familia numerosa, pero a mí sí. Nos criamos con Louise y la

familia de Bobbi. Tuvimos una adopción tradicional y tuve hermanos, hermanas y veinte primos, y me criaron entre todos. Lo que resultó ser algo positivo, creo. También descubrí que los antiguos indios somos nosotros, seguimos asistiendo a danzas del sol y ceremonias, y hablamos la antigua lengua e incluso utilizamos las viejas habilidades cuando nos apetece, sin darle demasiada importancia.

En cuanto a los perros, seguirían con vida si esto fuese una película. No he escrito sus nombres porque, si algo hay de sagrado, son ellos. ¿Lo entienden? No estoy segura de entenderlo yo misma, pero es así. Bola de Nieve, o una de sus versiones, seguramente sigue viviendo en la antigua aula de primero de Stoney. Schrodinger se tragó una pastilla de ácido y desapareció por una alcantarilla. Muy fuerte. Florian siempre se culpó de ello.

Hace dos años, nada más licenciarme por la Universidad de Minnesota, y antes de iniciar este posgrado de escritura, cumplí veintiún años. El día de mi cumpleaños, el abogado que había llevado los asuntos de mis padres se presentó en casa. Gerald Oberfach es una buena persona, rechoncha y con una voz ronca y aguda, en absoluto como uno se imagina a un abogado implacable. Pero hizo mucho para protegernos durante los años que siguieron a la muerte de nuestros padres. Le llamamos Ober, sin más.

Ober entró en casa y preguntó si podíamos sentarnos y hablar, a solas. Mis hermanas, hermanos o primos estaban en sus habitaciones y mis tías habían salido. La casa estaba silenciosa. Le respondí que por supuesto y nos dirigimos a la soleada y atestada cocina. Nos sentamos a la mesa blanca, moteada de purpurina dorada. Serví a Ober una taza de café de la cafetera Mr. Coffee. El hombre depositó un diminuto sobre rojo encima de la mesa, y me dijo que contenía la llave de una caja fuerte. Me quedé mirando el sobre.

–Creo que no lo quiero –dije.

Ober bebió el café y asintió, y volvió a asentir. Tiene el don de no decir nada. Pero yo era capaz de ganarle, y al final no le quedó más remedio que hablar.

–Tu madre me dijo que te diera esto cuando cumplieras veintiún años. Así que...

He seguido un montón de terapias, de modo que ya no me molesta reconocer que estoy furiosa con mi madre. El motivo de mi enorme ira es que debió salvarse por nosotros, no por él, por nosotros. Murió porque fue incapaz de soltarle. Pero debió soltarse. Por nosotros.

Sin embargo, también sé que creía que podía salvar a cualquiera, lo cual convierte la tragedia en un estúpido accidente. Por eso, quiero pensar que vio en el corazón de nuestro padre una luz inextinguible. Una llama firme y segura, en medio de todas las tormentas de mierda.

No puedo decidirme.

Una vez le pregunté a Florian si podía existir una llama totalmente inmóvil. «En un vacío sin aire», me contestó, «la existencia de una llama totalmente inmóvil es posible en teoría, y sin embargo es imposible en la práctica. Evidentemente no habría oxígeno y, sin él, no podría haber fuego de verdad».

Repetí a Ober que no quería la llave. Repuso que no estaba obligada a cogerla, pero que me la dejaba de todos modos.

Me dio uno de sus largos abrazos, se despidió y se marchó. La puerta se cerró y la llave permaneció ahí. Lo mismo que yo. Me quedé sentada ahí mirando la llave sin hacer nada. Después, sin mirar la llave. Pensaba en otra cosa. Durante mucho tiempo, me quedé ahí, pensando.

De pronto, mi hermana o mi tía o alguno de mis primos empezó a hacer ruido en la casa, y cogí la llave. La guardé en un bolsillo y salí por la puerta trasera. Era a primera hora de la tarde.

La dirección del banco estaba escrita con letras impresas en el pequeño sobre rojo.

«Ojalá haya un montón de dinero en la caja», pensé al entrar en el banco. Pero sabía que no habría dinero en la caja fuerte. Creo que supe que sólo habría escritos. Y ahora, como pueden ver, lo he armado todo: sus dos diarios. El Diario Rojo. El Cuaderno Azul. Sus apuntes sobre Catlin. Mis mapas de los recuerdos. También he completado algunos acontecimientos y establecido algunos nexos. A veces, me ha ayudado hablar con Louise. En otras ocasiones, me imaginaba que yo era mi madre. O mi padre. He escrito sobre ellos desde todos los ángulos. Hablé con su terapeuta, quien decidió que era mejor atender a los vivos que a los muertos, y repasó sus apuntes conmigo, se rió y lloró conmigo. Así que ya ven, soy la tercera voz de esta narración. Soy la que posee el don de la omnisciencia, lo cual es una cualidad –no sé si es algo muy conocido– que los niños desarrollan cuando pierden a sus padres. Esto es además, por supuesto, la tesis de mi posgrado. Soy una escritora que participa en un curso de escritura y aquí llega el momento de dar las gracias a mis mentores. Gracias, padres, me habéis legado vuestro matrimonio, mi material, el tejido de mi vida.

Sigo furiosa contigo, mamá, pero ésta es la verdad: me encomendaste este relato.

He mencionado que me quedé pensando cuando Ober se marchó y, al levantarme en la cálida cocina que olía a perros, contemplé la llave, sin saber si cogerla, dejarla o cogerla y tirarla a la basura. En realidad, no estaba pensando o decidiéndome; estaba recordando. Estaba atrapada en un recuerdo que me ha

venido a la cabeza muchas veces. Siempre parece tan real que me olvido de todo cuanto me rodea y tengo la sensación de que está ocurriendo de nuevo.

Aparecen las escuetas palabras en el teléfono: *Servicio de Emergencias de la isla*. Después, la voz de una mujer me dice que vaya calle abajo y espere delante de la caseta de entrada, para que el equipo de salvamento pueda verme, o vernos, enseguida. Y recuerdo el alivio que sentí al comprobar que había instrucciones y algo que se podía hacer. Y también cómo volvimos la mirada hacia la superficie centelleante del inmenso lago helado. Abandonamos el muelle y subimos por el sombrío camino arbolado, entre altos abedules y todavía más altos pinos, y caminamos juntos hasta que salimos de la vertiginosa espesura y llegamos a la entrada, señalada con un remo en el que estaba impreso el número de teléfono de los bomberos, atado a un pino con una cuerda. Nos veo a los tres, con los perros a nuestro lado, de pie en la calzada de la carretera ancha y caliente que rodeaba la isla. Y ahora que lo recuerdo, era mediodía, el sol lucía alto en el cielo sobre nosotros, y la calzada nos quemaba los pies, ardiente, y resultaba agradable, y eran las doce y no había la menor sombra debajo de nosotros, ni a nuestro alrededor: todo era luminoso, plano, resplandeciente. Y entonces empezaron a sonar las sirenas y a silenciarse, y a retumbar con más fuerza en su vaivén hasta que llegaron.

Título original: *Shadow Tag*

Edición en formato digital: febrero de 2012

© Louise Erdrich, 2003. All rights reserved
© De la traducción, Susana de la Higuera Glynne-Jones
© Ediciones Siruela, S. A., 2010, 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-927-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

- 1 Reuniones culturales de la comunidad india. *(N. de la T.)*
- 2 Comida de supervivencia concentrada a base de carne seca, inventada por los indios cree. *(N. de la T.)*
- 3 En español en el original. *(N. de la T.)*
- 4 En español en el original. *(N. de la T.)*

Índice

El juego de la sombra	4
Parte I	6
Parte II	86
Parte III	125
Parte IV	132
Parte V	140
Riel	145
Créditos	151
Notas	152